THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8544
.N9

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/miscelaneapoetic00nune

Cal 225
C

J. M. NÚÑEZ DE CÁCERES.

MISCELÁNEA POÉTICA.

CARÁCAS

IMPRENTA SANZ

1882

REVIEWED BY
PRESERVATION
MICROFILMING

Dedico esta obra al eminente filántropo venezolano señor doctor

AGUSTIN AVELEDO,

en testimonio de acendrada amistad y respetuosa admiracion.

EL AUTOR.

Carácas, Agosto de 1882.

LA VENEZOLIADA.

Poema, por el Dr. José M. Núñez de Cáceres.

A muchas personas les ha sorprendido, como novedad inesperada, que Núñez de Cáceres sea poeta; pero una vez patente el hecho, á pocos les sorprenderá que lo sea tan bueno. ¿Qué oposicion hubo nunca entre Minerva y las Musas? Las ciencias, los estudios serios, la adaptabilidad ilimitada para todas las manifestaciones del espíritu ¿excluyen acaso una idoneidad igual para las tiernas modulaciones de la poesía?

En nuestros mismos dias se ha visto en España otro ejemplo semejante, no ya de doble aptitud, científica y poética, porque de esos los ha habido con frecuencia en todas épocas; sino de revelacion tardía de una facultad latente. Pero el ejemplo de Echegaray, gran matemático primero, gran economista luégo y al fin gran poeta dramático, no es tan asombroso como el de Núñez de Cáceres, en quien multipli-

cadas aptitudes se han desarrollado á un tiempo, y se revelan juntas. En el milagro de Echegaray no ha habido sino una inversion del efecto natural del tiempo en la organizacion de los cerebros; en vez de ser, como son otros, poeta cuando jóven, hombre político en la virilidad y sabio en la senectud, empezó por lo último y ha terminado en lo primero; ha tenido tres fisonomías su inteligencia, tres caractéres sucesivos; pero al manifestarse cada una de sus tres reputaciones, los surcos de la labranza anterior han quedado como borrados y revueltos, cruzados en sentido diagonal por los nuevos surcos del arado intelectual. Miéntras que en Núnez de Cáceres, no ha habido sucesion ni cambio; la siembra ha sido simultánea, la cosecha contínua, aunque secreta; y la revelacion repentina. En vez de inversion de edades, ha habido confusion de todas ellas; aglomeracion de facultades, con tal exuberancia, que si otro hubiera sido el esfuerzo productor de su inteligencia, se habrian estorbado unas á otras; anticipacion de la edad madura y simultánea prolongacion de la adolescencia. Manifiesta á un mismo tiempo todas las ventajas, desventajas, defectos y propiedades de las diversas edades humanas, así en lo moral, como en lo intelectual, como en lo físico. Tiene por cuerpo un haz de nervios, por ojos dos saetas, atravesadas en los vidrios de sus espejuelos, y por cráneo el calderon del diablo, como una fragua incesante de que salieran á un tiempo máquinas, juguetes, telas, cañones y cristales. Cualquiera edad puede atribuírsele con justicia, desde los veinte y cinco hasta los sesenta años; cualquiera ocupacion le es propia, desde el

retozo infantil hasta la abstraccion completa de todo objeto externo; cualquier tono le cuadra, desde el más austero que usa en sus pasatiempos literarios, hasta el más gracioso, que revela en los mismos temas y ejercicios de sus gramáticas; cualquiera faz que se busque se encuentra en su abrumadora erudicion, desde el carácter helénico, que es su base, hasta el aleman, que es su cúspide, sin que nunca deje de ser esencialmente criollo; cualquiera doctrina puede beberse en sus escritos, desde la filosofía cristiana hasta la estoica.

Y se ha formado solo y en silencio. ¿Qué ha hecho este singular hijo de América, miéntras surgian y caían gobiernos y sistemas, miéntras reputaciones literarias se alzaban como torbellinos y se desvanecian como humo, miéntras él mismo no se hallaba sujeto, en la apariencia, á otra actividad que la de frecuentar sus cátedras? Arrobas, muchas arrobas de papel, escrito con la mayor pulcritud, en letras como de imprenta, hechas con perfeccion á mano, y á veces tan diminutas que se requiere la lente para poder leerlas; con un márgen blanquísimo en torno de cada página, como en el más nítido impreso; y sin ninguna irregularidad notable para el ojo más observador. Y como materia intelectual, un tesoro inconcebible de saber, un caudal inagotable de erudicion, acumulado con una paciencia más que benedictina, en las contínuas intermisiones de ociosidad y labor.

He aquí algunas, simplemente algunas, de las obras en prosa de Núñez de Cáceres:

Sistema clásico de latin; enorme *in folio* en que se en-

cuentra todo lo que hay que aprender en esa lengua, y del cual no es más que un extracto el que sirve de texto en los colegios.

Dos Manuales de latin, uno primario y otro secundario.

Sistema clásico de griego; cuya publicacion seria un beneficio, no sólo para América, sino para la misma España.

Manual de griego.

Método de aleman, que no es el mismo que publicó el autor en Hamburgo hace muchos años, para el colegio Bülow.

Método inglés.

Método frances.

Método italiano.

Historia de Venezuela, tesoro inapreciable de datos y observaciones.

Compendio de Historia Universal.

Diccionario patrio, ó sea coleccion completa de todas las palabras, modismos, refranes y demas curiosidades del lenguaje venezolano.

Filosofía de la Historia.

La Flor del Zurgen, novela en prosa y verso.

Coleccion de Máximas originales.

Hay que terminar la lista para pasar cuanto ántes á las obras poéticas.

Las Metamorfósis, poema. Es su produccion culminante; la que él estima como su obra maestra; la que conservará la posteridad como una obra notable del género moral

burlesco. Sátira profunda de los vicios de nuestras sociedades; crítica implacable de los males que afligen á la América; raudal de 5.500 octavas reales, pocas veces igualado en gracia y soltura.

El Quijote Restaurado, poema.

La Venezoliada, poema.

El Doncello, poema.

El Nilo, Las Leyendas, La Corrupcion, Las Ruinas, Las Cuatro Estaciones, El Hombre Honrado, El Siglo de Oro; y otros varios, cuyos nombres y materia son más para leídos en privado que para propalados en público. Todos poemas, todas obras completas, y casi todos con un pensamiento, ó grande ó nuevo, hábilmente expuesto y versificado.

Se pierde la imaginacion al tratar de concebir cómo ha habido tiempo, saber y humor para escribir tanto, casi en la sombra y de un modo improductivo, en medio de luchas diarias contra la más persistente adversidad. Y cuenta que con la sola nómina de sus obras ya está expuesto el principal defecto, el único defecto verdadero que podria hallársele á las obras de Núñez de Cáceres; la profusion, la exuberancia, la cantidad de versos que derrama, todos de primera intencion, escritos con una seguridad pasmosa, en letras de imprenta, como si de su cerebro salieran ya marcados con el sello que ha de trasmitirlos á la posteridad....

Todo en él es desproporcionado, descomunal, ingente. Su unidad de produccion poética es el poema. Seria imposible que Núñez de Cáceres escribiese nunca un artículo de

periódico, un trabajo para un álbum, ni ningun género de poesía corto. Se argüirá que hace epigramas; pero es porque el epigrama no es más que cada una de las letras con que articula sus conceptos diarios ó extraordinarios. Es incapaz de hacer un soneto, porque una vez se puso á hacerlo y le salieron mil. Podrá creerse que es errata, y hay que repetirlo. Mil sonetos, un millar de sonetos tiene escritos Núñez de Cáceres á una Laura, patriótico-burlesca, á quien llama Petrona.

Y el exceso de produccion en este caso, no excluye la excelencia del producto. El fenómeno tiene que verificarse por completo. Por donde quiera que caigan los ojos al abrir algunos de los inmensos legajos de Núñez de Cáceres, si en prosa, encuentra el lector algo bueno que no sabia, ó que sabia y está en perfecto acuerdo con lo cierto; y si es poesía, ó mejor dicho, si es poema, encuentra un verso que puede en algunos casos carecer del pulimento, que llamaba Horacio *de la uña*, pero que siempre agrada por su soltura, su gracia, su novedad, ó por la muestra que hace de abundancia en el idioma, de destreza en avasallar los consonantes.

Abramos la *Venezoliada*. Su plan es interesantísimo, porque se propone pintar lo que era Venezuela ántes de 1810, con las costumbres, usos, creencias, tradiciones y demas curiosidades de los tiempos patriarcales de la colonia. ¿Habrá asunto más feliz y atractivo, más interesante y necesario, cuando el trascurso del tiempo borra y trasforma las costumbres; cuando no queda nada escrito, y cuando sólo en la memoria de muy

pocos quedan las tradiciones interesantes de lo que era Venezuela bajo el gobierno de España?

Por decontado que el poeta es casi siempre festivo. Y ántes de citar el primer ejemplo, es necesario hacer una observacion curiosa. El metro adoptado por Núnez de Cáceres, por estrofa tiene diez y siete versos. Una octava real es demasiado pequeña, y ha elegido lo que apénas podria concebirse en un poema de largo aliento; la estancia grande de Rioja, la misma en que están escritas *Las ruinas de Itálica.*

Véase con qué novedad y gracia abjura el poeta de la guerra y sus horrores:

Que yo sacando del profundo olvido
Cuanto Mavorte al celebrar proponga,
No doy en sacrificio una azucena;
Por todo el heroísmo conocido
Del Cid, de don Pelayo en Covadonga,
Y del gran prisionero en Santa Elena,
No cambio una verbena;
Por media chirimoya
No compro yo de Troya
Cuanto el Parnaso del laurel proclama;
Por Hércules, Aquíles y Teseo,
Del arbusto del Tuy ó del Sabeo,
No doy en cambio la preciada rama;
Pues, cuanto al mundo de machete ha sido,
Al mundo únicamente ha producido

Lo que en horror, execracion y mengua
No pueden retratar pluma ni lengua.

Y así divaga con igual ligereza y gracia,

Buscando, cual la abeja, dulce almíbar,
[Si cabe] en esta patria de Bolívar.

Pero otras veces se rompe la corteza amarga del estóico, y óyese palpitar el corazon del poeta. Dígase si hay algo más que desear de inspiracion, de ternura, en la siguiente invocacion á la ciudad natal:

¡Salve Carácas, del amor primero
Dulce recuerdo en juveniles años,
Trocado en triste imágen dolorosa!
Cuántas veces marchando en el sendero
De tu mansion feliz, sin desengaños,
Hallé la vida por tu amor dichosa;
Salud, madre gloriosa,
En cuya noble frente
Apaga hoy tristemente
Tu luz tranquila el vendaval violento!
Cuántas veces al pié de la montaña
Que Anauco humilde en su corriente baña,
De voz amiga me inspiró el acento
Imágenes de amor que ya pasaron;
Miéntras al alma y corazon dejaron
Vano anhelar, pues el placer no alcanza
Quien corre tras el bien sin esperanza!

Dulce es al hombre recordar la vida
Que una patria amorosa le prestaba,
A quien honrado y en amor paterno
Dió santa bendicion madre querida;
Dulce al que rota en la tormenta brava
Salvar pudo la nave sin gobierno;
Y en medio del invierno
Es dulce al que desnudo
Hallar abrigo pudo,
Y en medio de la mar y rudo viento
Encuentra salvacion de sus rigores;
Dulce es ver el rebaño á los pastores
Libre del lobo y su furor sangriento;
Dulce es al de la patria desterrado
Verse de nuevo en el hogar amado,
Y dulce es al amante verdadero
El blando beso del amor primero.

Esto es el *Suave mari magno* de Lucrecio, el mismo, *Tis sweet to hear* de Byron; pero con un color de verdad, con un acento de dolor que entristece.

La descripcion de la ciudad, del valle, de la naturaleza, tiene rasgos que no es posible olvidar despues de leídos:

Como la luna en celestial arreo
De nubes se presenta, y de pomposos
Gigantes vaporosos
Que lentamente andando
La van acompañando;

Tal circundada de eternal corona
Al pié de su alta sierra prepotente,
Carácas, la gentil, donosamente,
Se muestra como vírgen ó matrona.
Triste en invierno con el pelo cano,
Y llena de crespones en verano,
Extiéndese á lo largo sobre el valle
Cual tablero de damas, calle á calle.

.....

Inclínase hácia el sur serenamente;
Altiva por el norte se levanta
Donde parece que su seno encanta
Al sol que baña de esplendor su frente.
Por una parte la colina ó monte,
Por otra se dilata el horizente
Que al valle ofrece delicioso paso
Desde la aurora hasta el purpúreo ocaso.

.....

Donosa Primavera
Al valle nunca ingrata,
Con más primor dilata
La siempre verde y decorada alfombra;
Y el valle, desde el Teque hasta Petare,
Bajo el vivo coral de su bucare
Bulle y sonrie en esplendente sombra.

.....

Y sobre los jabillos,
Jilgueros y pardillos
Hacen que el valle por doquier resuene
Con cánticos de rústica plegaria;
El fúnebre conoto se entretiene,
Vagando por la vega solitaria,

En dar de tiempo en tiempo, dolorido,
Su corto y melancólico gemido;
Y cuando emprende su pesado vuelo,
Sombra parece en misterioso duelo.

Yo quiero que se me diga si se puede ir más léjos en la poesía puramente descriptiva. Yo quiero que se me diga si es posible ser más clásico y más criollo al mismo tiempo; si pueden rayar más alto la naturalidad de la frase y la verdad en la pintura; si hay otro medio de escribir la poesía verdaderamente americana.

Mas si entre flores se despide Mayo
Y viene la estacion triste y lluviosa.
Muda el valle de escenas imponentes;
Con ronco estruendo se desata el rayo
Entónces de la sierra alta y fragosa:
Mansos arroyos y apacibles fuentes
Cambiados en torrentes
Descienden concitados,
Y van precipitados
Por rocas y altas peñas que retumban
Con hórrido fragor del bosque umbroso;
Airado Noto y vendabal furioso
De la alta mole á la llanura zumban;
Despierta el blando Zéfiro del sueño
Tímido huyendo del verjel risueño,
Pues ve, cómo sus flores desprendidas,
Cual lágrimas de amor vánse perdidas.

Seria obra interminable mencionar, indicar siquiera, las bellezas de todo género que lucen por todas partes, con inter

minable exuberancia, en las páginas de *La Venezoliada.* Núñez de Cáceres requiere un crítico tan desproporcionado como él mismo y yo sólo he querido anunciar su obra, anteponiendo mi aplauso al aplauso general con que será acogida en Venezuela, y en toda la América.

Y aún lo que se ha impreso, así en tamaño como en mérito, dista mucho de dar una idea exacta del poema. No han salido más que unas setenta páginas. Falta aún el núcleo de la composicion; faltan episodios que por sí solos constituyen obra completa, como es la descripcion burlesca de los interminables ingredientes de que se compone la sangre del aristócrata, ó del *mantuano*, como en Carácas se dice; como el cuadro de las razas, de las razas que pueblan nuestra América, asunto que está á la altura del hombre que imperfectamente he descrito á mis lectores, y que él desempeña con vena inagotable, siempre rica y jugosa.

Pero una vez entregado el libro á los azares de la publicidad, parece inútil todo elogio, del que incapaz de ser crítico, se conforma con ser vocero del poema. Unos censurarán, que acaso serán muchos; otros aplaudirán, que de seguro serán más, muchísimos más; pero de todos modos, Núñez de Cáceres se ha coronado él mismo como poeta, y sus versos se leerán siempre.

Carácas, Junio 25 de 1881.

J. I. de Armas.

J. M. NÚÑEZ DE CÁCERES.

MISCELÁNEA POÉTICA.

CARÁCAS.
IMPRENTA SANZ.
1881.

VENEZOLIADA.

VENEZOLIADA.

PRÓLOGO.

I

Hubo un tiempo feliz de cuyo nombre
No quiero ni acordarme en tanto olvido;
Pues que el mayor dolor, y más profundo
Es acordarse en la desgracia el hombre
Del tiempo venturoso en que ha vivido
De engaños é ilusiones en el mundo.
Un tiempo tan fecundo
Por las variadas flores
De dicha en los amores.

De patria, libertad, honra y mujeres,
Que entónces, de ilusiones rodeado,
Bien pudo un corazon enamorado,
Honrando la virtud, amar placeres;
Y pudo á influjos de ardorosas llamas
Canciones entonar de amor y damas;
Pero, ay! que del desierto, como arenas,
Horas volaron de ventura llenas.

II

Al hombre pobre del amor le queda
Pobre ilusion, ó desengaño triste,
Del dolo y falsedad que abriga el alma.
Oculta en los dobleces de su greda
Es el gusano que del oro existe
Sólo encontrando en el morir la calma.
De la anhelada palma
Que alcanza la victoria;
Del amor, y la gloria,
Del triunfo en vanidades de la vida,
Tan sólo advierten los cansados ojos
Del dulce sueño, al despertar, despojos
De rosa en espinero convertida.
Y ¿cómo en el vacío de la nada
Que oprime al corazon en la morada
Del odio eterno, devorado en ira
Podrá de amores entonar la lira?

III

Un grito del pesar el hombre siente
Al sorprenderle de vejez cercana
O del vivir cumplido tarde oscura,
Cuando descubre en la marchita frente
El triste anuncio en la primera cana.
Entónces contemplando esa blancura
Al corazon tan dura,
Suspira, si no llora;
Pues ve que ya desdora
El síntoma de arruga la mejilla,
Y anuncia con su lívida presencia
Que marcha de la mísera existencia
En triste noche á la fatal orilla.
Tal es el tiempo á mi pesar llegado,
Y vivo en el presente, del pasado,
Sacando para alivio del futuro
Débil consuelo, pero más seguro.

IV

Un tiempo fuí poeta; no lo niego,
Ni tengo por vergüenza haberlo sido,
No teniendo qué hacer, y enamorado:
Locuras de la edad!.... Enfermo y ciego
De Amor al hospital fuí conducido,

Do fuí con el simílibus hallado
De la herida curado;
Pues que todos un poco
De médico, y de loco
Tenemos por fortuna, y de poeta;
Mas hoi que por salvado vivo muerto
De Amor para la vida, en su desierto
Ausente y solitario anacoreta:
¿Qué puedo hacer sino cantar llorando
El tiempo de las risas recordando,
Y en vez de renovar ratos perdidos,
Sentir consuelo en encontrar gemidos?

V

Con hojas de servicio, y con honores!
Ya soi en las milicias de Cupido
Inútil, y sin mérito, soldado;
Pues hoi entre los viejos campeadores
Me encuentro, sobre inválido y vencido,
Sin armas y del fuego retirado;
Cohete ya quemado
En llama purgatoria;
Mas como de la gloria
Del ciego impertinente rapazuelo
Sólo quedan anécdotas y cachos,
Que el viejo veterano á los muchachos

Refiero en su retiro por consuelo,
No quiero expresamente en el poema
De amor y damas elegir el tema,
Teniendo por prudencia y buen consejo
No darme ni por jóven ni por viejo.

VI

En ámbas teclas vacilante me hallo
No queriendo tocarlas en la danza
Donde formo pareja, pero á escote.
Es sin duda mejor el no meneallo,
Como al buen escudero Sancho Panza,
Prudente aconsejaba Don Quijote.
Con precaucion el trote
Por el nuevo camino
Seguiré de contíno
Saliéndome prudente de la escuela
De Amor; y de los duelos y quebrantos
De aquella que entre lágrimas y llantos
Hace digna de risa á Venezuela;
Pues hoi el bardo al invocar la lira
No encuentra en el Amor sino mentira,
Y de Marte en la estúpida bandera
Que llorar ó reir, quiera ó no quiera.

VII

¡No más guerras, ni amor! Vengan las diosas
Que tienen en la tierra otros altares
Donde su númen la virtud sustenta.
Vengan los campos de encendidas rosas
Que al ara de la paz en los hogares
Riqueza brindan de dolor exenta
Sin víctima sangrienta.
Con su dorada espiga
Venga Ceus amiga
En pos de su brillante precursora;
Y venga con su rústica guirnalda,
Ornando el llano y la elevada falda,
La rica estirpe de la amante Flora.
Vengan que quiero, del amor y guerra
Las glorias olvidando de la tierra,
Dulce y querida comenzar el tema
Diciendo en el principio del poema.

VIII

No guerras, ni varon, ni amores canto
De hermosa dama ó adalid valiente,
Ni de Virgilio, ni del grande Homero
Sigo las reglas, trabazon y encanto;
Pues siendo mi propósito presente

Seguir por Venezuela el derrotero,
Tratar asuntos quiero
Que si no dan no quitan,
Ni querellas suscitan.
Tomando lo pasado entre los muertos,
Y haciéndolo presente entre los vivos,
Haré que nuestros fastos primitivos
Pasen á historia de los cuentos ciertos.
Así, quiero cantar, en vez de amores,
La vida de los campos y las flores,
Buscando, cual la abeja, dulce almíbar
(Si cabe) en esta patria de Bolívar.

IX

Yo quiero terminar donde Miranda
Principia como estrella precursora
Que anuncia á los patriotas su caudillo;
Pero mi musa que entre bosques anda
No intenta celebrar soles, ni aurora,
Ni estrellas que de Bóves y Morillo
No quitaron los grillos :
Al cántico de hazañas
Prefiere entre montañas
Oir de la rural naturaleza
El eco sempiterno y misterioso,
Distante del estruendo vanidoso

Del mundo heróico y su marcial grandeza;
Por tanto, como rústica y plebeya,
El homérico estilo y epopeya
Mira mi musa con horror y espanto,
Y busca otros asuntos para el canto.

X

Nada de sangre ni de guerras quiero!
Busquen por ellas ovasion los hombres
Que á título de olímpicos valientes,
Mandan que Dios y el universo entero
Al sólo pronunciar sus grandes nombres
Doblen temblando de pavor las frentes
Al suelo reverentes:
De bélicos pendones
Y estruendo de cañones,
De aguda lanza ó cortadora espada,
De trompas, gallardetes y clarines,
Lo digo con verdad, para mis fines,
De todo corazon, no quiero nada;
Que al ver del mundo en el poder, alzando
Con triste luz al malhechor nefando
De la inmortalidad al alto templo,
Seguir no quiero tan funesto ejemplo.

XI

Que yo sacando del profundo olvido
Cuanto Mavorte al celebrar proponga,
No doi en sacrificio una azucena
Por todo el heroísmo conocido
Del Cid, de Don Pelayo en Covadonga,
Y del gran prisionero en Santa Helena
No cambio una berbena.
Por media chirimoya
No doi de Grecia y Troya
Cuanto el Parnaso del laurel proclama.
Por Hércules, Aquíles y Teseo,
Del arbusto del Tui ó del Sabeo,
No doi en cambio la preciada rama;
Pues, cuanto al mundo de macheto ha sido,
Al mundo únicamente ha producido
Lo que en horror, execracion y mengua
No pueden retratar pluma ni lengua.

XII

Y miéntras por imbécil de rodillas
Muda se postra la injuriada tierra,
Atónita adorando con horror
Al que su honor y dignidad mancilla;

Y miéntras á los génios de la guerra
Prodigan sus esclavos mil honores,
Yo á Dios, y á sus primores,
En bondadosos frutos,
De admiracion tributos
Rindo en las aras del amor cristiano;
Y mando al Lete del desden profundo
A todas las grandezas que del mundo
Azote fueron y dolor tirano.
Por tanto de mi musa los cantares
Tan sólo enzalsarán patrios hogares,
Y cuanto se refiera á la grandeza
De la fecunda zona en su belleza

XIII

Árboles, plantas, cristalinas fuentes,
Arroyos que viniendo de alto monte
Sus agnas unen á los anchos rios,
Cascadas sonorosas y torrentes;
Llanuras que tendiendo al horizonte
Brindan al fin de su extension umbríos
Y gratos caseríos
De plátanos cercados;
Pastores y ganados
Que pacen lentamente en la pradera,
Y vegas donde crecen á porfía,
Sin más abono que el calor del dia,

El sauce majestuoso y la palmera:
Altas montañas cuyas verdes cumbres
Del sol reciben las primeras lumbres,
Tal es el fondo y preferido tema
Que tiene por objeto este poema.

XIV

Tambien diré, cómo la ardiente zona,
Puesto que al sol enamorarla agrada,
Rindiéndola de amor pruebas en flores,
Lleva en su frente la gentil corona
De espléndida esmeralda, y decorada
En rica variedad de mil colores,
Los fúlgidos ardores
De su brillante cielo;
Diré cómo del suelo
Hacen brotar la bendecida fuente
Que en dulces brazos de primera infancia
Hicieron la fortuna y la abundancia
De aquella antigua y envidiable gente,
Y cómo, en la carrera de los años,
Vinieran con rigor todos los daños
A dar al hombre, en su infelice suerte,
Una vida más dura que la muerte.

XV

Al campo, á sus delicias inocentes,
Irá tambien la descripcion unida,
De nuestra sociedad, cuando al tesoro
De paz en el hogar brindó á las gentes
Cual un modelo de la humana vida,
Bello ideal de las edades de oro.
Decantaré el decoro
Con que regó fortuna
En la dichosa cuna
De nuestros padres su bondad en flores,
El rico y venturoso patrimonio
Que, léjos del pecado y del demonio,
Nos puso con la fe de sus favores
La libertad de quien el campo habita,
Que tanto encomia quien al fin la quita,
Tambien será cantada; y la ternura
De Dios, del rey, del capitan y el cura.

XVI

En forma de cartilla ó catecismo
Que sirva como texto de la escuela
Para dar los niños buena crianza,
Ageno de patriótico egoísmo

Haré para la nueva Venezuela
De su vieja fortuna remembranza;
Y tengo la esperanza
De que mi canto alzado
Al público ilustrado,
Obtenga de su pródiga indulgencia
Disculpa, disimulo y acogida,
Para que tenga entre los cantos vida
Y escape de la muerte ó la indigencia.
De sur á norte dirigiendo el paso,
Y luégo del oriente hácia el ocaso
Iré la narracion entretejiendo
Conforme vayan á la voz viniendo.

XVII

Aparte dejaré la geografía,
Pues que Codazzi nos sacó de apuro,
Y la Federacion de mal estado;
Por tanto aquel nos servirá de guia;
Esta de luz en el camino oscuro
Do marchan los atrasos del pasado;
Mas todo mi cuidado
Pondré, lector querido,
En sacar del olvido,
Los fastos y pristinas tradiciones.
Del uno al otro extremo de la tierra,
De extenso llano ó elevada sierra,

Diré cuanto me dicte en mis canciones
El patrio amor ó la invocada musa,
En cuya narracion, si va confusa
La trama del cantar, no importa nada,
Que el tema no es de Enéida ni de Iliada.

XVIII

Asaz la cuerda, con vibrar sonoro,
Alzó con grave estruendo de la tierra
Las armas y el varon tan celebrado
Por nuestra Clío en caractéres de oro.
El génio fulminante de la guerra
Yace en bronces y mármoles alzado,
En donde contemplado
Será perennemente
Por todo el continente,
Al cual dió libertad y nombre eterno.
Ya cuantas veces contempló inseguro
Su trono de esplendor y excelso muro
El fiero fulminante y sempiterno
De pléyades heróicas rauda fama
Del sol oscureció la ardiente llama,
En tanto que al brillar de la tizona
Turbóse Marte y se espantó Belona.

XIX

No ya tan sólo al recitar pujante
La lira derramó célico acento
De núnen, de pasion y de armonía;
Ni ya tan sólo el rimbombar distante
Del estro alzado en la region del viento
Del héroe al celebrar vino á porfía,
Que ya tambien de guía
Sirvieron en el canto
Del universo cuanto
Existe de lo humano á lo divino;
Pues no tan sólo de la extensa tierra
Cuanto su cerco de grandioso encierra
Con su atributo presuroso vino;
Sino tambien de la mansion celeste
Solícita bajó la eterna hueste
Vestido cada cual, aunque desnudo
De rigurosa gala, ó como pudo.

XX

En consecuencia, de la altiva Roma,
De la vencida aunque rival Cartago,
De Grecia, del Egipto y de Palmira;
Cuanto la historia de prodigio asoma

En hombre, Leviatan, sierpe ó endriago,
Y cuanto Europa en lo moderno admira,
Dió pábulo á la lira
Del entusiasmo patrio;
Altiva desde el atrio
Voló del templo vocinglera fama,
Que desde entónces por el orbe vuela,
Y sólo de Simon y Venezuela
La excelsa gloria y el honor proclama:
Cantando va con ella el rubio Apolo
En huracanes que le presta Eolo.
Astros, cometas, argentada luna,
Los dioses del Olimpo, y una á una

XXI

De antigua ó de moderna teogonía
Vinieron las deidades con la historia
A dar materias y á servir de punto
De fiel comparacion y analogía
Al templo nacional de nuestra gloria,
Donde mora de dioses el asunto;
Pues ellos en conjunto
Y con celeste ornato,
No son sino el retrato
De nuestra heróica, militar grandeza,
La cual en su uniforme de oriflama

Presentan del Olimpo el bello drama
Con toda su titánica fiereza;
Pues el Tonante y la soberbia Juno
Y todas. de Vulcano hasta Neptuno,
No son sino las hembras y varones
De nuestras heroínas y campeones.

XXII

Quién, dió su cuello y cabellera undosa,
Cuál, de su voz el estentóreo trueno,
Cuál, de sus ojos el mirar de rayo.
De Hércules el brazo la espantosa
Fuerza prestó con el valor sereno
Que infunde en los combates el desmayo;
Roldan, y don Pelayo,
Teseo y Rodamonte,
El Cid Belerofonte,
Las Navas de Tolosa, Covadonga,
No existe, en suma, de *Encantado* ó cueva,
Dios ó varon que en la Dardania nueva
De heróico ejemplo su racion no ponga:
El genio de la Iliada y la Odisea,
Es el norte y fanal de la ralea
Que trajo el trinitario matrimonio
De Marte, Venezuela y el Demonio.

XXIII

De aquí como langostas del desierto
Los Rómulos, Pompilios y Escipiones,
Se vieron como tropas de araguatos
Llegar al Capitolio como al puerto
Feliz, do guarecidos los Catones,
Formaron trinidad de triunviratos
Silvestres Cincinatos.
De aquí tambien la escuela
Que en toda Venezuela
Plantó con sus enanos el vestiglo,
De edad dorada convertida en hierro.
Pues por la plata el miserable perro
Pasa bailando el ilustrado siglo;
De aquí que sin saber cómo ni cuándo
De avance en adelanto progresando
Al fin llegamos sin sentirlo, donde
Bolívar con sus lábaros se esconde:

XXIV

Donde la fama arrebató de Apolo
Aureo laurel: del tremebundo Marte
La lanza, y de Minerva la tizona.
Llegó la fama voladora al polo

Cruzando la extension de parte á parte,
Vibró el clarin con que el valor pregona,
Que en nuestra ardiente zona,
El don es distintivo
De su vigor nativo;
Allí tambien la belicosa trompa,
Tañida por el genio de la guerra,
En lágrimas bañó la madre tierra
Y en sangre hermana su dorada pompa;
Miéntras que el plectro que en los dedos gira
Rompió las cuerdas de templada lira,
Vagar no dando al celebrar eterno
Del Marte fratricida y sin gobierno.

XXV

Si de mi parte con humilde lira
Quisiera el concertado contingente
Llevar á ese mercado de entusiasmo,
En vano fuera, pues la voz espira
Entre el fragor y popular torrente
Que ya convierte el heroísmo en pasmo.
Y ¿cómo del marasmo
Salvar tímida musa
Que atónita y confusa
La voz ha de perder en el abismo
Que del Parnaso cual volcan rebosa

Con lava ardiente convertida en prosa
Y versos de ardoroso patriotismo?
Y cómo! si ademas nuestro Parnaso
Hace de patria y de Bolívar caso
Del ingles por halagar la moda
Vistiendo el figurin con luto y oda!

XXVI.

El número al valor ya cuántas veces
Rindió en las aras del mavorcio templo
Loores de una patria agradecida:
En mil jurados imparciales jueces
A luengas odas del heróico ejemplo
Dieron lauro y corona merecida,
De Jano la temida
Y tenebrosa puerta
Mantuvo siempre abierta,
El dios al sacerdocio de sus daños;
Mas hoi toca á la lira, del olvido
Sacar esas virtudes que han dormido
Tan largos tiempos aunque tiernos años,
Y ya que nuestros bardos no quisieron
Las glorias enzalsar que precedieron,
Sin esa vanidad que al hombre asalta
Vengo aunque tarde á reparar la falta

XXXII

Silvestre musa que en la ardiente zona,
De pámpanos y yedras coronada,
Revelas al poeta la hermosura
Que ya del orbe en la extension pregona
La fama con tu nombre alborozada:
Acoge humildes ruegos con ternura,
Y en la sublime altura
Que con sus rayos dora
El sol que te enamora,
Inspíname la luz y suave encanto
De tu argentada luna y claro cielo.
Haz que la mente remontando el vuelo
Al resplandor de tu divino manto,
La voz alcance y la feliz memoria
Con que la antigua y peregrina historia
Pueda cantar y las diversas trazas
De vida, condicion, usos y razas.

XXXIII

Concede á mi pincel el colorido
Que diste bondadosa á otros poetas
Que, allá de Venezuela en el Parnaso,
Con flautas de oro y el laurel ceñido,

Son del amor en el cantar atletas.
Dirige, oh musa, el vacilante paso,
Y ya en mi triste ocaso
Concede que sin venda
Mis ojos en la senda
Contemplen de tu imágen lo divino;
Así mi lira en tu favor alzada
Podrá, ménos humilde y más templada,
La voz acompañar con que me inclino
De antiguos tiempos á cantar la gloria.
Y, ya que no me das triunfo ó victoria,
Concédeme siquiera del Leteo
Salvar el canto aunque en humilde arreo.

XXXIV

No imploro, oh musa, la pasion divina
Con que en las cuerdas del laud sonoro,
El buen Domingo Hernández acostumbra
Mover del rubicundo en la colina,
El celestial y resonante coro;
No pido aquella antorcha conque alumbra
Sobre los Ándes, Bello,
Cuyo inmortal destello
El faro es de esplendor conque al Parnaso
Dirige de la patria los cantores.

No aspiro á la fragancia de las flores
Que Lozano y Maitin riegan al paso;
Ni aspiro á los torrentes de armonías
Que esparcen con las Gracias y alegrías
Un Guardia, un Coronado y un Bonalde,
Pues fuera al númen la plegaria en balde.

XXXV

Ellos, y tantos, á la dulce lira
Los dedos aplicando, prometieron
Al patrio Pindo refulgente gloria.
De Guacaipuro, ni de Jugo aspira
Mi númen á la fama con que dieron
Al templo de Minerva una victoria
Más digna de memoria,
Del lauro y de alabanza;
Pues ella es la esperanza
Del noble orgullo y generoso vuelo
Que eleva las naciones á la cumbre
Do Marte se oscurece con la lumbre
En que aparece la verdad del cielo.
No aspiro á que el laud áureo se rompa
Que pulsan Escobar, Saluzzo, Pompa,
Y el jóven, tan brillante en su carrera,
Sabio y modesto, sin igual Tejera.

XXXVI

Tal vez con los destellos luminosos
Del tierno encanto á la benigna influencia,
Querrán nobles amigos ayudarme;
Los vates de los Andes majestuosos
Con su divina y anhelada ciencia
Vendrán un rayo de su luz á darme;
Rumor no habrá que alarme
Del odio, mis canciones;
Si amores, ilusiones,
Si un rasgo de su pluma soberana
Me brindan acogiéndome en su seno.
Si de noble indulgencia en mar sereno
Bogo al favor de caridad hermana,
Entónces al ambiente de sus flores
Tendré con qué escapar á los rigores
Del vulgo insano, que ignorante y necio
La luz ve con envidia ó con desprecio.

XXXVII

No pido con mi musa aventurera
A tantos igualar; pues no pretendo
Humilde, merecer gloria tamaña.

Ni aspiro de la musa la bandera
Seguir que cubre el Pandemonio horrendo;
No quiero, no, la gloria que acompaña
A la pasion que daña,
Dejando en pos las huellas
Del odio y las querellas:
Yo pido de la ninfa habitadora
Del suelo de Bolívar, que sumisa
Mi voz, si no el aplauso, la sonrisa
De la noble indulgencia protectora,
Alcance de esos vates, que en los Ándes
No tienen que envidiar ni de los grandes,
Un sí de hermano amor.... ! ó un murmullo
De aprobacion, y moriré de orgullo.

XXXVIII

Cantar quiero las gracias naturales
De Venezuela, en su primera infancia,
Su cielo de zafiro y el ameno
Pensil con sus torrentes de cristales ;
Cantar quiero tambien, la antigua y rancia,
Vida de flores en amante seno,
Y el dulce bien sereno
Del patrio hogar sin daños;
En el que tantos años
Gozaron por el cielo protegidos,

Edades de oro sin temor del cobre,
Pues, grandes y pequeños, rico y pobre,
Dichosos fueron y en amor unidos.
Y quiero á un tiempo recordarles cosas
Amargas, dulces, agrias ó sabrosas,
Que del Señor la heterogénea viña,
Regó de Venezuela en la campiña.

XXXIX

Despues que con el rayo furibundo
Vencieron los cristianos españoles
(El trueno manejando en arcabuces),
Al triste morador del Nuevo Mundo,
Del cielo adorador y de sus soles;
Despues que con bautismos y con cruces,
Y con humanas luces,
Plantaron de sus reyes
Las armas y las leyes,
Hicieron de la tierra un paraíso
Cual no se vió jamás en otras partes,
No de ciencias y emporios de las artes,
Sino de bienes; y con tal aviso
En él, con sus esfuerzos y vigilias
Fundaron tantos pueblos y familias,
Que al fin llamóse, entre las tierras grandes,
La vírgen predilecta de los Ándes.

XL

Y con razon, pues Venezuela sola
Fué digna por su espléndida belleza
De ser, ántes que Cuba, titulada
La perla de la América española,
Al verla por su clima y su riqueza
Sobre toda la tierra aventajada.
Despues de conquistada
Fundó la ibera gente
En su extension ingente
Regias ciudades y galantes villas,
Entre las cuales, como flor hermosa,
Del mágico pensil se alzó orgullosa
Carácas la geltil, en maravillas
De prados, valles, fuentes, aire, suelo,
Y por el monte que elevando al cielo
La frente de risueño soberano,
Rico se ostenta de verdor lozano.

XLI

¡Salve Carácas, del amor primero
Dulce recuerdo en juveniles años,
Trocada en triste imágen dolorosa!

Cuántas veces marchando en el sendero
De tu mansion feliz, sin desengaños,
Hallé la vida por tu amor dichosa!
Salud, madre gloriosa,
¡En cuya noble frente
Apaga hoi tristemente
Tu luz tranquila el vendaval violento!
Cuántas veces al pié de la montaña
Que raudo Anauco en su corriente baña,
De voz amiga me inspiró el acento
Imágenes de amor que ya pasaron ;
Miéntras al alma y corazon dejaron .
Vano anhelar, pues el placer no alcanza
Quien corre tras el bien sin esperanza!

XLII

Dulce es al hombre recordar la vida
Que una patria dichosa le prestaba,
A quien honrado y en hogar paterno
Dió santa bendicion madre querida;
Dulce al que rota en la tormenta brava
Salvar pudo la nave sin gobierno,
Y en medio del invierno
Es dulce al que desnudo
Hallar abrigo pudo,

Y en medio de la mar y rudo viento
Encuentra salvacion de sus rigores;
Dulce es ver el rebaño á los pastores
Libre del lobo y su furor sangriento;
Dulce es al de la patria desterrado
Verse de nuevo en el hogar amado,
Y dulce es al amante verdadero
El beso del amor si es el primero.

CANTO PRIMERO.

CANTO PRIMERO.

SUMARIO

Descripcion de la ciudad de Carácas en tiempos de la colonia.—Aspecto del valle donde está edificada.—El rio Guaire.—Montes que rodean el valle desde Antímano hasta Petare.—Su clima y espectáculos, etc.

1

En donde un claro rio se desata
Cual persiguiendo á su Aretusa, Alfeo,
En trono de ornamentos majestuosos
La Vírgen de los Ándes se retrata
Como la luna en celestial arreo
De nubes se presenta, y de pomposos

Gigantes vaporosos
Que, lentamente andando
La van acompañando;
Tal circundada de eternal corona
Al pié de su alta sierra prepotente,
Caráeas, la gentil, donosamente,
Se muestra como vírgen ó matrona.
Triste en invierno con el pelo cano,
Y llena de crespones en verano,
Extiéndese á lo largo sobre el valle
Cual tablero de damas calle á calle.

II

En torno, de montañas guarecida,
Y de bosques amenos rodeada,
Al Guaire va bajando majestuosa
De Guacaipuro la mansion querida.
Que, en nombre de Isabel, hizo Lozada
Asiento del Patron. En la fragosa
Comarca portentosa
Del escarpado monte,
Se alcanza un horizonte
De treinta leguas que la vista abarca,
En cuyo centro la preciada reina,
Cual ninfa agreste que sus trenzas peina,
Parece contemplar al gran monarca
De cuya frente á los vecinos prados

Cabellos de cristal salen regados,
Donde Flora de Céres compañera,
Reina en trono de eterna primavera.

III

Cuán dulce es de su reino el poderío
Desde que nace hasta que muere el año!
Siempre viva conserva su hermosura:
El apacible arroyo, el raudo rio,
Siempre convidan al placer del baño.
En bosque umbroso, en despejada altura,
Igual es la frescura;
Mas diferente el modo
De su belleza en todo.
Inclínase hácia el sur serenamente;
Altiva por el norte se levanta
Donde parece que su seno encanta
Al sol que baña de esplendor su frente.
Por una parte la colina ó monte,
Por otra se dilata ese horizonte
Que al valle ofrece delicioso paso
Desde la aurora hasta el purpúreo ocaso.

IV

Regando el firmamento en rayos de oro
El fúlgido monarca del zafiro,
Con más encanto que en la tierra entera

Se muestra ardiendo y con mayor decoro.
En toda la extension de su árduo giro
Desata allí su roja cabellera:
Donosa Primavera
Al valle nunca ingrata
Con más primor dilata
La siempre verde y decorada alfombra,
Y el valle desde el Teque hasta Petare,
Bajo el vivo coral de su bucare
Bulle sonriendo en esplendente sombra.
Allí vegas, y prados, y jardines
De agrestes floripondios y jazmines,
En profusion perpétua van cubiertos,
Del sol á las sonrisas siempre abiertos.

V

El genio de la tarde en todo el prado
Saluda ántes que deje el horizonte
Al astro terno del radiante dia;
Y lento, aunque de efímero reinado,
Se inclina y desvanece tras el monte,
Tímido huyendo de la noche umbría;
Y luego de armonía
En todo el firmamento
Solemne movimiento
De luz y resplandores aparece,

Que á la patria feliz de Guacaipuro
Sonrie en todo el año desde el muro
Donde nunca la gloria se oscurece.
Allí pasan más rápidas las horas
Y son más esplendentes las auroras,
La noche más solemne, y más sereno
Se pasa el dia en su recinto ameno.

VI

Amable y melancólica la luna,
Su luz al despedir suave y serena,
Arroba con su plácida templanza;
Y el hombre á quien el grito no importuna
De la conciencia, ni la acerba pena
El corazon á lacerarle alcanza,
Respira en la bonanza
De su plateado imperio,
De amor dulce misterio,
Perdido entre las auras perfumadas.
Riza el Favonio las copadas frentes
De gigantescos sauces que, imponentes,
Dan al suelo sus sombras dilatadas.
Allí la noche en su silente asilo
La mente induce al meditar tranquilo,
Y al corazon, en deliciosa calma,
Amor inspira, y beatitud al alma.

VII

Bosques, selvas y huertos naturales
Cubren el valle y la cercana altura,
Dilátanse en su centro, hácia el oriente,
Follajes cuyas sombras maternales
Abrigan al arbusto que ventura
En nuestra zona prodigó á la gente.
La majestuosa frente
De su elevado monte
Se inclina al horizonte,
Tendiendo de Carácas á Petare
Su sombra señoril que, confundida,
Al fin queda entre nubes ó perdida
Sobre luengos follajes de bucare.
Y por el occidente nuevo encanto,
Presente de esmeralda, sobre el manto
De verde, gualda y estendida caña
Que el Guaire en torno rebosando baña.

VIII

Allí con más amor cantan las aves,
Y son más dulces sus variados trinos;
Y son las cantinelas y querellas

De la silvestre tórtola más suaves;
Y son de los arroyos cristalinos
Las aguas más espléndidas y bellas.
Cual terrestres estrellas
De campos y pensiles,
En todos los Abriles,
Ofrece más brillante sus primores
Vertuno ; pues, amante y generosa,
Da Céres más color á cada rosa,
Y más fragancia á las tempranas flores.
Allí del bosque la feliz guirnalda
Emula en su verdor á la esmeralda;
Y el sol, del monte en la elevada cumbre,
Vierte más viva su dorada lumbre.

IX

En natural caleidoscopio inciertos
Enjambres de pintadas mariposas
Vuelan allí con incesante afan,
Suspiros son etéreos de los huertos
Que liban con delicias tiernas rosas
O el purpúreo, esponjado tulipan ;
Ora vienen ó van
En amoroso anhelo
Por el florido suelo,
O por el aire en inconstante nube :
Trémulo tul de vagarosas flores

O infiel totilimundi de colores
Que baja, retrocede, y luégo sube
Regándose en sus saltos, parecidas
A cuentas de rosario desprendidas
Que forman al caer lindos ramales
De fugitivas perlas y corales.

X

Allí zumban abejas diligentes,
Y mil insectos que no causan daños,
Por cetos, matorrales y cortijos,
De sendas y caminos diferentes,
En invierno, en estío, en todo el año;
Veloces cruzan verdes lagartijos
De juego y regocijos
Haciendo alarde; el mato
Recorre á cada rato
Del uno al otro extremo la cañada,
Seguro en el acierto de la cueva:
Y en el paso veloz que atento lleva
Mide esperto, al correr, la retirada.
No se encuentra lugar donde no corra
El inocente ciervo ó astuta zorra;
Y léjos, junto al rancho del hatillo,
Brama en pos de sus vacas el novillo.

IX

Ya cruzan de zamuros las bandadas
Hendiendo en lento vuelo y majestuoso
El azulado espacio, figurando
Celestes naves en el aire alzadas;
Ya viene el azulejo presuroso,
O va el pardillo á Ñaraulí volando,
Del guayabo buscando
El fruto apetecido;
Ya al encumbrado nido
Lleva alegre al canario su alimento;
Y así desde la aurora hasta la tarde
El reino alado, en afanoso alarde,
Bate constante la region del viento.
Alíjero azabache; con destreza
Va sonoro zumbando en la maleza
De blanca flor el cigarron temido,
Por negro en su candor siempre escondido.

XII

Cruzando el horizonte vénse coros
De alegres y parleros papagayos,
Y van revoloteando golondrinas

En vuelo incierto ; y bulliciosos loros,
Y mil especies, de colores gayos,
Que por los altos montes y colinas
Buscando otras vecinas
Praderas van, ansiosas
De ver las nuevas rosas
Variando de placer como de flores,
En auras de la tarde; y con su vuelo
Se dan al sol, de despedida el duelo,
Siguiéndole en sus últimos fulgores ;
Y vese á la otra aurora la alegría
Conque las luces del naciente dia
Saludan de su valle, siempre amantes,
Los tiernos y canoros habitantes.

XIII

Girando viene el Guaire desde léjos
Entre malezas de pomposa sombra,
Cual sierpe inmensa de bruñida plata;
Mas viendo del Calvario sus reflejos
Desde la Vega sobre regia alfombra
Cambia de faz, pues su correr dilata
Con ilusion tan grata,
Que entónces sus raudales
Parecen ya cristales,
Ya nácar estendido en terciopelo,
O blando aljófar desatado en rio

Que, amante fiel, de halagador sombrío,
Las sendas enamora desde el suelo.
Ya plácido se esconde entre las breñas,
Ya al pié de cerros y elevadas peñas,
De nuevo se presenta en su camino
Más bello, más brillante y cristalino.

XIV

Del abra en la romántica llanura
Que viene desde Antímano ostentando
Sus cuadros de belleza peregrina,
Presenta en aguas su mayor anchura.
De allí, con dulces pláticas girando,
Y con mayor estruendo se encamina
A la gentil colina
Que con amante pecho
Sobre el florido lecho
Recíbele, orgulloso en su carrera,
Cual son todos los hijos de los Ándes.
Luégo pasa espumoso entre los grandes
Colosos imponentes de palmera,
Donde parece que la Villa santa
Despide al hijo de su noble planta,
Hasta perderse en su fugaz sarao,
Tras los densos follajes del Chacao.

XV

A sus márgenes pastan frescas yerbas
Numerosos rodeos de novillos,
Y de la vaca en pos mansos becerros
Siguen con lentos pasos las caterras;
Y ya bajo las copas de javillos
O desde el rancho en los vecinos cerros,
De vigilantes perros
El llanero cercado
Observa su ganado,
En tanto que con voz rústica y lenta,
Los dedos al rabel diestro aplicando,
Su propia valentía celebrando
De sus hazañas las historias cuenta.
En la vega cercana van tendidos
Con largos, melancólicos balidos,
De saltadoras cabras los rebaños,
De inícua fiera sin temer los daños.

XVI

El floripondio, que el clavel admira,
De nieve amante y desdeñando el oro,
Ostenta su blancura en la mañana;

Porque del astro al remontar espira
Mústio perdiendo el matinal decoro ;
Más luégo hácia la tarde se engalana
De nuevo con la ufana
Frescura del rocío,
Que del cercano rio
En alas vuela de sonoras brisas,
Entónces acompañan su contento
Suaves secretos que interpreta el viento
De las silvestres flores con sonrisas.
Las ninfas, de la tarde mensajeras,
Con paso imperturbable en sus carreras
Por el risueño campo de las flores
Doquier esparcen variedad de olores.

XVII

Entre las ramas del bucare umbroso
O sobre el sauce que doblega el viento,
Alegres los pintados turupiales
Despiden sus trinados melodiosos;
Escúchase á lo léjos el acento
De tórtola escondida entre rosales
Y rústicos zarzales.
Y sobre los jabillos,
Jilgueros y pardillos
Hacen que el valle por doquier resuene
Con cánticos de rústica plegaria;

El fúnebre conoto se entretiene,
Vagando por la vega solitaria,
En dar de tiempo en tiempo, dolorido,
Su corto y melancólico gemido,
Y, cuando emprende su pesado vuelo,
Sombra parece en misterioso duelo.

XVIII

Sobre el césped naciente en las orillas
De pozos, manantiales y lagunas,
Se ven revolotear al fresco viento
Alegres mil canoras avecillas,
Que amor, dulces querellas y fortunas
Parecen referir en su contento.
Tal vez el sentimiento
Del hombre interpretando,
Ya corriendo ó volando,
Suave responden al cantar postremo
Cerca del márgen do la yerba crece;
Y luégo otra bandada se aparece
Del apacible márgen al extremo,
En formas diferentes y en matices,
Ya tórtolas ó rápidos cervizes;
Ya silvestres canarios y turpiales,
Ya rojos y purpúreos cardenales.

XIX

La fuente y el aroyo son espejos
A cuyas dulces márgenes, amantes,
Ven la planta y la flor con alegría
De sus risueños rostros los reflejos.
La luna y las estrellas sus semblantes
Contemplan en la noche : el sol del dia;
El sauce lá armonía
Del blanco movimiento
A que le obliga el viento,
Retrata con vaiven y noble calma.
Simétrico malojo, el millo fino,
Se miran en el fondo cristalino,
Como rivales de elegante palma;
Contémplanse á sus piés las azucenas
Modestas al surgir de las arenas,
Y se bañan cual ninfas inocentes
Al borde de las aguas trasparentes.

XX

Mas si entre flores se despide Mayo
Y viene la estacion triste y lluviosa,
Muda el valle de escenas imponentes,

Con ronco estruendo se desata el rayo
Entónces, de la sierra alta y fragosa:
Mansos arroyos y apacibles fuentes
Cambiados en torrentes
Descienden concitados,
Y van precipitados
Por rocas y altas peñas que retumban
Con hórrido fragor del bosque umbroso;
Airado Noto y vendaval furioso
De la alta mole á la llanura zumban;
Despierta el blando Zéfiro del sueño
Tímido huyendo del verjel risueño;
Pues ve, cómo sus flores desprendidas,
Cual lágrimas de amor vánse perdidas.

XXI

Sublime el huracan extemporáneo,
Del Ávila gigante en la alta selva
Zumba cual trueno que lejano brama,
Y pasa como espectro subitáneo
Que huyendo va del sol, ántes que vuelva
Á dar al rutilante panorama
Su pompa de oriflama;
Pero entretanto el monte,
Del pico al horizonte,
De pavoroso estruendo combatido,
Lanza al espacio, á la merced del viento,

Con inmenso fragor su raudo acento
Al valle en tempestades conmovido.
Y desde la ciudad se escucha fiero
Rugir sobre la cumbre el aguacero,
Así como lejanos clamoreos
De pueblos que proclaman corifeos.

XXII

Espesa nube ó tenebrosa niebla
Su pompa melancólica en la Silla
Tiende hasta el pié de la primera loma.
Sombría noche las alturas puebla
Su imperio dilatando hasta la orilla
Del estendido campo, donde asoma
La ya revuelta coma
Del Guaire, que en la vega
Sus turbias aguas riega.
Con sus melenas el lluvioso invierno
Recorre el monte, la llanura, el prado,
Unas veces fugaz y acelerado
Otras con llanto al parecer eterno.
Muchas veces sus lágrimas suspende
Súbitamente y sobre el campo tiende
Su manto depurado por la brisa,
Mostrando al claro sol rostro de risa.

XXIII

Y como si se hubiera consolado
De su reciente y amargoso duelo;
O como, ya del valle desprendido,
Con el radiante sol reconciliado,
Muéstrase ufano en el abierto cielo,
De extraño gozo al parecer henchido:
O, como sorprendido
Por falaces auroras,
Goza en tranquilas horas
De inesperado amor que inspira duda.
Mas, ay! que de su efímero contento
Viene á sacarle de inconstancia el viento,
Y en nuevo llanto sus placeres muda.
Truena el oriente, y el airado Eolo
Lleva sus ecos al distante polo,
Suelta la rienda el aquilon insano
Que azota el monte y atormenta el llano.

XXIV

. . . . . .
. . . . . .
Y tanta pompa, variedad y encanto,

Tanta sonrisa en regalado ensueño
De la naturaleza en sus amores,
Por qué en morada del eterno llanto
Cambió el destino con fatal empeño ?
Marchitas yacen del pensil las flores !
Los mágicos fulgores
Su frente no iluminan,
Ni á su influencia germinan
Los dones que la diosa de la tierra
Hace brotar para que tenga el hombre
Placer, sustento, libertad y nombre,
Y cuanto el templo de la gloria encierra.
Y aquel encanto de la edad dorada
Que dió naturaleza enamorada
Al suelo de Colon. ¿por qué destino
A convertirse en soledades vino ?

....

CANTO SEGUNDO.

CANTO SEGUNDO.

SUMARIO.

Costumbres antiguas de Carácas y otras cosas de mucha virtud y contento.

I

Las casas de magnates titulados,
Con fueros de mantuanos fundadores,
O de *blancos de orilla* con haciendas,
Eran hechas de tapias con tejados
De téjas sobre largos corredores,
Con saguanes y nunca de encomiendas

O de puertas de tiendas,
Pues ordinariamente
En éstas sólo gente
De baja alcurnia y sin solar vivia;
O aquella, que ademas de su bajeza,
Hallábase, sin sangre y sin riqueza
Obligada á poner, ó pulpería
O su venta de frutas y carato,
Buscando lo mejor y más barato,
El resto, libre ó de color, moraba
En el punto que más le acomodaba.

II

Era cosa infalible en toda casa,
Grande, pequeña, de mediano talle,
Del centro ó encuadrando las esquinas,
De ventana volada ó puerta rasa,
El tener, rara vez hácia la calle,
Su cuadra para crianza de gallinas,
De puercos, de cochinas
Y de otros animales,
Que en cercos y corrales
Eran entónces del hogar fomento
De industria en el doméstico adelanto,
Pues daba á las familias otro tanto,
Y acaso más del regular por ciento,
Por industrias rurales, cuyas sobras

Se consagraban á piadosas obras,
Al cura capellan siempre propicias,
Pues iban como diezmos y primisias.

III

Oh tiempos ! oh costumbres del pasado!
Dulces y alegres cuando Dios queria,
¿ Por qué venis tan dolorosamente,
En nuestro infausto y miserable estado,
A despertar en la memoria fría
De tanta dicha, el anhelar vehemente ?
La desolada mente
Recuerda en triste duelo
La antigua paz del suelo;
Allí los verdes plátanos frondosos,
Racimos colosales producian,
Al sol y al agua del Señor crecian
Los mangos, los guayabos y lechosos,
La rosa y el clavel no desdeñaban
Su sombra, ni las parchas se negaban
Sus troncos á abrazar con lazo estrecho,
Donde ostentaba el cundeamor su lecho.

IV

Por todas partes se colgaban santos;
Sobre todo, al copete de las camas,
Los ángeles guardianes se ponian

De palo ó de papeles, y otros tantos
Asuntos de las ánimas que en llamas
Del Purgatorio sin piedad ardian ;
A las cuales decian,
Terminado el rosario,
Un Pater noster diario
Para aliviarlas del terrible fuego.
Colgábase tambien en las paredes
La vírgen maternal de las Mercedes,
De los cautivos redentora, y luégo,
Formando oposicion al pobre diablo
Vencido en su furor por el venablo
Del ángel San Miguel que le derriba
Enviándolo al infierno boca arriba.

V

Miéntras que tras la cruz y boca abajo
Campeaba en el altar el diablo mismo,
Al mismo San Miguel, y no de chanzas,
Si no de veras y sin gran trabajo,
Siguiendo sus arranques de cinismo
Diabólico, poniéndole asechanzas,
Y usando en vez de lanzas,
Las puntas de sus cuernos,
Que son de los infiernos,
En donde con la diabla en matrimonio

Persigue á los criados en el lecho
(De San José y la Vírgen á despecho)
Y del mismo glorioso San Antonio,
Que siendo, aunque soltero el abogado
De todo fiel cristiano, aunque casado,
Al santo matrimonio dar procura
Si no fidelidad, santa locura.

VI

Cada casa en total se componia
De sala principal y dormitorio ;
Zaguan de córredor con cuarto enfrente,
Y en medio la invariable galería,
Predilecto lugar del oratorio
Donde rezaba cotidianamente
Con devocion la gente
La Salve y el Rosario,
Por órden numerario
Contando en la camándula sus cuentas.
Contiguo á la cocina se encontraba
El camarón que contubernio daba
De casa á las criadas y sirvientas,
Negras esclavas ; y segun costumbre
De casas con cuantiosa servidumbre
En el que se llamó repartimiento
Daba á todas Morfeo alojamiento

VII

Mezcolanza de sexos peligrosa
De canícula en tiempo.... tan propicio
De refocilamientos al deseo
Porque entónces de faz cambia la cosa,
El can en el calor hace su oficio
Dirigiendo el iman del himeneo
En brazos de Morfeo;
Así por consecuencia
De ineludible influencia
En el repartimiento mencionado,
La negra Vénus y el Cupido negro
Sin licencias de suegra ni de suegro,
Mostraban al noveno el resultado,
Acaso fué política en los amos,
Porque Caín al extender los ramos
De su árbol genealógico traia
Más brazos á la hacienda y á la cría.

VIII

Eran las casas de cuadrado frente,
De ventana volada y puerta al lado,
Encima de la cual el gran letrero

XI

El noble por instinto se enamora
Del dios, ó diosa de atributo noble
O que tiene sus visos de nobleza;
Así con más estímulos le adora
Y da á la adoracion esmero doble
Cuando en su adoracion, naturaleza
Le imprime ó la grandeza
De espíritu divino,
O en su mismo camino
Brinda á la sangre humanidad de cielo;
Por eso en tales casas se adoraba
Con preferencia al que á la vez llevaba
Alma divina bajo humano velo,
Sobre todo si santos y madonas
Eran reyes ó reinas con coronas.
. . . . . .
. . . . . .

XII

De auténticas reliquias venerables
Jamas andaba la familia escasa,
Que en grande admiracion eran tenidas.

De mártires y santos memorables,
Cruces benditas, de la casa santa,
Y santos por milagro aparecidos,
Y muchos bendecidos
En Roma por la mano
Del Papa, en Vaticano.
Cintas, huesos, vestidos, ó cabellos,
Calaveras y brazos encontrados
Casi frescos, de hombres conservados
En tierra santa y con antiguos sellos
De peregrino errante, ó con señales
De Papas ó benditos Cardenales.
Quien, un dedo tenia ó mano entera,
Quien, toda ó la mitad de la cadera.

XIII

Quien, conservaba la sagrada muela
O pelo de una santa, en relicario,
O sangre de pagano convertido;
Quien, guardaba de pierna ó choquezuela,
Reliquias en bendito escapulario,
Quien, auténtica pieza de vestido,
O quien, en fin, metido
En un estuche, el diente
De hermano penitente,
De antiguo anacoreta ó hermitaño;

Leíase del Santo que la gente
Por Patron del recinto venerado,
Devota le anunciaba al pasajero.
Debajo del alero,
Y sobre la ventana,
Con adornos galana,
Una palma bendita se ponia,
Y la oracion (para ahuyentar el diablo)
Del apóstol San Pedro ó de San Pablo;
En el zaguan, sobre la puerta, habia
La imágen de algun santo, ó la gloriosa
De Cristo ó de la Mater Dolorosa;
La Vírgen de la Luz (pues la propala),
Colgábase en la puerta de la sala.

IX

Era asunto esencial en oratorio
El nicho conteniendo el nacimiento
Del Salvador, junto á José y María,
El cual se trasportaba al dormitorio
Cada vez que el anual alumbramiento
De la buena señora lo exigía,
La cual tambien tenia
Los santos abogados
De novios y casados,
Entre estos al glorioso San Antonio,

No ménos, cual digimos de San Pablo:
Al ángel San Miguel, venciendo al diablo,
Y luégo con el fin de que el demonio
Nunca tentase del cristiano el alma,
Ademas de una cruz, hecha de palma,
Y de otra, con el manto del Sudario,
Colgábase á Jesus en el Calvario.

X

Veíase entre santos serafines,
De nubes y relámpagos rodeada,
La Inmaculada Concepcion, autora
De conversion en pecadores ruines,
Por lo que en todas partes adorada
Se hallaba en el altar á toda hora.
Tambien Nuestra Señora
Del Cármen, era objeto
De universal respeto
En fiestas mil de servidumbre y ámos;
Lo mismo de la plebe en las familias
Con rezos, penitencias y vigilias,
Llena de flores y fingidos ramos
De guerras con enseñas é incensario,
Colgábase la Vírgen del Rosario
En todas partes, sobre todo, donde
Moraba algun marqués, baron ó conde.

Pues cuando por instinto le lloraba
Pasar queriendo de la parte al todo,
Prudente, al llanto le aplicaba teta,
Y con halago y treta
Con arrullos rendido
Dejábale dormido.
De este modo el infante reposaba
Feliz, sin los afanes del despierto,
Gozando de la vida como el muerto,
Vivia sin saber lo que gozaba.
Feliz infancia; porque siglos de oro,
Pasó con los pañales del decoro
En que noble, inocente y decorado
Gozaba en la inocencia de su estado.

XVII

Del caso convencido su Excelencia,
El Capitan de España, se esmeraba
En dar al pueblo, con el pan, doctrina;
Con la mano derecha, en consecuencia,
El ño Pedro Moreno manejaba,
Y daba con la izquierda la propina
Con que el niño se inclina
A ocultarse la boca
Cuando con ella toca,
El dulce que del látigo consuela,

De sana religion cuantas delicias
A España reparaban las primicias
Del derecho divino en Venezuela,
Pues, á más de tener firme esperanza
En el cielo de bienaventuranza,
Esperaba en la vida toda suerte
De bienes y bondad hasta la muerte.

XVIII

Por cuya beatitud agradecido
El pueblo de sus reyes y señores,
A los santos y santas adoraba,
Habiendo, á la verdad, siempre tenido
Amor á los primeros como autores
Del fuete patriarcal que le educaba.
A los segundos daba
De adoracion tributo,
Como autores del fruto
Que habia de gozar en la otra vida,
Miéntras tanto pasaba así adorando
A los reyes y santos, y gozando
Con azotes corrientes y comida;
Sacando más provechos y consuelo
De las constituciones, que del cielo
El rei nuestro señor les conseguía,
Que de todas las fábulas del dia.

En fin, otras reliquias, cuyo oficio
Y objeto era curar el maleficio
De encantos ó *mal de ojos*, peste ó daño.
La Vírgen veneranda de la Guía
Contra duendes y brujas se tenia
Allá en el caballete del tejado,
Lechuzas espantando á cada lado.

XIV

San Francisco de Paula entre las viejas,
Al par de muchos santos, obtenia
De amor y devocion, pruebas y honores
En rezos, en limosnas, en madejas
De velas encendidas noche y dia,
Y en ornamentos de fingidas flores;
La Vírgen de Dolores,
San Juan Nepomuceno
Y Jesus Nazareno,
Un lugar ocupaban distinguido
En todos los altares y oratorios,
Cual ley de conyugales dormitorios
Y amparo de mujer y de marido.
Un cuarto ó la mitad del Calendario
Colgaba en el hogar, al culto diario,
Desde el retiro de rural cabaña
Hasta el salon del Capitan de España.

XV

Allí con más razon, pues toda madre
Cumple, aunque blanda, su mision de hierro.
Tal vez de Vesta que á los tiernos hijos
Mansion ofrece que mejor les cuadre,
O vaca que amamanta á su becerro.
La madre España con los ojos fijos
En todos escondrijos
De la cuna, vivia
Sabiendo que sin guía
Los jóvenes se pierden por los viejos.
Por tanto procuraba en sus afanes
Al látigo mezclar toros y panes,
Y dar con el ejemplo los consejos.
Y como enseña la experiencia en todo
Que, en casos de aprender el mejor modo,
Es en propia cabeza, no en la agena,
Evitar procuraba esta condena.

XXVI

La España sus cartillas aplicaba
Al niño sabiamente ; y de este modo
Comenzando en la A llegó á la zeta,

XIX

Santa Efigenia, aunque de alcurnia fina,
Y de reputacion vírgen gloriosa,
Al fin fué negra y, como tal, colgaba
Con toda reverencia en la cocina.
De nubes rodeada, Santa Rosa
Y san Isidro Labrador se hallaba,
Al cual se consagraba,
Cogida la cosecha
Del año, en cierta fecha,
Del fruto más precioso las primicias;
San Pedro era patron de toda casa,
Puesto que hacia de la gente en masa
(Aparte la piedad) fiesta y delicias;
Hallábanse á otros muchos dando paso
San Juan, San Benedicto, San Damaso,
San Juan Evangelista, San Facundo,
San Críspulo, San Blas y San Raimundo.

XX

Como el último santo es San Silvestre,
En la casa tambien es el postrero,
Y estaba, como vá en el Calendario,

Allá por el corral hecho pedestre
De matas ó de flores caballero
Y poste de los Santos numerario;
Y como San Macario,
Al lado de Isidoro,
Es el primer decoro
Conque el año cristiano se presenta,
Hallábanse los dos de cuando en cuando,
De ciertas casas á la entrada dando
De proteccion y patronato cuenta;
El Gran Poder de Dios al frontispicio
Con frecuencia tambien era propicio,
No dejando de verse en venta ó casa
En lugar de Tomas, Santa Tomasa.

XXI

Sobre el repartimiento al frontispicio
Siendo de negros el patron y ejemplo,
Colgaba para alivio de sus dones
La imágen del glorioso San Mauricio,
Adorado por negros en el templo,
A quien ornatos y bordados paños
Por fiel todos los años
Las negras regalaban,
Y en procesion sacaban
Ya no tan sólo por piadoso culto,

Sino por darle *mogicon sin mano*
Al blanco, que orgulloso con su hermano,
Por negro lo trataba con insulto,
No obstante que los amos contribuian
Al culto y á las fiestas que le hacian
Los pobres negros con la negra pompa
De furruco, tambor, bandola y trompa.

XXII

Los negros á su santo veneraban
En templo de su nombre (San Maricio).
Y en Santa Rosalía, cual tesoro
De santos negros, sobre el ara estaban
Entrambos recibiendo el beneficio
De los que viven en el alto coro.
Como negro tesoro,
Entre tesoros tantos
De santas y de santos,
Se la tenia en el altar oculta.
Allí Santa Efigenia grata oia
Plegarias de sus hijos, y tenia
Dones y ruegos de su gente inculta,
La cual, aunque en dolor y servidumbre,
Jamas, por religion y por costumbre,
Cesó de venerar, como patrona,
A la divina y celestial fregona.

XXIII

Del pueblo, en San Felipe, venerado,
Un santo se encontraba, que de España
Cruzando mares á Carácas vino.
Era el cuerpo completo de un soldado;
(Tambien en ocasiones la campaña
Es tierra santa y el cuartel divino]:
Era, pues, San Justino,
De quien se referian
Maravillas, que hacian
Parar el pelo de sagrado espanto;
Tendido dentro el nicho, estaba muerto
Aún de sangre y de sudor cubierto:
Más vivo estaba, que difunto el santo!
Todos los años se le hacia fiesta
Con sermones y misa á toda orquesta,
Terminada la cual, tronaban luégo,
El triquitraque y el raton de fuego.

XXIV

Un Cristo milagroso en San Jacinto
De extrañas formas y atributos nuevos,
Desde tiempos antiguos existia.

De mujer un fustan ceñido al cinto
Llevaba el santo, y á los piés tres huevos,
[Por más extraño que parezca hoy dia],
De gallina tenia,
Lo cual sólo se ha visto
En aquel santo Cristo.
En el vulgo, por santo, era llamado
El Cristo de los huevos y en fustanes.
Antigua tradicion de charlatanes
La vida de este santo relataba
Con diversos comentos y manera;
Mas la historia probable y verdadera,
Segun corre en las lenguas de la gente,
Del santo aparecido es la siguiente:

XXV

Moraba en las afueras de Carácas
Una vieja mujer, pobre y virtuosa,
La cual para vivir se mantenia
De su venta de huevos y de hallacas,
Por bien sólo contando poca cosa.
Poseedora no siendo de gran cosa,
Pues, por únicos muebles poseia
La estera en que dormia,
Un fustan de coleta,
Su paño y camiseta.
A tan pobre mansion pidiendo abrigo

En medio de una noche tenebrosa,
De rostro macilento y voz quejosa,
Un anciano llegó, triste y mendigo.
La vieja, aunque tan pobre y miserable,
Al ver aquel anciano venerable,
Santa piedad y compasion concibe,
Y con demostraciones le recibe.

XXVI

Sobre su estera con amor le aloja ;
Tres huevos por acaso, que tenia
Le cuece al punto, y le presenta cena.
De sus propios vestidos se despoja
Y con ellos al viejo que dormia
Abriga, miéntras ella se condena,
De santa piedad llena,
A pasar en desvelo
La noche en duro suelo.
Mas, cuál fué su sorpresa á la mañana !
En lugar del vejete, un Santo Cristo,
Vestido encuentra como no se ha visto
Ni en la remota, ni en la edad temprana;
Llevaba su fustan y los tres huevos
A los piés de la cruz, sanos y nuevos :
Milagro de piedad que, como ejemplo,
De San Jacinto coservaba el templo.
.....
.....

XXVII

Entrando de la calle, por la puerta,
A la derecha mano se encontraba
La pila del hogar de agua bendita,
Que no tan sólo á la piedad abierta
De la familia y servidumbre estaba,
Mas tambien al amigo de visita,
O vulgo de levita,
De chaqueta, capote,
Al paje de garrote
Y á todo religioso y fiel cristiano,
Para lo cual sobre la pila habia
En latin, un letrero que decia :
Entrad purificado, buen hermano.
Tal de la casa á la primera entrada
Juzgábase feliz toda llegada,
Pues el agua bendita tentaciones
Destruye, hasta del hurto en los ladrones.

XXVIII

No más delicias ni mayor contento
Presenta á nuestra mente, de otro asunto
De los pasados tiempos la memoria;

No es dado al plectro, en entusiasmo tanto,
El cuadro dibujar al tono y punto
Que tuvo en los colores de la historia;
La dicha perentoria
Que plugo dar el cielo
A nuestro caro suelo,
Pasó como el ensueño de la vida!
Apénas, ay dolor! la mente puede
Pálida sombra dibujar que quede
Cual rama de su tronco desprendida,
Mostrando, aunque marchita y sin fragancia,
Los frutos y las flores de su infancia.
El eco de ese tiempo moribundo
Pronto del Lete llegará al profundo.

XXIX

Mas con placer recordará la lira,
Que bienes y placeres en la suerte
De las generaciones ya pasadas,
No fueron ilusiones ni mentira:
De Dios en el temor, no de la muerte,
Y en sus altos designios confiados
Vivieron entregados
A un cielo tan propicio,
Buscando en su servicio
Amor de los hermanos corazones;
Por eso del honor sin detrimento

Sin quitar á las ciencias su fomento
Y el culto de las otras religiones,
sus vírgenes y santas adoraron
Y en pago de sus deudas le abonaron
Primicias al bendito sacerdote
Y al Rei Nuestro Señor dones y escote.

XXX

Mas por uso ó costumbre de la éra
Solia á veces la familia toda
Dejar el comedor ó galería;
Y uniéndose á los criados allá afuera
Ya por capricho ó transitoria modá
En la cocina por placer comia.
Lo mismo en cierto dia,
Y en santos señalados,
De casaca á los criados
Vestian los señores, miéntras ellos,
Los hombres en calzones y camisa
Y damas con pañuelos, á la guisa
De negros que se *entocan* los cabellos
Con hules de madrás ó tela gruesa,
Servian á los criados á la mesa,
Costumbre que en la edad de la colonia
Fué efecto de bondad, no ceremonia.

XXXI

Poco despues de la merienda el viejo
Atento á la intruccion de los muchachos,
Narraba como cuentos de camino
Los hechos de Tio Tigre y Tio Conejo;
Y en calidad de historias, no de cachos,
Del rústico Bertoldo y Bertoldino
La astucia ó desatino;
O de Marí-García
Diciendo, noche y dia,
Mostrábales donosas dobladuras
Al derecho y reves; y continuaba
Hasta que el tiempo de dormir llegaba,
Narrando las astucias y diabluras
De Juan del Dedo y Barba Azul malvado
Que quiso....natural en un casado
Matar á la mujer como ha querido,
Desde el pariente Adan, todo marido.

XXXII

Luégo narraba, mejorando el cuento,
Historias sobre daño y brujerías
Y aparicion de muertos ó de espantos

De los que al mundo vuelven con intento
De dar su luz á los oscuros dias
Del hombre en sus progresos y adelantos;
Y á dar la prueba a cuantos
Acá en la tierra dudan
De que las almas mudan
Y no los cuerpos, de materia y vida:
Y luégo del Hermano Penitente
O del Tirano Aguirre y de su gente
Contaba la crueldad empedernida ;
Y por este tenor iba ensartando,
Con el gallo pelon y el burro pando,
Del coco y la sayona las consejas
Y con las nuevas, las historias viejas.....

XXXIII

Narrábales anécdotas del diablo,
Que vence á la mujer y al hombre tienta,
Deseos inspirándoles dañinos:
Del glorioso y beatísimo San Pablo
Citaba la oracion, dándoles cuentas
Do cómo en las haciendas y caminos
Los rudos campesinos
Con ella se curaban,
Rezándola, si estaban
Picados de culebras venenosas:

De Martina la fiel cucarachita
Llorando á Raton Pérez en su cuita,
Contábales tambien; y entre otras cosas
De Perico Sarmiento malhadado,
El caso en que se viera arrebatado,
Como todo sabemos, por el viento
En lo más apurado del momento.

XXXIV

En otras ocaciones les decia
En clase de didáctica oportuna
Que el mundo era redondo como plato;
Sin término la mar: que en cierto dia
El Sol se topetaba con la luna:
Que siendo el mundo por encima chato,
Un triple garabato
Por debajo del suelo
En el aire, del cielo
Colgando le tenia eternamente
Sin dejar que rodase boca abajo:
Que en el Juicio final, con gran trabajo,
De nuevo habria de venir la gente
Al mundo á recoger del cuerpo todo
Lo que botado como inútil lodo
Hubiese, como barbas y cabellos,
Suspiros, juramentos, ó resuellos.

XXXV

El viejo, de muchachos rodeado,
Sus cuentos referia hasta la hora
De rezar con Rosario de María
La Salve y el *Bendito* y *Alabado*;
El cual encabezaba la Señora,
O de las negras la que más sabia
Para servir de guía,
Con tono majestuoso,
En el acto piadoso.
Cumplido aquel deber, el amo y ama
Y toda la doméstica colmena
Tras abundante y nutritiva cena
Iban alegres en la muelle cama
A disfrutar del plácido reposo
De la sana conciencia, dón precioso,
Hasta que el Sol con su dorada lumbre
De nuevo despuntaba tras la cumbre.

XXXVI

Dichosos nuestros padres que gozaron
De aquellos tiempos la inocente vida,
Que hallaba en tantos bienes acomodo!

Dichosos, porque entónces se escaparon
Del mal con que en su mísera caida,
Vence Satan con lamentable modo:
Dichosos porque todo
El bien que merecieron
Con preces lo obtuvieron
Del Dios, por que se vieron elegidos.
Sus hijos condenados por la suerte
A oscura vida y tenebrosa muerte,
Hambrientos, andrajosos y afligidos,
Vivimos humillados en eternas
Vergüenzas con el rabo entre las piernas,
Sin esperanzas y debiendo al cabo,
Tristes mordernos con paciencia el rabo.

XXXVII

Miéntrás que en ellos con amor templaba
El cielo bondadoso una coyunda
Que el pueblo sin sentirla, con paciencia
Sufrió; pues por querida no pesaba
Con ese insulto en que el tirano funda
Sus armas de baldones y dolencia.
Dos siglos de experiencia
En venturosa infancia,
Del mal en la ignorancia,
Probaron que la dicha de los hombres

No estriba en libertad y ley mentidas,
Fundadas en promesas no cumplidas,
Aunque expresadas con pomposos nombres;
Y probaron tambien que el hombre puede
Vivir honrado aunque feliz se quede
Viviendo de los dones de la tierra
Sin pan de glorias en nefanda guerra.

XXXVIII

Ellos vivieron en la paz del cielo,
Nosotros, como bestias del establo,
El mundo arando bajo el yugo uncidos,
En lágrimas, dolor y desconsuelo:
La cólera de Dios, la uña del diablo,
Nos tienen en delitos sumergidos.
Sin combatir, vencidos,
Y esclavos en la tierra:
Con servidumbre y guerra
Siervos corremos temporal eterno,
En un mar de pasiones anegados:
Tenemos como puertos señalados
Las hórridas ribeiras del infierno;
Y para colmo de vergüenza y daño,
Desde que empieza hasta que acaba el año,

Las nuevas trampas y las deudas viejas
Nos llegan con el hambre á las orejas.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

XXXIX

De Carácas tranquilo, sin sospecha,
Del prógimo el doblez se encaminaba,
A prisa ó lentamente el propietario
A coger de su hacienda la cosecha,
Afan en que el Agosto le empeñaba,
Y no porque juzgasé necesario
Su esmero anual ó diario
Para que el hato, hacienda
O ingenio de molienda
Quedara más ó ménos limpio ó sucio ;
Mas, si porque el proverbio le decia,
Que al fin, peligro en la confianza habia
Y que el ojo del amo engorda el rucio ;
Y porque en esa edad el pueblo bajo
Mostrábase más firme en el trabajo,
Cuando el ejemplo lo teniá en el dueño,
Mirándole interes, afan y empeño.

XL

Llevando sus talegos de dinero
Partia, el buen señor, solo y seguro,
Sin mas armas que el fuete acostumbrado.
Y así yendo por cerro y por sendero,
Sin miedo de encontrar lance ó apuro
En que fuese prudencia andar armado,
Pues el mejor soldado
Que la patria tenia
Para dar garantía
A leyes, ciudadanos honra y oro
Era sólo el temor al Dios Eterno
(Y tambien el del diablo en el infierno);
Piedad hácia los padres el decoro
Al Rei Nuestro Señor, quien por humano
Y divino derecho el cetro empuña
Con sólo amor sin caridad con uña.

.....

XLI

Libre, solo, seguro en su camino
Cruzaba el bosque y la feraz montaña,
Cubierta de maleza y matorrales,

Sin temor de encontrarse de continuo,
Entre patriotas con la vieja maña,
En las hondas quebradas y andurriales,
Hermanos naturales
Hallaba donde quiera,
Y así la faltriquera
De honrado y laborioso ciudadano
Estaba en su lugar, sin que su dueño
Por la constitución, en el empeño
Se viera de ponerle entre la mano
De quien siempre la puso en cosa agena,
Y nunca en el trabajo y la faena,
Más en esas edades de ignorancia,
De religion y de costumbres rancias.

XLII

Andaba el hombre honrádo en su derrota,
O en rutá á las ciudades el llanero
Distante de encontrar, por su desgracia,
Con héroe ó benemérito patriota
Que, en nombre de la lei pidiese entero
Bolsillo para patria y democracia.
Con sólo la eficacia
De su conciencia, armado,
Do quier bien alojado
Y bien por todas partes recibido,
Era el hombre de todos, ya en la venta,

Ya en la majada sin ajuste, ó cuenta
De lo que hubiese á su sabor comido.
Allí con voluntad y diligencia,
Era siempre tratado con decencia,
Conversando con todos y de todo,
Rebosando los rostros en buen modo.

XLIII

A todos los antojos de su gula
Holgábase el viajero en abundancia,
En tanto que los siervos, diligentes
Cuidaban del caballo ó de la mula.
El huésped con los amos de la estancia
Sin distincion de calidad de gentes,
De cosas diferentes,
Cual hermanos hablaban;
Y así se la pasaban
Ya fumando el cachimbo ó el cigarro,
Ya con grita de paz y alegre zurra,
Al bobo, al tute ó la carga la burra
Jugaban con placer, dándole al jarro
Hasta que el tiempo de dormir venia,
Durante el cual, hasta rayar el dia,
Roncaba á piernas sueltas el viajero
Seguro de la vida y del dinero.

XLIV

Despues de regalado desayuno
Montaba el buen señor, siempre consigo
Llevando su dinero salvo y sano.
Luégo alegre y gozoso á cada uno:
Agur! Dios se lo pague, buen amigo,
Decíales tendiéndoles la mano:
Y cada cual ufano
De amistad en alarde:
El señor me lo guarde,
Le contestaba, pues tambien sabía
Que si por caso á la mansion llegaba
Del huésped, la recíproca encontraba,
Pues con igual amor lo recibia:
Tal era en nuestra patria la manera
De huésped y hospedaje donde quiera
En villa, monte, ó en sabana rasa,
Siempre se estaba como estar en casa.

XLV

Ya solo, ó del amigo acompañado,
Se hallaba en casa por la tierra entera
Y en toda aquella tierra, como sola

Y única familia del estado,
La gente se encontraba de manera
Que, desde la cabeza hasta la cola,
La familia española
Sin mal ni menoscabo
Feliz de cabo á rabo
Vivió, como pastores en Arcadia.
No tuvo la Discordia un solo dia,
Momento favorable á su manía
En toda la extension que el sol irradia
Su faz, y su diabólica manzana
Hallaron en la Paz firme tirana,
De modo que su música el dios Marte
Fué siempre á ejecutar en otra parte.

XLVI

Era el Meso Tacon, acá en Carácas,
El maestro en escuelas conocido,
Que á fuerza de palmetas, de garrotes,
De corozas, regaños y matracas,
A leer enseñaba decorado
Y escribir principiando por palotes;
Y tambien con azotes
Enseñaba doctrina
Cristiana; y por rutina
A contar, hasta mil, por toda ciencia;

Y cuando los muchachos despachaba
El sábado en la tarde, acostumbraba
Zurrarlos como caso de conciencia
A cuenta de flojera ó travesuras
De la semana entrante, ó de futuras
Malas acciones que, segun decia,
Castigar de antemano se debia.

XLVII

En cuanto al bello sexo femenino,
No gustaban las madres que aprendiesen
Las niñas á escribir; ser ignorantes,
De tinta y pluma era el mejor camino
De impedir que, escribiendo, respondiesen
De un modo clandestino á los amantes
Aprovechando instantes
De abrir las ocasiones
A malas tentaciones:
Y así las enseñaban, solamente
A leer en *proceso* y decorado,
A bordar al tambor ó algun dechado
Y á mantenerse, cuando hubiera gente,
Calladas sin hablar sino de cosas
De santos y materias religiosas:
Jamas de matrimonios ó de antojos
Que pudiesen temprano abrir los ojos.

XLIII

En cuanto al otro sexo masculino,
En cosas de mujer ó matrimonio,
Sin paterna licencia no pensaban
Tambien para salvar al femenino
De clima ardiente y tentador demonio
De la maternidad, los encerraban
En casa, y procuraban,
Para impedir empachos,
Que el roce con los machos
No tuviese lugar; en ocasiones
En que, como sucede de ordinario
En sitio medio oscuro ó solitario,
Se pudiese incurrir en tentaciones;
Y para no privarlas totalmente
Del roce con los hombres, reverente
De visita en la casa todo el dia
Un fraile ó sacerdote se tenia.

XLIX

El fiel amigo con amor paterno
O paternal cuidado en confesores,
Bien justo hácia las hijas predilectas

Del diablo procuraba y del infierno
Salvarlas, pues de místicos autores
Leíales del texto las selectas
Doctrinas contrá sectas
De Lutero, Calvino
O de infiel libertino
Que al pecado pudiese de algun modo
Llevarlas con escándalo y fracaso.
Así, el bendito sacerdcte al paso
De la parte llevándolos al todo,
Formaba al rededor del sexo, muro
Contra asechanzas de Luzbel, seguro,
Y contra lo que Venus ó Cupido
Inspiran á doncellas desde Guido.

L

Aun tiempo, en las historias las instruía
De patriarcas en santas escrituras,
De Job, de Onam y de Absalon triunfante,
Los hechos comentados referia
Procurando grabarles las figuras
Con claridad y explicacion constante,
Marchande hácia delante
Con tiento en la inocencia
El *dulce* de la ciencia
Y el *utile* benéfico sin tasa,
Prestaba el amistoso capuchino,

El cual, si no sosten, era padrino
De algun ahijado recogido en casa,
Donde viejas, comadres y señoras
Del amigo y compadre á todas horas
Visitas recibian y nociones
De plática, consejo y bendiciones.

LI

Y cuando por acaso las piadosas
Lecciones del amigo, interrumpia
Algun inesperado advenimiento
O paralizacion de aquellas cosas
Que, sin pensarlo, de la noche al dia
Se suelen presentar por complemento
De gusto ó descontento;
Entónces se buscaba
Otra tecla ó aldaba
Al interes en educar las niñas,
En tanto que tornaban á su centro
Los hábitos de afuera y los de adentro,
Ya fuesen de placer, de paz ó riñas:
La nave del hogar serenamente
De nuevo entraba á regular corriente
Llegando en rumbo de salud al puerto,
Y enderezando lo que estaba tuerto.

LII

Las hijas por la madre aconsejadas
Y por negras esclavas dirigidas,
Humildes en el arte culinario
Mil cosas aprendian que indicadas
Estaban en la lista de comidas,
Siempre abundantes en el gasto diario;
Y en el extraordinario,
Cuando llegaban dias
De santos ó alegrías,
Honor era en las niñas casaderas
Probar, que al presentarse algun marido,
Podian, ademas del consabido,
Llenar hasta el deber de cocineras;
Por tanto, de mujer la disciplina
Estaba en el salon, en la cocina,
Y en todo aquello que, al llegar la fecha,
La hallase una mujer hecha y derecha.

LIII

De aquello resultaban las gabelas
Que daban para sendas chucherías,
Y á veces para ropas y zapatos
Y manojos de cirios y de velas,

Y cera del Santísimo en los dias
De fiesta y religiosos aparatos:
Y daban para platos
Y muestras de ternura
Con que al bendito cura
Las niñas, el señor y la señora
Obsequiaban, en formas y manera,
A que no se negaban ni siquiera
La sobrina, la madre ó servidora.
En las pascuas floridas y años nuevos,
Ademas de gallinas y de huevos,
De confesion las hijas, sus tributos
Al cura daban de su amor en fruto.

LIV

De aquí la nobilísima costumbre
De toda casa en honradez tenida,
De hacer que las muchachas aprendiesen,
Aun cuando poseyeran servidumbre,
A pilar, ú moler, y en la comida,
A dar cuantos sazones se quisiesen:
Y en suma, que supiesen
Desde la tierna infancia,
Que en toda circunstancia
O en caso de orfandad sin casamiento,
Debia una mujer saber el cómo
Ganar sin deshonor, *doblando el lomo*,

La casa, ropa limpia y alimento,
Tal que encontrando en su honradez baluarte,
Pudiera, con su música á otra parte,
Mandar al seductor ó vagabundo
Que perderla intentase en este mundo.

LV

Por consiguiente en la mujer honesta
El punto principal de buena crianza
Era el ser diligente y hacendosa:
Al órden del hogar siempre dispuesta.
Esto daba á su sér más esperanza
De dicha y bienestar que el ser hermosa.
Ya fuese viuda, esposa,
O que la suerte impía
La dejase de tía,
Sin pájaro, ni buitre ni volando,
Para santos vestir por penitencia,
Tenia por lo ménos la conciencia
De poder subsistir.... no mendigando:
Mas sí de su trabajo y propio cuido,
Sin verse, por la falta de marido,
Expuesta, en la pobreza, á ser juguete
De viejo solteron ó mozalbete.

LVI

Tal era la prudente ceremonia
De esmeros, atenciones y cuidado
Conque tranquila bajo el rei vivia
La prole de Santiago en la colonia;
Que de cualquiera condicion y estado
Que fuese la familia, en armonía
Constante se tenia
Lo que en la vida y muerte
Del hombre, hace la suerte
Feliz por llevadera en los afanes:
Feliz, por la esperanza en Dios eterno,
Por temor á su rei y al del infierno,
Por respetos al cura y capitanes;
Y entre muchas razones y motivos
A la sana verdad nada nocivos,
Feliz por el temor de ser ahorcado
Con pleito á España por la lei llevado.

LVII

Así la educacion sola esparcia
A un tiempo de la fe, las bendiciones
Y de la caridad goce y placeres.
El amor en los hombres cada dia

Tomaba nuevo ensanche; y proporciones
Enormes, la moral en las mujeres.
La voz de los deberes
Enseñaba á los hombres
A detestar los nombres
De hereje y de herejías en el mundo;
Y ensañaba tambien, desde la infancia,
La ciencia de vivir en la ignorancia
De cuanto el diablo, en su maldad fecundo,
Inventa para hacer de los mortales
Triste presa de dolos infernales;
Pues al quitarles de razon la calma,
Perdian con el cuerpo vida y alma.

LVIII

Quién de tanta ventura no adivina
La causa original? quién no conoce,
Que tanta beatitud viene del cielo?
Sin duda que de allí la luz divina
Mantuvo la razon en pleno goce
De la verdad que con amor su velo
La faz de nuestro suelo
En su extension cubria.
Como la luz del dia,
Ella nos puso en salvacion de daños,
Que llenan con la duda y confusiones

Las almas y los puros corazones.
¿Y quién en el furor de nuestros años
No ve que nuestro mal y desventura
Por fuente reconocen la lectura
De Rousseau, de Voltaire y otros herejes
Que el mundo desquiciaron de sus ejes?

LIX

Con ellos trajo el diablo como arreo
De su furia infernal, la negra escuela
Del mal y perversion con la lectura
Del compadre inmundísimo Mateo,
El Cándido, el Huron, y la novela
Del Baroncito de Foblas que, impura,
La castidad tortura
Del jóven, y pervierte
Su corazon, de suerte
Que olvidado de todos sus deberes
Se lanza en el camino del pecado,
Donde á su vez, por el placer llevado,
Conviértese en Foblas de las mujeres;
Y en lugar de novenas y breviarios,
Ademas de periódicos y diarios,
Que son la perdicion de nuestros dias,
Se nutre de lecturas de heregías.

LX

Y el hombre no era ingrato, ni tenia
Necesidad de serlo, porque el fruto
De amor y caridad siempre alcanzaba.
De Dios á las bondades respondia
Rindiéndole homenajes y tributo
Del bien conque la tierra le pagaba;
Feliz con lo que amaba,
Y amante en ilusiones
Gozó las bendiciones
Que ya desde el columpio de la cuna,
Como entre el cáliz de la flor la esencia,
Llenaban de perfume su existencia.
En Dios amaba al cielo, al sol, la luna,
Los rayos de la aurora en el oriente,
Y el murmurar de cristalina fuente;
Amaba el agua desatada en rio,
Y en hojas de la flor perla en rocío.

LXI

Amaba esos placeres inocentes
Que meciendo la vida en dulce calma,
No la despiertan del dorado ensueño.
Amaba esos impulsos, confidentes

Del cielo entre los ángeles y el alma.
Distante de la envidia y rudo ceño
De advenedizo dueño,
Gozaba en su ventura
De amor, paz y ternura
Que cambian en pesar, odios y guerra,
Y hallando que el amor es á la vida,
Como fragancia en el jardin vertida,
Como el rocío en la abrasada tierra,
Ante el altar de la piedad primero
Honraba al Dios eterno y verdadero,
En segundo lugar con tiernos modos
Honraba padre y madre ántes que á todos.

LXII

Amaba la verdad, pues del eterno
Las glorias y el poder reconocia
Y de sus obras la inmortal belleza;
Por lo cual temeroso del infierno
Las ocasiones de pecar temia,
Admirando de Dios tanta grandeza
En la naturaleza
Ya culta, ya salvaje,
Rendíale homenaje,
Alzando la mirada al firmamento,
Contaba las estrellas una á una:

Del sol dorado y la argentada luna,
Absorto contemplaba el ornamento:
Bajo la inmensa cavidad del aire
La tierra contemplaba y el donaire
Con que el manto dilata de esmeralda
En hondo valle y elevada falda.

LXIII

No por diezmos, primicias ni tributos
Dejaron de tener casas y haciendas
Sin daño, ni deshonra de tercero.
Vivia el hacendado de sus frutos,
El cura de sus misas y prebendas,
De *su queso alabándose* el pulpero;
Y todo el pueblo entero
Desde el mantuano abajo,
Vivian del trabajo
Sin quitarle á su prógimo lo suyo.
Libre el pueblo y feliz en su albedrío
Confiado por las leyes en el *mio*
Y por las mismas respetando el *tuyo*,
No tuvo que apelar á garantías
Ignorando feliz en esos dias
Que ladron existiese á manos llenas,
Sin horca, sin vergüenza ni cadenas.

LXIV

Do quiera prosperaban los hogares
En medio de verduras do pastaba
De espléndidos rebaños el rodeo.
La sombra de samanes y bucares,
Dulce acogida y proteccion brindaba
A los corales del gentil sabeo.
A un tiempo de recreo
Y utilidad servian
Los huertos que crecian
Cambiando en arboleda los cortijos
Y la llanura, habitacion constante
Del campesino ó del llanero errante,
Quien tuvo en soledad sus regocijos
Del verde campo dilatado y ancho;
Y tanto el morador de humilde rancho,
Como el magnate en la soberbia estancia,
Reposo disfrutaban y abundancia.

LXV

De cabras y becerros los balidos
Del campo eran la ingénua cantilena;
Y en la menuda yerba y fértil grama,
Erraban de sus dueños protegidos,

Y la cajuba desde la alta almena
Del sauce ó confundida entre la rama
De la rastrera aullama,
De bienes en aumento
Les daban alimento
Sin exigencias de trabajo alguno.
Pulsando en el rabel cuerdas sonoras,
Jamás halló el pastor tristes las horas,
Ni el trabajar le pareció importuno:
La fuente cristalina y bulliciosa,
El dulce ambiente de encendida rosa
Y el cántico rural del arrendajo,
Estímulos brindaban al trabajo.

LXVI

Por él tuvieron hatos con haciendas
Y número infinito de alquerías,
Estancias de potreros y majadas
De gente pastoril gratas viviendas.
Tuvieron encumbradas rancherías
De ricos gallineros circundadas,
Y villas mil cercadas
De rústica belleza,
Que la naturaleza
Produjo para dicha de sus hijos;
En suma sus tesoros naturales

Brotó la madre tierra á los mortales,
Sabrosos, abundantes y prolijos
Por ella fueron á la patria dados ;
Y fueron sin dolores alcanzados
Antes de hacer de la infelice tierra
Presa y botin de fratricida guerra.

LXVII

Arroyo entre las flores fué la vida
Del Rei Nuestro Señor y Padre santo
En amoroso y complaciente seno.
Sobraba para el cuerpo la comida
Y para el alma salvacion, y cuanto
Lo justo hermana á lo sabroso y bueno.
El ánimo sereno,
Por bienes positivos
Gozaba de los vivos
Placeres del amor, que allá entre hermanos
Es patrimonio celestial del alma,
Y eterna fuente que al correr la calma
Inspira, y la esperanza á los cristianos.
La paz al hombre entre venturas trajo
Ganancias con honor en el trabajo,
Que el hombre une á su Dios en lazo estrecho
Y tras de tantos goces da el provecho.

LXVIII

La prensa.. ello es verdad que no existia,
Pero en cambio tambien, los intereses
Que aquella en nombre, y con su voz de engaño
Ostenta sostener, ya los tenia
Con paz, seguridad y sin reveces
De muerte, destruccion, vergüenza y daño.
Sin tregua de año en año
La lei del cuerpo entónces
No escrita estaba en bronces,
Sino en el alma, y como á Dios unido,
El brillo estaba que el honor procura.
Por éste, como pública escritura
Un pelo de la barba era tenido
Que el hombre presentaba como prenda
De empeño por honor, casas y hacienda,
En cuya integridad iba su suerte
De buena ó mala fama, vida ó muerte.

LXIX

Su pública y doméstica alegría
Con patria, libertad, y patrio rango,
Regaron por doquier dicha y contentos,
Iglesias para fiestas de María,

Para mesa y salon trago y fandango,
Para frailes y monjas los conventos,
Y para complementos
Del bien en los hogares,
La paz trajo á millares
Objetos de salud y diversiones,
Anexas al chinchorro y á las siestas,
Pues trajo la abundancia para fiestas
De venerables santos y patrones
Y aparecidas santas milagrosas
E innumerable multitud de cosas,
En los que se pasaba el año entero
Gozando sin cesar de Enero á Enero.

LXX

El tiempo en que la hermosa primavera
Su rico manto de verdor tendia
Sobre el suelo feliz que ella adoraba;
El soto, la eminencia, la ladera,
La luz del sol, el esplendor del dia;
La tarde que al lucero saludaba
Cuando brillante alzaba,
Cuando ya terminaba
Su curso hácia el ocaso
Para brindarle el paso
Al manto espeso de la noche oscura:
La umbrosa selva, la colina, el prado,

El canto de las aves, el ganado
Que errába lentamente en la llanura;
La rica pompa de la amante Ceres
Que esparce con sus dones los placeres,
Todo al hombre del campo convidaba
Los bienes á gozar que allí encontraba.

LXXI

Fundado en alta loma ó en cañada
Uniendo los piñoaes con bejuco,
Cercaba el pobre negro su plantío
Feliz, pues le anunciaba su enramada
Contentos, y cosechas el conuco.
Amenas plantaciones con sombrios,
Ya á orillas de los rios
O al márgen del arroyo,
De libertad y apoyo
Daban al siervo la esperanza cierta;
Miéntras de paja la mansion querida
Del sol á los ardores bien cubierta,
Allí de sus afanes reposando
Las horas de la tarde iba contando
Del mal sin la conciencia, y por costumbre
Ageno del orgullo, en servidumbre.

LXXII

Y tras la tarde cuando el sol radiante
Su curso terminaba en el ocaso,
Volvíase al hogar con numerosa
Caterva de animales que durante
Las horas de calor, paso entre paso,
Bajo el amparo de la selva umbrosa,
Amena y deliciosa
La yerba del mogote
O el verde gamelote
Pastado habia, ó en abierto prado;
Y luégo la familia en compañía
De aquellos, medio hermanos, de alquería
Al rústico solaz del emparrado
Con brincos y retozos y canciones
Formában inocentes reuniones,
Hasta que el tiempo de la noche oscura
Dulce reposo al labrador procura.

LXXIII

Hasta las horas de abundante almuerzo
El sol de la mañana convocaba
Despues del desayuno á la tarea,
Que de los hombres al loable esfuerzo

Constantemente recompensa daba,
Quienes sabian en ciudad ó aldea
Que jamas estropea
El trabajo constante,
Ni al rústico ignorante
Ni al hábil sacerdote de Minerva.
Vivia así la prole consagrada
Al bien que hace la vida regalada
Y el buen humor y la salud conserva.
En tanto que la hacienda producia
Cuanto el hombre modesto apetecia
Que, libre de ambiciones y despecho,
Jamas desvelos encontró en el lecho.

DEL CANTO QUINTO.

DEL CANTO QUINTO.

SUMARIO.

De cómo se pueden recordar en este canto muchas cosas ya olvidadas.

I

La figura en total es media luna,
O si no la mitad de una granada,
La forma de la villa generosa
Del gran Bolívar memorable cunà,
Es golondrina en la region atada
O absorta, sorprendida mariposa,

Tan simple como hermosa.
Esparse en la llanura
Las casas en figura
De cuentas en el hilo del rosario,
Las cuales con artística manera
Se ven como digimos, en hilera,
Que van desde las faldas del calvario
Cual ondas extendidas al oriente,
Y luégo desde el norte al occidente,
Doblando en media curva su camino,
Del Teque hasta el opuesto Capuchino.

II

Del área en la extension el pueblo godo
Casas y templos de sencilla forma
Cómodamente á su placer fundada,
Iguales en los portes y en el todo,
Porque siguiendo analogía y norma
El gusto unia del que allí buscaba
Al bien que siempre hallaba,
De modo que do quiera
De la misma manera
Vivian con placer, bien y sustento
El pueblo, los esclavos y los amos

Juntos gozaban en contrarios ramos
Con poca diferencia en el contento.
El árbol de la vida generoso
Premiaba á todos en hogar dichoso,
El arte de igualar los desiguales
Los bienes aumentando entre los males.

III

. . . . . .
. . . . . .

En nobles casas de mantuana gente,
Ya condes, ya marqueses, ya barones
O blancas de sillon y campanillas,
La sala principal, que daba al frente,
Ademas de los cuatro butacones,
Contaba una docena de altas sillas
En cuyas cuatro orillas
Clavados con tachuelas
Sobre curtidas suelas
Ornatos figuraban y arabescos,
Un par de canapes hechos de paja,
Que sustentaban en la parte baja
Barrotes, aunque sólidos, grotezcos.
El sofá no existia sino en corte,
Ni camas con colchones de resorte,
El lujo de la plebe y la nobleza
Tan sólo consistia en la riqueza.

IV

El centro de la casa componia
Cuadrado ó cuadrilongo de figura
El patio principal que daba al frente.
En dónde más ó ménos siempre habia
Sombra gentil de tropical verdura.
De ladrillos la pila ó ancha fuente
En medio alegremente
Del piso á los plafones
En claros borbollones
Del líquido cristal, que del estuche
Traido hasta la fuente, por la boca
De caballo marino, leon ó foca,
Brotaba en forma de espumante buche,
Y luégo en el estanque reposaba
De donde con totumas se sacaba
A dar á los sembrados beneficio
Del riego y á la casa de servicio.

V

Bandadas de canarios y azulejos
Despues de sus campestres correrías,
En el vecino monte ó la sabana
Del nido asiento y comedores viejos

Llegaban á los huertos entre dias
Su sombra á visitar verde y lozana;
Y cuando luz temprana
Del astro vespertino
Su efímero camino
Aún no comensaba por la tarde,
Entónces despedian dulcemente
En tonos y armonías diferente
Mil huéspedes del canto haciendo alarde
El mágico trinado y armonioso,
Hasta que alegres del vergel umbroso
Presto volando hácia la prole amada
Tornaban á la selva retirada.

VI

La extensa parra y el jazmin fragante,
La fácil cuanto pródiga challota
Y el árbol milagroso que prodiga
Su fruto como el pan tan abundante,
Rival del avellano y la bellota
Brindaban sin trabajos ni fatigas
Esa abundancia amiga
De nuestra tierra sola,
La fúlgida amapola,
La malva, el torongil, el blando ocumo,
Que tanto de placer y de provecho

Prestaban contingente nada estrecho,
De la familia al semanal consumo.
Tendida sobre fuerte empalizada
Mostrábase colgando de pesada
Cual lluvia colosal en gruesa mole,
De dulces parchas la estupenda prole.

VII

En torno del corral tersos totumos,
Y de frutos cargados aguacates,
Alzábanse á la par entre la airosa
Caterva de prolíficos ocumos,
Y sobre las malezas de tomates
Que al suelo se extendian con viciosa
Exuberancia hermosa,
La lima pintoresca
Y toronja grotezca
Por el corral su produccion regaban.
Allí los anchos plátanos opímos,
Sus vástagos gigantes y racimos
Del peso hasta la tierra prolongaban,
Y por los altos troncos y paredes
Erguíanse agrupadas, lindas redes
De verdes trepadoras, salpicadas
De níveas campanillas y encarnadas.

VIII

Cual masas de esmeraldas refulgentes,
Abortos de una tierra enamorada,
Veíase de mangos la hermosura
Henchida de áureas pomas relucientes
Por los rayos del sol acariciada.
La vária y primorosa vestidura
De tropical verdura
Regocijaba al dueño,
Cuyo vigor y empeño
Crecian con el fruto y alborozo.
Las flores, los jacintos y claveles
Que ornaban á porfía los vergeles,
Al huerto daban interes y gozo,
En cuya sombra el matinal murmullo
Del céfiro halagüeño dulce arrullo,
Al coro de las aves ofrecian
Que el aire con sus cánticos henchian.

IX

Allí al amanecer, el oportuno
Momento aprovechaba la familia,
De ver el rutilar del alma aurora,
A cuyo dulce fresco el desayuno
Que fuerza, voluntad y humor concilia,
Tomaban el señor y la señora;

Por cuya protectora
Solicitud los niños
Hallaban con cariños,
El suyo á poco rato preparado.
Y toda la mañana era un contento
El ver, hasta las once, el movimtento
Al trance del almuerzo dedicado,
Pero entre tanto de la casa todos
Gozaban, en union, de varios modos
Del tiempo que sobraba á los placeres
De su dulce tormento en los deberes.

X

Ameno el cundeamor hasta la altura
Del techo, por cañizos suspendia
Su pompa tropical, ancha y donosa,
Que pródiga llenaba de frescura
El patio ó parque, do feraz crecia,
Y donde su enramada prodigiosa
Hacia más hermosa
El regulado brillo
Del fúlgido amarillo.
Cubriendo en derredor los corredores
Sus hojas protectoras oponia

Al sol, si con su luz en demasía
El ámbito inflamaba en resplandores,
En sus poltronas reguladamente
Del patio oyendo murmurar la fuente
Los amos conversaban; ó en chinchorro,
Cachimbo, ó en cabeza el gorro.

XI

De vírgenes y mártires la historia,
Ya el cuento, tradicion ó hecho ó traza,
Ya en fin de condenados ó heregía
Tratábase trayendo á la memoria,
Sobre todo mortal, al rei de España,
De cuya vida su merced sabia
Ejemplos que seria
Difícil en un tomo
Contarlas con aplomo.
De Alonzo López, el feroz tirano,
(Que sólo por Aguirre es conocido)
De quien la tradicion nos ha traido
Mil fúnebres historias á la mano,
Que vive como luz y se aparece
Tan luégo como el campo se oscurece,
Mil cosas referian, y otros cachos
Que erizaban el pelo á los muchachos.

. . . . . .
. . . . . .

XII

. . . . . .
. . . . . .

Llegaba, en fin, el imponente dia
En que comienza la Pasion del Cristo,
El Viérnes del Concilio sacrosanto.
Galano á San Francisco en tren venia
El pueblo de sus lágrimas provisto,
Y preparado á prorrumpir en llanto.
Lloraba al ver de cuanto
Sufrió, dolor profundo,
El Salvador del mundo
A fin de darle libertad al hombre,
Salvandole del yugo del pecado,
Y verle á sus destinos elevado
Sin diablo de otro mundo que le asombre.
Llenábanse los templos con la gente
De fustan y camisa; y la decente
Con ropa del baúl recien sacada,
Desde el año anterior siempre guardada.

XIII

El traje más decente para el dia
Que aún no se anunciaba con *matraca*,
Pues no salia el Salvador difunto,
En hombres de sillon se componia

De *chupa* con figura de casaca,
Levita de *blanquin*, calzon de punto.
Y para dar barrunto
De traje extraordinario,
Calábase el marqués su gran sombrero
De jipijapa ó de castor sin *copa*,
Poniéndose ademas sobre la ropa
El llamado capote de tablero,
Por ser de grandes listas en cuadrado,
De color amarillo y colorado,
Con cadena de cobre con que el cuello
Floja se ataba para dar resuello.

XIV

Sin duda que el paraguas consabido
De *sempiterna* ó *bombasí* encarnado,
No dejaba el señor un sólo instante
De llevarlo en la mano, ó bien metido
Debajo del sobaco y bien doblado,
Dejando ver el puño por delante.
En ese tiempo el guante
Desconocido era
En la ciudad entera,
Llevar era mejor franca la mano,
Los dedos recargados de sortijas
Con piedras de color en oro fijas,
Usadas por los blancos y mantuanos;

En lugar de paraguas por decoro,
Se llevaba el baston con puño de oro,
El del pobre tal vez era de plata
O de cosa más pobre ó más barata.

XV

Gallardos la camisa de pepechera
Mostraban relucientes de azulillo,
Y calzones de aquel tapabalazo
Que servia á la vez de faltriquera,
A falta de otra cosa en el bolsillo,
Que diese de moneda el embarazo,
Y por el mismo traso
Coton de sempiterna,
Do colgaba la eterna
Cadena de reloj de cornerinas,
Imitando en lo verde la esmeralda,
Pendiendo del coton hácia la falda
Cuentas de vidain en apariencias finas;
Los nobles como olímpicos pauíles
Calzando sin tacones borceguíes,
Mostraban en capotes y casacas
Ser la gente escogida de Carácas.

XVI

Los nobles del Olimpo caraqueño
Que al sólio del alcázar aspiraban;
Las jóvenes celestes serafines;
Que de ángeles el sér, con gran empeño
Y con empeño noble y nobles y fines,
Hacer correspondiente procuraban
El manto que llevaban
Con sallas y basquiñas,
Mandaban que sus niñas
Fuesen al templo del Señor en coro,
Donde en lugar de regalada silla
Hincábanse en la alfombra de rodilla
Con todo el mantuanismo del decoro;
Á cuya noble y venerable sombra
Las negras por detras, no sobre alfombra,
Sino en el duro enladrillado suelo,
Se arrodillaban en honor del cielo.

XVII

Rodaba por las calles como el rio
Resándole á Jesus sus oraciones,
Y a la Vírgen, la salve y el rosario
Inmenso de Carácas el gentio

En todas las iglesias los sermones:
Las cruces con los velos y sudarios
Y cirios de incensario:
Y el murmullo profundo
Resando todo el mundo,
Y el ambiente solemne del incienso,
La imágen claramente presentaba
Del Cristo verdadero, que empezaba
De la pasion el padecer inmenso,
Y todo el aparato religioso,
El divino misterio y más grandioso,
Y digno hacian en la tierra al hombre
Del de cristiano veneráble nombre.

XVIII

Por una y otra acera de la calle,
Iba el pueblo con hachas encendidas,
El niño, el mozo, el venerable anciano,
Formándole á los santos largo valle
De luces; y en las idas y venidas,
En que puestos buscaba el fiel cristiano.
Corrian mano á mano
Nocturnas mariposas
De damas presurosas

Temiendo por descuido o por atraso,
Perder cada momento venturoso,
De ver el rostro de María, hermoso,
Y de esquina en esquina, cada paso.
Así, bajo el alero, y contra el muro
Su puesto, á cual mejor y más seguro.

XIX

De Ramos en domingo, ya cubierto
Y de purpúreas flores adornado,
Jesus medio durmiendo aparecia
Triste resando la oración del huerto.
De Pedro junto á Diego reclinado,
Y al lado Juan, porque tambien dormia,
El grupo se veia
Marchando por delante
De Jesus, que durante
El sueño de los tres sólo velaba.
El ángel con el cáliz de ternura
Del Divino Maestro, con dulzura
Al lado, su flaqueza confortàba.
La Vírgen que nos cura con sus medios,
Llamada, en Trinidad, de los Remedios,
Detras marchaba con solemne paso
Ya próxima á llorar futuro caso.

XX

El rosario resando iban las viejas
En pos de la madona compungidas
Cual otras tantas vírgenes de antaño.
Corrian con sus dóminas parejas
Las negras con la alfombra, ya vestidas
De fustan y camisa bajo el paño
Usado de año en año
Como el mejor estreno
Del bombasí más bueno.
"*Dios te salve María* en quejumbrosa
Y dolorida voz de la plegaria
Resaban, como turba funeraria
De viejas, tras la jóven dolorida,
En tanto que Velázquez más abajo
Sus coros de violines, contrabajos
Y serpenton con trompa dirigia
Cantando el *Dios te salve* de María."

XXI

Sublime en sus dolores y quebranto,
Y en su sangre bañado, tan preciosa,
Con corona de espinas ya ceñido
Jesus era sacado el lúnes santo.

Radiante el rostro de pasion gloriosa,
Y en triste humanidad ya convertido
El Salvador, rendido
Y á la columna atado,
Al Padre tan amado
La ofrenda presentaba de dolores
Para salvar con su inefable y tierno
Amor, la humanidad del fuego eterno,
Soplado por Luzbel en sus furores.
El pueblo compungido contemplaba
Del mundo al Salvador cuando pasaba
Por todas las esquinas, y de hinojos
Torrentes derramaba de sus ojos.

XXII

Sincera compuncion, amor profundo,
Al pueblo de Carácas infundia
Ver á Jesus á la columna atado
Por lei celeste en salvacion del mundo,
Y el ver cómo las sienes le ceñia
De espinas la corona; prosternado
Mirándolo llagado
De la cintura al hombro,
Con reverente asombro
Golpes se daba de dolor al pecho;
Y el vulgo de las puertas y ventanas

El credo con fervor y dobles ganas
Rezábale al pasar; de trecho en trecho
Lo mismo haciendo la agrupada hacina
Que á su encuentro brotaba en cada esquina,
La cual no satisfecha, á troche y moche
Volaba por rezar toda la noche.

XXIII

Bendito, siempre y alabado sea
Tu dulcísimo nombre soberano,
(Con voz, el pueblo de fervor decia);
Perdónanos Señor, porque la tea
Del pérfido enemigo del cristiano,
No incendie nuestras almas en el dia
En que su voz impía
Por tu justicia alzada
Condene á su morada
Al mísero infeliz impenitente!
Perdónanos Señor, pues eres grande,
Y no permitas que al infierno mande
El enemigo malo, al delincuente
Que imprόvido sin fe, sin esperanza,
Y sin la caridad que nunca alcanza
Al que abandonas en fatal camino,
Olvida el implorar perdon divino.

XXIV

Pasado el lúnes del humilde mártes,
Tocaba la funcion á San Mauricio,
De donde se sacaba la divina
Imágen, nominada en todas partes
De humildad y paciencia el sacrificio.
En fuerza de costumbres ó rutina
La clase noble y fina,
El mártes, aunque santo,
No se apuraba tanto
En ir con la etiqueta de costumbre;
Pues que de aquella procesion el *paso*
Era de lujo, en el vestir, escaso,
Por ser la licenciada servidumbre
De negros y libertos que vestia
Lo mejor de su percha en ese dia,
Llevando á tal exceso la etiqueta
Que hasta negros se vieron de chaqueta.

XXV

De esclavos el elenco en calzoncillo,
Y con camisa de cordon completa,
Calándose sombreros de cogollo
Y alegres remirándose en el brillo
De la estrenada ropa de coleta,
De trote andaban al estilo criollo,

En peloton ó embrollo,
Formando fuera y dentro
De iglesias el encuentro
Constante de sus idas y venidas,
Remolinando en tropa
Sin más objeto que lucir la ropa.
Gozaban libertades concedidas,
Durante la semana, por los amos
Desde el domingo de pasion y ramos
Hasta el siguiente en que despues del Judas
Cambiaban por la ropa las desnudas.

XXVI

Mas de pasion miéntras la gran semana
Duraba, y del Señor el sufrimiento,
Bien que era de los cielos amo y blanco,
Los negros desde el sol de la mañana
En plena libertad, ropa y contento
Garrote en mano, tabaquera al flanco
Y el aguardiente franco
De la ocasion validos,
Mui poco condolidos
Por muerte ó sufrimientos celestiales,
No más por escuchar sermon ó misa,

Que por el ostentar de la camisa
Gozaban, como débiles mortales
Que no desperdiciaban aunque al vuelo
De la calva ocasion coger el pelo,
La cual, aún con peligro de la muerte,
De alivio aprovechaban en su suerte.

XXVII

En efecto, los negros que adoraban
Cual amo celestial á San Mauricio,
Guardaban sus gabelas todo el año,
Del cual sólo dos dias les tocaban.
Y haciendo inconcebible sacrificio
Compraban en los tales, (caso extraño!)
Chaqueta!.... hasta de paño!
Y de cierto se sabe,
[Por más que no lo grabe
En mármoles la historia] por mil datos,
Que en esas dos solemnes ocasiones
Tal cual negro se vió de pantalones,
Y aunque el mundo lo dude,....de zapatos!
Yo nunca lo he dudado, pues mi abuela,
Mujer que de verdad era la escuela,
Contando me juró, que hubiera visto
A una negra de *saya* tras el Cristo.

XXVIII

De aquí sin duda el consabido cuento
Del célebre Cirilo de Monilla,
El soldado español, de quien se apunta,
Que al cruzar de una calle en el momento
Que una negra de saya y de mantilla
A su encuentro llegaba, le pregunta:
"Señora! está difunta?
Dígame, va ó viene?
O dónde el rostro tiene?"
Monilla, no haya duda, así decia,
Porque siendo el color del *sexo hermoso*,
Igual al de la saya, era dudoso
Saber si *su beldad* iba ó venia,
Teniendo por detras y por delante
Y todo al rededor igual semblante.
Mas volviendo al asunto interrumpido
Del miércoles diré como es sabido.

XXIX

Miércoles santo, incomparable dia
De grata y piadosísima memoria
En todos nuestros fastos religiosos.
Cuán grande, cuán solemne aparecia
Del Santo Nazareno la alta gloria!
Los ritos de la iglesia más grandiosos,

Y anales más famosos
De las festividades
En aquellas edades,
No pueden recordar mayor ejemplo
De tierna ingenuidad en cristianismo,
Ni más exaltacion, sin fanatismo
De lujo y esplendor en su alto templo.
De reverente aureola circundado
Y en bíblico esplendor Jesus alzado,
El aire hinchendo la sonora trompa,
Salia de San Pablo en régia pompa.

XXX

Los santos y benditos sacerdotes
Ornados con espléndidas casullas,
En pos el miserere le entonaban;
Nazarenos envueltos en capotes
Haciéndole al Santísimo patrulla,
El estandarte o banderon llevaban,
Y por honores daban
Con funeraria trompa
A la solemne pompa
Señal de continuar en su camino
O detenerse á reposar un tanto,

A cuyo tiempo se entonaba el canto
De *Gloria Patriæ* al Salvador divino;
Mas al cesar del serpenton sonoro,
El ronco són que acompañaba al coro,
Los pasos continuaban lentamente
Marchando con solemne continente.

XXXI

Presentábanse muchos de chaqueta
Con camisa aplanchada de regilla,
Y bien que blancos y de sangre pura
Dejaban conocer en la bragueta
Ser blancos del jáez, pero de orilla,
Y en cierto toletole de figura,
Vitola ó catadura.
En tales ocasiones
De grandes procesiones
Blancos habia que tambien andaban
Con poca diferencia de la gente
Que por negra llamaban indecente:
Con éstos, aunque sucios, se mezclaban
Vestidos con ropillas de zaraza,
Andando á los portales de la plaza
O á ver desde la esquina y al sereno
El *paso* del solemne Nazareno.

XXXII

Llevaba aquel madero misterioso
Que fué entre el hombre y el pecado, signo
De salvacion y terrenal consuelo
Y lábaro de paz, íris glorioso
Entre el delito y proceder indigno
De nuestra humanidad y el justo cielo.
Bajo el pesado velo
De dolores María
Tras del hijo seguia,
Tan grande en su inefable pesadumbre,
Que á sus mejillas de llorar tan bellas
Y á su semblante virginal, de estrellas
Debia enmudecer la muchedumbre.
Tal era de la Mater Dolorosa
La célica ilusion que en faz hermosa
Al pueblo en realidades pareciera
La Vírgen en persona y verdadera.

XXXIII

Radiante el rostro de dolor sereno,
Las doradas potencias como aureola
Alzando á la mansion del infinito,
Marchaba á paso lento el Nazareno
Por calle de amargura, donde sola
Su divina bondad, pagó el delito

Del hombre, ya proscrito,
A las tartáreas huestes
Por las iras celestes.
Sangre preciosa, celestial, divina,
Salvadora del hombre condenado,
Vertia de su frente el humanado
Que el miércoles al Gólgota camina;
Simon el Cireneo le ayudaba
El peso á sustentar que descargaba
Sobre el divino cuerpo, y que debia
A su vez sustentar el otro dia.

XXXIV

Dulcísimo Jesus, que en el extremo
Del sacrificio y del dolor te miro
En el madero sin piedad clavado;
Tú que del Padre al ordenar supremo
Ofreces, hasta el último suspiro,
Tu sangre por salvarnos del pecado;
Jesus, por siempre amado,
Por siempre bendecido,
Concede á este afligido
E indigno pecador por tu preciosa
Sangre vertida, que mi voz del suelo

Humilde llegue al elevado cielo,
Mansion eterna de verdad gloriosa!
No desdeñes, Jesus, dulce y clemente,
De aqueste arrepentido penitente
Los ruegos acoger y humilde lloro
Con que, en angustias, tu perdon imploro.

XXXV

La caja destemplada, triste el pito,
Dolientes los clarines y cornetas,
Del Divino Maestro los hermanos
Llamados Nazarenos en el rito,
Vestidos con capuchas de caretas
Y palmas de martirios en las manos;
Los ecos soberanos
Del de fervor perenne
Miserere solemne;
Las armoniosas celestiales llamas,
Pues tal es el fervor y estro divino
De aquel *Popule mei* que abrió el camino
De la inmortalidad al grande Lamas;
El humo del incienso, y vaporoso
Ambiente de la pesgua misterioso,
Todo, en suma, á lo grande concuria
Del miércoles inmenso y santo dia.

XXXVI.

Del seno de la Mater Dolorosa
Salíanle agudísimas espadas
En significacion tan expresiva
De acerva pena, en caridad grandiosa.
Del triste corazon, donde clavadas
Templaron en la llama compasiva
De su alma pura y viva.
La cólera celeste
Que á la tartárea hueste
Ya condenara la infeliz proterva
E impenitente raza pecadora.
Detras de la purísima Señora
Iba de viejas colosal caterva
Jurándola cumplir con sus deberes
De nunca más pecar, ni en más placeres
Mundanos incurrir, de bailes, flores.
Ni de impudente tentacion de amores.

XXXVII

De estrellas, bajo un cielo tachonado
En oro, como el cielo reluciente.
Estaba ante su trono de rodillas,
La madre de Jesus crucificado.
De gracia llena y caridad ardiente.
Radiante en celestiales maravillas

Del hombre las mancillas
Lloraba, y de sus ojos
Purísimos despojos
De su dolor á nuestra eterna suerte,
Con tierna compasion nos ofrecia.
"Santísima de amor, dulce María,
Libértanos del mal, de eterna muerte!
Ampáranos, Señora, del demonio,"
El pueblo murmuraba en testimonio
De enmienda, prometiendo sin engaño
De nunca más pecar (durante el año).

XXXVIII

De rigurosa gala en uniforme,
Cual se estila despues de la campaña,
Con su Estado mayor y compañía
En obsequio del órden, y conforme
Al freno y rienda que la madre España
Para sus indias ejercer hacia,
El capitan venia,
Al són de los tambores,
Haciendo los honores
Al divino Señor, por el humano
Que aplicarle mandaba á nuestra villa

Con *Ño Pedro Moreno* la cartilla
Del divino derecho y soberano.
Y tras del Nazareno magestuoso
Marchaba su Excelencia con reposo,
Al compas de la caja y de los pitos,
Y (en algunos momentos) de los gritos.

XXXIX

Con todos sus acólitos, y orando
De mano en facistol y gran peluca,
El *Dignissime Rector*, reverendo
Del Coro y del Capítulo, llevando
Metido de la oreja hasta la nuca
El gorro blanco de plumon tremendo,
Allí tambien viniendo
Reverencias hacia
A su alta Señoría;
Al señor Capitan, primeramente,
Y luégo á los magnates y señores,
Mezclaba reverencias con honores
En nombre del Cabildo reverente;
De paso bendecia á los prelados,
Canónigos y frailes, que á los lados
Las insignias llevaban, como banda
Solemne de la imágen veneranda.

XL

Calles, puertas, aleros y ventanas
Henchidos de doncellas y señoras,
Bien semejaban, con beldades sumas,
Gavillas de azucenas que en mañanas,
Abriendo el cáliz á las frescas horas,
Y de noche se tornan en espumas;
O voladoras plumas
Que cruzan las orillas
De un mar de maravillas.
O de uno al otro extremo, en movimiento,
Las vívidas hileras imitaban
Las flores de un pensil que se inclinaban
Del céfiro nocturno al suave aliento
De encantadas regiones, como estrellas;
Miéntras grupos de damas y doncellas
Hermosas y ataviadas, contemplaban
Las vírgenes y santos que pasaban.

XLI

.....

Despues de tanta pompa y aparato
Que al miércoles en órden sucedia,
Imposible parece que pudiera
La iglesia presentar mayor boato
Del juéves en las ínfulas del dia,

En que el Señor por nuestro bien muriera;
Mas, sí, que por doquiera,
Con más riqueza y lujo
Como la mar en flujo,
Surgia de elegancia el mundo viejo
De mantos y sallones ataviado,
A ver cómo el Señor crucificado
Sacaba Catedral con aparejo
De mesas ricamente guarnecidas
Con naturales flores y fingidas,
Que las hermanas monjas con esmero,
Ya preparaban desde el mes de Enero.

XLII

Cual nube de palomas que aparece
Sobre la vega en el Abril florido,
O de abejas enjambre desertado
Que vuela, vuelve, y por momentos crece
Bajo el copo formando nuevo nido;
O cual las mariposas sobre el prado
De púrpura variado,
Reunen en un punto
Su fúlgido conjunto,
Así de caraqueñas rozagantes
El templo rebosaba hermosamente;

Donde al solemne y religioso ambiente,
Sus rostros peregrinos más brillantes
Y con mayor prestigio aparecian.
Los ecos de dolor el aire henchian,
Que el órgano armonioso allá en el coro,
Vertia en magestad y alto decoro.

XLIII

Entónces, ya despues del medio-dia,
La muerte de Jesus iba anunciando
De incesante matraca el són tremendo.
El cielo entristecerse parecia:
No más en alto el esquilon girando,
Ni la campana su estentóreo estruendo
Al aire despidiendo,
Por el que todo el orbe
Con su grandeza absorve,
Hondo gemir, al parecer, mostraban
Con su silencio, tenebroso y mudo.
El estampido del clarin agudo,
Plañideras cornetas reemplazaban;
Todo era, en fin, recogimiento y duelo
Con que sentia conmoverse el suelo,
Viendo en la muerte, al que salvara al hombre
Vivir, Dios inmortal, de eterno nombre.

XLIV

El paso del Señor crucificado,
Unicamente en esplendor cedia
Al paso del divino Nazareno.
En oro y plata era el faldon bordado,
Que régia mesa al rededor cubria,
Donde el Calvario de riquezas lleno
Se alzaba en nuevo estreno,
Porque todos los años
Se le mudaban paños,
Cogines, con labor en ricas telas,
Florones, resonantes campanillas,
Pañales con encajes y regillas,
Y candelabros de oro, cuyas velas
Al pié llevaban, y feston en torno
De perlas y corales, bello adorno,
Compuesto por las manos, ya benditas,
De las hermanas monjas Carmelitas.

XLV

Armadas con esmaltes y oropeles,
Llevaban las guirnaldas primorosas
Con exquisito gusto, entretejidas
De mirtos, azucenas y claveles,
Coronas mil, y entre encendidas rosas
En delicados pétalos prendidas.

Por el arte fingidas,
Y en las luces brillando
Iban como volando
Palomas, y tras ellas pajarillos,
Que con el compasado movimiento
Figurábase el verlas por el viento
Girando entre encantados bosquecillos;
Todo al pié del madero ensangrentado,
Donde el hijo de Dios crucificado
Saliendo de entre luces parecia,
Que al cielo, de esta tierra se subia.

XLVI

La régia procesion hasta Altagracia
Llegaba con su tren de rezanderas,
Compuesto, en su conjunto decoroso,
De la alta y escogida aristocracia,
La cual iba en el centro. Las aceras
Los blancos ocupaban con vistosos
Vestidos, tan lujosos,
Que casi competian
Con los que se ponian
Los condes vinculados y señores
Niños, hombres, muchachos y mujeres,

En santo cumplimiento de deberes,
No obstante la pasion de pecadores,
Todos iban rezando con estruendo
Y con golpes de pecho prometiendo
De nunca más pecar en adelante,
Hasta no principiar el año entrante.

XLVII

¡Oh cuánto del Señor era en el templo,
El santo nombre con delicia amado
Y con fervor intenso enaltecido!
Cuánto la voz del saludable ejemplo
Consuelos al mortal desventurado
Brindaba y caridad al desvalido!
Y cómo en el sentido,
El corazon y el alma
La inalterable calma
De amor á la verdad que Dios enseña,
La vida en la conciencia sustentaba;
Y cómo esa verdad el bien prestaba,
Que en vano el hombre á conquistar se empeña
En cuyo corazon helado y muerto,
Cual polvo sin rocío en el desierto,
La triste incertidumbre, y cruel delirio
Encuentran en vagar muerte y martirio!

XLVIII

Como en la noche oscura, sordos vientos
Gimen y zumban en los hondos valles,
Que despues de cesar vuelven en ruido;
Así toda la noche en movimientos
De abajo árriba, en diferentes calles,
Con voces de dolor y alto gemido
Del pecho enternecido,
Numerosas parejas
De jóvenes y viejas,
Mozos, niños, muchachos, hombres serios,
De una iglesia saliendo, en otra entrando,
A ver el monumento, iban rezando
El rosario, la salve, los misterios
De la Vírgen Santísima María,
Hasta el tiempo en que al fin se recogia
La régia procesion: dando á la pena
Término en casa con sabrosa cena.

XLIX

El viejo, el mozo, el enfermiso, el sano,
En tan tremendo y memorable dia
Por duelo de la carne pecadora,
Y en honra del desastre sobrehumano
Cumplir ayuno hasta las tres debia.
El hambre que las vísceras devora

Con zaña asoladora,
Domeñar no lograba
Al fiel que la aguantaba
Hasta las tres sin delinquir ni un punto,
Sin comer ni beber un solo trago,
Firme obligando, en el momento aciago,
El cuerpo á condolerse del difunto;
Terrible era de ayuno el sacrificio,
En quienes el comer era un oficio
Tener hasta las tres tranquilo el diente,
Por Dios lo hiciera sólo aquella gente.

L

Pero en desquite del terrible ayuno
Opíparo banquete y suculento,
Del vientre á la venganza preparaban;
De la mano á los dientes uno á uno
Yendo y viniendo, sin cesar, sin cuento,
Bocados, como el puño, les llegaban
A los que no dejaban
Perder un solo instante
De seguir adelante
Vengando con usura la barriga,
De la abstencion pasada. Tal comiendo

El juéves olvidaban reverendo
De que no se les daba ni una higa.
¿ Y cómo no olvidarse hasta del muerto,
Si los manjares con razon ó tuerto
Callar harian de dolor el grito
Y abrir hasta del muerto el apetito.

LI

Feliz ayuno, que del hambre el diente,
Con furias aguzando á la venganza
De haber estado sin comer diez horas,
A tragar convidaba, hasta inminente
Peligro de ensanchar tanto la panza
Que diera, al reventar, pruebas sonoras.
Con muelas agresoras,
Haciendo lo ancho angosto,
Cual furias del Ariosto,
Lanzábanse al platon hondo y colmado
Con tapiramos y gavachos nuevos;
A las bandejas rebosando en huevos
Y á los enormes platos del guisado,
Ya de grandes solomos y perniles,
Con salsa de olorosos peregiles;
Ya de carnes diversas que en las ollas
Nadaban en tomates y cebollas.

LII

Y aunque parezca el mencionarlo feo
El término, por ser en poesía,
Y al tímpano de oído delicado
De mala cuerda ó reprobado empleo,
Diré, que lo mejor que se comia,
Sobre todas las clases de guisado,
Sin duda era el nombrado
En familia, *Sancocho*
Cuajado con bizcocho,
Con yerbas, con magníficas verduras
Y salsas, y menestras, y garbanzos,
Con carnes diferentes, liebres, ganzos,
Cesinas al sabor, blandas ó duras,
Por su naturaleza deliciosas,
Y á todo paladar siempre sabrosas.
Todo, que al hambre que se sufre hoi dia,
Sin duda que á propósito vendria!

LIII

La mesa rebosaba en pastelitos
Y moles que al peñon de Pedro Bote,
Igualar pretendian en altura.
Hallacas, empanadas, huevos fritos
Y de quesos llaneros alto islote,
En piélago excitante de gordura,

Fritanga y sabrosura
Que a las célebres bodas
De Camacho y á todas
Las místicas de Tetis y Peleo,
De Camaralzaman y Bradamante,
Pudieran compararse en lo abundante;
Y no sólo en lo mucho (como creo),
Mas tambien en el gusto y la fragancia,
Pues allí se encontraba en abundancia,
Aquel tan alabado arroz con hueso,
Que ansiado hubieran Baltazar y Creso.

LIV

No faltaban tampoco la tortilla,
La berengena, el pimenton relleno,
Junto á la fuente con pastel de pollo,
El plátano pinton con mantequilla,
De queso henchido y de dulzura pleno.
Y junto á la cazuela del repollo
El suculento bollo;
Y en fin, un tren de cosas
Tan dulces y sabrosas,
Que sólo al recordarlas se estremece
El escuálido estómago de hoi dia;

El diente de placer sale de encía,
Y para más tormento el hambre crece.
De envidia el vergonzoso sentimiento,
Aqueja más y más al macilento
Cadáver de esta edad de hierro ó cobre,
Del hambre Prometeo en Peña Pobre.

LV

Tal era del ayuno el gran martirio,
Un arte de aumentar por penitencia
El gusto de comer a toda hartura,
Hoi.... cuánto de gratísimo delirio
Pudiera ocasionar en la indigencia
A que nos lleva la civil cultura
Del siglo, la ventura
(Aunque fuese por moda),
De encontrar, si no toda,
A lo ménos en parte, la manera
De adquirir el sustento con decoro,
Sin tener que exclamar en siglo de oro,
A ver la agena mesa: oh, quién comiera!
Sin tener que envidiar mendrugo y trago,
Ni de gobiernos lamentar estrago,
Que matando, al caer, llevan consigo
Honor, seguridad, panes y amigo.

LVI

El viérnes de pasion, gran corolario
Era del juéves, pues los mismos dias
La muerte de Jesus significaban.
La *Virgen*, el *Sepulcro* y el *Sudario*,
Verónica, *San Juan*, las *tres Marías*
Y *Magdalena*, en procesion sacaban
De Catedral, y andaban
A las Monjas derecho,
En cuyo corto trecho,
Cual lento caracol que se pasea
Con marcha imperceptible, poco á poco
Como si hubieran remedado el coco
Que medio siglo en su crecer emplea;
La procesion dos horas consumia
Al sol radiante de las tres del dia,
Y desde el capitan hasta el aldeano,
Cabeza al viento y de sombrero en mano.

LVII

Del Difunto Inmortal era el sepulcro,
De primorosa forma un relicario
En oro, en plata y en *carei ardiente*,
Con arte recamado, noble y pulcro.
Donde la luz que descendió al Calvario,
El hijo del Empíreo omnipotente,

Yacia dulcemente
Reposando en su gloria,
Para eterna memoria
De nuestra humanidad, del orbe entero
Y del excelso Padre soberano.
Allí el íris brillaba que el cristiano
Sigue de salvacion en el sendero.
En torno resonante la armonía,
Numeroso concurso le seguia
Del monte palatino de Caracas,
Radiantes de sayones y casacas.

LVIII

Sobre el juéves brillando en ese dia,
Se echaba el resto del vestir en lujo,
Pues que desde la víspera sacaban
La ropa del baúl, y se ponia
A reponerse al sol, con cuyo influjo
El ajado y arrugas se borraban
Que en la quietud formaban
(Envueltos, encogidos
O en mochilas metidos),
El tiempo y el doblez de todo el año;
Pues luégo que pasaba la famosa

Semana del Señor, con cuidadosa
Pena, en salvar de picadura el paño,
Doblaban los vestidos y entre hules
Envueltos los guardaban en baúles,
De donde se sacaban solamente,
Cuando más, para el Corpus subsiguiente.

LIX

En lugar de zapatos, borceguíes
Calzábanse los hombres, y sombreros
En vez de jipijapa ó de cogollo,
De seda ó de castor. Como paujíes,
O bien, como de errantes caballeros,
Con la soberbia señoril del pollo,
Marchaba el noble criollo
En tales procesiones,
Y más, si los faldones
Alzar del santo les tocaba en parte.
Las damas, del Olimpo como diosas,
O como del Sepulcro frescas rosas
Nacidas por honrarle en gusto y arte
Con sus negras detras tan ataviadas,
Cual si fueran de negras transformadas
En blancas, que la alfombra iban llevando.
Y por sus amas al Señor rezando.

LX

Allí la noble dama, la riqueza
Del traje con esmero conservado
Para todos los años, se ofrecia
Mostrando entre mantilla su belleza,
Tan digna de la sangre y del estado
De señora mantuana en que vivia.
Allí tambien venia
El conde, su consorte,
Con pantalon de corte
O de pliegues con gran *tapabalazo*.
Ya no como dijimos al principio,
Con traje de etiqueta en municipio,
Y su gran *quitasol* bajo del brazo,
Sino radiante en magistral decoro
Llevando el gran baston de puño de oro,
Con zapatos de hebillas [y de plata]
Y manto, [á la mantuana] de escarlata.

LXI

Allí tambien venia misia Chepa
Con misia Concepcion y otras Chepitas,
Inventario pristino de Saturno
Y de negras esclavas larga cepa,
Temores de mantuanas fulanitas.
Y de *blancuzcas* viejas que á su turno

El consabido y diurno
De negras, noble arreo
Llevaban, con empleo
Unicamente de cargar la alfombra.
Y allí tambien venia [quién creyera]
Del señor capitan la compañera
En nombre de la España, á cuya sombra
Los indios prosperaban de Occidente.
Venia allí tambien, últimamente,
Don Ignacio Tacon, que fué el maestro
En *coroza y palmetas* el más diestro.

LXII

Los negros..[ya se vé..no hai que admirarse]
Y los blancos de orilla ó *pobretones*,
Por falta de vestido competente
Hallábanse obligados á quedarse
En casa ó á mirar desde rincones
Aquella procesion, que solamente
De la clase decente
Y de mantuana esfera
Acompañada fuera,
Sin contar, que, ademas de tan lujosa,
Por órden ó ritual correr debia

Desde las once hasta las tres del dia,
Sazon inconveniente y enojosa
A quien por no vestir sino barato
Sólo de noche, como lo hace el gato,
Salir podia en ocasiones tales,
Pues todos en lo oscuro son iguales.

LXIII

Del sol cuando la lámpara vertia
Su luz tras los confines del ocaso,
Y el manto de la noche tenebrosa
De estrellas tachonado se esparcia,
Entónces, regresando á largo paso
La vírgen Soledad, más presurosa
Pasaba, aunque angustiosa,
De la esquina del Conde
A San Francisco, donde
Segun la tradicion quedar debia,
Antes que el toque de las once diera;
Pues si marchando en procesion afuera
El tiempo de las diez la sorprendia,
La iglesia Catedral, dulce derecho,
Lograba de robársela en el trecho;
Así, los venerandos franciscanos
El reloj no dejaban de las manos.

LXIV

Apénas en Oriente aparecia
El sábado temprano, la alma aurora
Con sus dedos de rosa [esto es de Homero]
Abriendo de la cama en que dormia
El sol radiante, el tafetan que dora
Las altas cumbres y que eclipsa Hespero:
Y apénas el sendero
De su inmortal palacio,
[Comparacion de Horacio]
Tocaba en su mitad alta y extensa,
Cuando al són de cohetes y campanas
Abriéndose las puertas y ventanas,
Y en cada templo multitud inmensa
Providencial Resurreccion del Hijo,
Con grito se anunciaba y regocijo
Tal, que se hubiera de placer bajado
(Comparacion de Ariosto) un monte alzado

LXV

Il rauco suon de la tartárea tromba,
(Esto es del Taso) su rival hubiera
En aquellos fragores encontrado.
Por los aires subiendo inflada bomba,
Y cruzando el cohete la alta esfera,
Mostraban por doquier que el humanado

En Dios resucitado
Con presuroso vuelo
Remontaba a su cielo;
Que el mundo redimido del demonio
Y libre ya de su implacable saña,
Podia obedecer sólo á la España,
Y darle, de su amor en testimonio,
Tributos de humildad y afecto tierno,
Rogándole al Señor por su gobierno,
Y porque muchos años le guardase,
A fin que á Venezuela gobernase.

LXVI

Estrépito incesante y francachela,
En popular estruendo y gritería,
De la ciudad hasta el confin lejano
Dejábase escuchar, como secuela
De público entusiasmo y alegría,
Signo estupendo del fervor cristiano.
Despues del besamano
Terminada la fiesta,
Se alzaba á toda orquesta
El cántico famoso de *Aleluya*:
Entónces era que, el refran citando,

El vulgo iba con risas exclamando:
Que coja cada cuál pronto la suya;
Un dicho malicioso, que aludiendo
Al tiempo de abstinencia, iba advirtiendo
A todo enamorado que podia
Volver á comenzar el mismo dia.

LXVII

Entre *rubieras* y costumbres rudas,
De antigua Venezuela y de Carácas,
Es fuerza recordar la que tenia
El pueblo de quemar al ruin de Júdas
En ridícula efigie entre alharacas
De zumba, triquitraque y gritería,
Y horrenda algarabía
De viejos, de muchachos,
De sóbrios y borrachos.
El dia señalado era el domingo
De la Resurreccion por la mañana,
Siguiendo hasta la tarde la jarana
De muchachil fragor, jerga, respingo,
Saltos, pedradas y estentórea bulla;
En tanto que colgando en la cabulla
El mísero traidor, terrible y feo,
Pábulo daba al popular recreo.

LXVIII

Tal era en esos tiempos de inocencia
Del hombre que soñó con alma pura
La grande y sacratísima semana.
¿Podrá de nuestro siglo la áurea ciencia
Un cuadro presentar de más ventura,
De mayor perfeccion en la temprana
Aurora de esta humana
Y transitoria vida?
¿Quien habrá que no mida
La triste diferencia en la distancia
Que nos separa en el presente estado
De aquella edad feliz, tiempo dorado
Que arrullo fué de nuestra dulce infancia?
De moderna comuna la bandera,
(De antigua Inquisicion digna heredera)
Con derecho, tal vez, nuevo y divino,
De perfeccion nos abrirá el camino.

LXIX

. . . . . .
. . . . . .

Otras muchas reliquias venerables
Que del año en sagradas peripecias,
O cambios repentinos de funciones
Adoraban con fiestas memorables,

Los pueblos, en capillas, en iglesias
Y en calles con solemnes procesiones
Que en todas ocasiones
Pasi-lentas marchaban;
Y no las celebraban
Con las públicas rentas del erario,
Sino á costa da propias sociedades
Que en pueblos, rancherías ó ciudades,
Formaban con esmero extraordinario,
A las cuales con gusto concurria
Del círculo social la gerarquía
De los blancos de orilla, ó de alta esfera,
Y con su ama la negra cocinera.

LXX

Pues eran ante Dios todos iguales,
Por tanto en semejantes regocijos,
Se entiende, entre capillas y oratorios,
Los hombres eran hijos naturales,
O por lo ménos naturales hijos
De Dios, aunque los signos divisorios,
Y al fin nada ilusorios,
Por la clara divisa
Entre saya y camisa,
Formaban el estado divergente;
Pero en la casa del Señor, hermanos,

Se proclamaban entre sí, mantuanos
Con blanca, negra ó amarilla gente,
Porque siendo cristianos, en el templo
Del Cristo, daban de hermandad ejemplo:
Afuera era otra cosa.... cada estado
Pasábase, al salir, del otro lado.

LXXI

De la pasion el venerable gallo,
El pez con que aparece en procesiones
San Rafael cuando curó á Tobías,
Del bravo San Martin, lanza y caballo,
Las llaves de San Pedro, y los cordones
Del Padre San Francisco en romerías,
Y los que en otros dias
Llevaron como cinto
San Blas y San Jacinto;
Los clavos de la Cruz y la corona
De espinas, la columna en que azotado
Fué Cristo, y con escarnio coronado,
El pelo virginal de la Madona,
Los dados y la lanza de Longino,
Los perros con que andaban de contino
San Lázaro y San Roque, finalmente,
Témas fueron del culto reverente.

LXXII

Petare como prueba de cariño,
De amor y gratitud hácia María
Que fué de sus solares protectora,
Fiestas al santo, aunque humanado Niño,
Con pompa celebraba y alegría.
La *cámara*, del aire atronadora,
Al par de la sonora
Y matinal campana,
Ya desde luz temprana,
Cuando aparece en el rosado Oriente,
Con su festivo rimbombar llamaban
A los que por descuido se quedaban
Durmiendo en blanda cama dulcemente.
De haciendas, caseríos y contornos,
Zagales con sus rústicos adornos,
Caballeros en asnos se ponian
En viaje, y á Petare se venian.

LXXIII

Con ellos de muchachos mil renuevos,
Y madres con sus chicos en pollinas
Y turba de *escoteros* en talones,
Iban al Niño á presentarle huevos
Por cestas, y por sartas, las gallinas,
Las cuales con amor en oraciones,

Y paga en bendiciones
De parternal ternura,
El santo padre cura
Las iba una tras otra recibiendo;
A todos animando con albrícias
De hacer (si le aumentaban las primícias)
Vestidos para el Niño, y prometiendo
Plenarias indulgencias á los fieles,
Que al Niño, no con flores ni claveles,
Sino con frutos del cercano agosto
Premiasen, de sus fiestas para el costo.

LXXIV

Tambien para cumplir solemnes votos,
Y al pecho echarse del Patron la llave
El jefe del lugar, en sacro dia,
Su iglesia decoraba Paracotos;
Las suyas Ocumare, Charallave,
Y sobre las demas, Santa Lucía.
A Jesus y María
Se alzaba hasta en Baruta
Un tren, que sin disputa,
En esplendor de pastoril donaire,
No tuvo que oponerle cuanto abarca

La en verdes campos sin rival comarca,
Que baña en torno el cristalino Guaire.
Celebraban tambien fiestas anuales
Con arpas, guitarrones y timbales,
Turmero, la Victoria y el Consejo,
A sus matronas ó á su santo viejo.

LXXV

Lo mismo en todas partes sucedia
De Venezuela donde santo y santa
O vírgen milagrosa se adoraba,
Lo que en todo lugar, lugar tenia;
Pretesto hallaba el pueblo en todo cuanto
Al culto ó diversiones le llevaba.
San Sebastian le daba
En la Guaira alegría,
San Pablo en Maiquetía
Y la Chinchiquirada la famosa
Le daba en Maracaibo cien funciones;
Valencia en pasilentas procesiones
Sacaba á Santa Rita, milagrosa,
Por ser en sus milagros increibles,
Abogada de cosas imposibles;
Apure celebraba á San Vicente,
Y á San Martin, como al primer valiente.

LXXVI

Un santo se adoraba en Calabozo,
Que segun tradicion todos los años
Debia de morir; y al quinto dia
Tornaba á renacer y más buen mozo.
Curaba el santo multitud de daños:
Histéricos, *mal de ojos*, brujería
Y del mal que solia
Llamar el pueblo *roña*.
Curaba de ponzoña
Causada por mordida ó picadura
De vámpiros, lechuzas ó culebra.
Curábase al momento, si en ginebra
O en cualquiera licor la rapadura
Bebian, que del palo se sacaba
Del anual ataud do se enterraba.
Con esto el loco se tornaba en cuerdo,
Y en otras cosas de que no me acuerdo.

LXXVII

De Reyes la bajada allá en el Valle,
De San Andres la fiesta y de San Roque,
Eran del pueblo bacanal ufana.
Llenábanse las casas y la calle,
Desde la aurora al comenzar el toque,
Del bronco tamboron y la campana

Con trage anual, galana
Y con nuevos adornos,
De campos y contornos
De lugareños diluvion venia;
Cada zagala lo mejor compuesta,
Montada sobre su asno á ver la fiesta,
Se presentaba al despuntar el dia,
Durante el cual la juventud en coros
Al baile se entregaba y á los toros,
Hasta que el carro de la noche oscura
Cambiaba los calores en frescura.

LXXVIII

Pero ántes de cambiar, cuánto pasaba
Dentro y afuera del capaz recinto.
De Carácas la nube daba espanto
Con el tren de Artajerjes que llegaba.
Cual pasan las langostas por instinto
Del Africa á la Europa sobre encanto
De condensado manto,
Así, de plaga al modo,
El pueblo casi todo
Ya noble, ya plebeyo de Carácas
Del Valle á la *parranda* se venia.

Donde pasaba en torbellino el dia
Con música improvisa de maracas,
Guitarras, bandolines y zambumba,
Que el pueblo hinchendo de algazara y zumba
Al arpa respondiendo, eran conciertos
Capaces de animar hasta á los muertos.

LXXIX

De los cercanos y distantes puntos,
Llegaban extrenando sus chamarras,
Alegre zafarrancho de cantores
Cinco templados en la mano, y juntos
De Maracaibo al arpa, y las guitarras,
Del indio á las *marimbas* y tambores,
Armónicos fragores
De ardiente algarabía
En cada pulpería
Tronaban como vientos encontrados.
Quién el *Zambe* cantaba y la *Cotúa*;
Quién el *Juan Bimbe* y *resbalon de Cúa*,
Y quién los galerones renombrados
De los que, para colmo de contento,
Y para ineludible complemento
De fiesta y regocijo, resultaban
Palizas, que hasta al cura le alcanzaban.

LXXX

De la vetusta y olvidada Troya
Hubiérase juzgado heróica bulla,
De renacientes Dárdanos y Argivos.
Qué férvida algazara! qué tramoya!
De mesa y jugadores cual cabulla!
De Orianas y Amadises, siempre vivos
En amores y activos
Cuando su incendio crece,
O la ocasion se ofrece
De atizarlo con leña de esperanza;
Pretextos inventaban donde quiera,
Escotes aprestando á la carrera,
Y como un accesorio de la danza
En antiguo *tres siete* y *seis por ocho*,
Convite indispensable de sancocho
Con pasta encaramada de tocino,
El buen pastel y generoso vino.

LXXXI

En tanto sin cesar la vocería
Llenaba el Muñingal desde las once,
Por todas las casuchas y barracas,
Y hasta la aurora en bacanal hervia.
Pábulo daba el callejon del bronce
Al huésped visitante de Carácas,

Que diestro en las maracas
Y en el pulsar del Cinco,
Llevaba con ahinco
De rancho en rancho la algazara ansiosa,
Del trago, contradanza y zapateo
De aquella *bamba buena* y palmoteo,
En que del Valle la *guaricha* hermosa
Y en competencia la gentil mulata,
De la rolliza pierna la batata
Mostraban al danzar, como al descuido,
Alzándose el fustan con relamido.

LXXXII

En tanto que entre gente de alta esfera
La flauta, el arpa y nacional guitarra,
Los ámbitos llenaban de armonía;
Y el baile, que á los jóvenes altera
Y el alma de pasion prende y agarra,
Con igual entusiasmo se emprendia
Hasta el rayar del dia.
Del tono y la decencia
En honesta licencia.
Bailaban con las gracias y salero
De aquellos tiempos en la noble usanza

La culta aunque festiva contradanza,
El valse, la cachucha y el bolero;
En tanto al corredor daban el hurra
Los viejos al jugar carga-la-burra,
El bobo y otros juegos de barajas,
Vaciando del carato las tinajas.

LXXXIII

Al centro principal mozas y niñas,
Se entiende, con licencia de los viejos,
Y bajo su inmediata vigilancia;
No por temor de que naciesen riñas
Sino por darles, en su bien, consejos,
Salvando la inocencia de la infancia
De frágil ignorancia,
Que á tiernos corazones
Induce á tentaciones,
Formaban, cual lo vimos en la Octava,
Para la danza improvisados coros,
De donde como zambra ó tren de moros,
Cuando vinieran á vengar la Cava;
Tal se escapaba el juvenil sarao
Cual nunca Agamenon y Menelao,
Al Asia condujeron por Elena,
Ni á Troya jerga tan sabrosa y buena.

LXXXIV

Los indios con el baile de la *llora*,
Tocaban en sus gaitas tocotines,
Recuerdos dolorosos y sangrientos
Del tiempo en que la vívora invasora,
Llevó muerte y espanto á sus confines;
Pero olvidados de dormidos cuentos,
De su suerte contentos
Se animaban al fuego
Con que en la plaza, luégo
Que la noche llegaba tras el dia,
Al *innobile vulgus* invitaba.
El *bombeador* sin descansar regaba
En la etérea region luz y alegría,
Cual si fueran objetos nunca vistos
En los que los muchachos, siempre listos,
Alzaban bullarangas espantosas,
En fiestas, sobre todos, religiosas.

LXXXV

Del uno al otro extremo del poblado,
Aquella multitud franca y contenta,
Una misma familia parecia,
Que tono y etiqueta echando á un lado
Y sólo al goce del placer atenta,
Con dulce libertad se divertia.

De puerta en puerta habia
De popular provecho
Un baile, al que derecho
Franco tenia el transeunte amigo.
O los que fuesen del bailar amantes.
Todos eran de todos visitantes
Sin juez de su conducta, ni testigos
De falsos levantados testimonios,
Porque entónces los diablos y demonios
No tentaban, cual hoi, á los muchachos,
Por ver en tantas frentes tantos cachos.

LXXXVI

El Valle por sus fértiles campiñas
Del céfiro halagadas y el rocío,
Fué un pueblo en todos tiempos predilecto.
De Carácas las viejas [y las niñas!]
Creian en las águas de su rio
Hallar de la salud medio perfecto,
Y el milagroso efecto
De reposar un tanto
De vejez el quebranto,
Dándole al cútis el color de rosa,
Y ademas de ese apoyo tan seguro

Contrá Saturno en amenazas duro.
El Valle otra ventaja provechosa
Prestaba al libertino caraqueño,
El cual si era de estado, en poco empeño
Se hallaba por amores.... porque el Valle,
Le daba del secreto puerta y calle.

LXXXVII

.....

San Cárlos adoraba a un San Francisco
Milagroso en verdad, porque á los tuertos
Enderezaba sin saberse cómo.
El ojo le volvia al que era vizco,
Daba la vida á los vivientes muertos
Y altura al que doblado por el lomo
Andaba sin aplomo;
También en Barcelona
Se hallaba una Madona,
La cual, segun historias peregrinas,
O segun los anales de la historia
De aquellos tiempos de feliz memoria,
Aparecer hacia las gallinas,
Que andando á visitar corrales nuevos
Al compadre vecino, á más de huevos,
De la mujer parida, más sustancia
Daban al caldo, y con mayor ganancia.

LXXXVIII

Imágenes se cuentan que llorando
De sus ardientes ojos perlas bellas,
Por aureola llevaban llamas vivas.
Otras se citan que el hogar dejando
O el venerable templo, á las estrellas
Andaban á buscar con rogativas,
De Dios, armas activas
Contra el poder y guerra
Del diablo acá en la tierra;
Y santos que bajando al quinto infierno.
Las iras á evitarnos demoniacas,
De nuevo regresaban á Carácas,
O al punto objeto de su amor paterno.
Despues de haber subido desde hondo
Abismo ó desmontado del redondo
Cielo, pasaban sin hacer más nada
La vida en inaccion y retirada.

LXXXIX

Entre santos mundanos, los habia
Doquiera con diversos atributos,
Echando el uno del sudor la gota,
Ya el otro que sacando se veia
Patentemente de la tierra frutos,
[illegible]

Sin pepas y sin nota
De merma todos daba;
Otro santo mostraba
Furor por defendernos contra el diablo,
Muchos estaban sin cesar creciendo,
Aún lo estamos en Carácas viendo
Con la Copa Cavana de San Pablo,
A la que de año en año rogaciones
Hacemos en piadosas procesiones,
Pidiéndole por lluvias, cuando Mayo
Pasa sin nubes, tempestad ni rayo.

XC

Amor y caridad Villa de Cura
Probaba á un santo de admirables prendas,
Para dar y quitar al buen hermano
Bienes y males con igual ternura.
Regalos un millon, sin cuento ofrendas
El santo recibia de la mano
Del fiel Villacurano,
Que por él protegido
Hubiese recibido
Salud ó bendicion, ó cualquier cosa
Que diera manifiesto testimonio,

De haberle ó libertado del demonio,
O de diablo mujer, jóven y hermosa,
O que le hubiera de los crueles daños
De amores protegido, en los engaños
Con que el ciego rapaz en sus enojos,
Hace sus bienes ó sus *males de ojos.*

XCI

En caso de escasez de matrimonios,
Cuando de novios la cosecha estaba
Escasa por el tiempo ó carestía,
Doquier, á milagrosos San Antonios,
El pueblo de Citera prodigaba
Rogaciones, promesas, romerías
Y misas, y bujías,
O manojos de velas,
Labor de lentejuelas,
Y todo, en fin, entre dorado nicho;
Y, sobre todo, las doncellas damas
Que por acaso para viejas llamas,
El novio se encontraban susodicho:
Por hallazgo de novios ya perdidos,
Con manojos de velas encendidos
Gracias les daban, si el ansiado objeto
Tornaba á su redil sano y completo.

XCII

No falta quien nos diga y asegure,
De un santo la existencia en Tucupido,
Que curaba de amor, y el mismo encanto
En Guamanga inspiraba y en Apure,
A quién por no pagar lo prometido,
Las iras provocaba y celo santo.
Causaron grande espanto
En diferentes templos.
De aquesto mil ejemplos;
Pues quien hacia á la mujer ó al cielo
Traicion de no pagar, del cruel castigo
Era el objeto, por llevar consigo
De amor el fuego insano sin consuelo;
Y lo que es un pesar que nadie alcanza,
(En cosas del amor), sin esperanza
Vivia de obtenerle á su pecado
Piedad ó absolucion del ser amado.

XCIII

Antes sufriendo la amorosa llaga,
Y objeto de las iras vengadoras
Del santo, que castigos imponia
Duros y eternos, al faltar la paga,
En su pecado original sentia
Correr de su pasion tristes las horas

Del sueño usurpadoras;
Pero lo más sangriento
Del anticuado cuento,
Era que el pobre que faltaba al plazo
Del santo, ó de himeneo prometido,
Se hallaba, con el tiempo, convertido
De varon en mujer.... con embarazo !
De dichos penitentes [y lo creo],
Desciende el vulgo, cuyo sexo feo,
Si acaso, se distingue en las razones,
Indignas de un varon con pantalones.
.....

DEL CANTO DOCE

DEL CANTO DOCE.

SUMARIO.

De cómo un Cura puede referir cosas que no están escritas.

I

.....
.....
.....

Confuso estaba el negro; en confusiones,
El indio habitador de la llanura;

Confusos el mestizo y el mulato,
Y más que todos éstos los varones
Y nobles hijo-dalgos; cuando el cura
Que habia interrumpido su relato
Por atender al plato,
Tomando un polvo, dijo:
—Yo puedo, á punto fijo,
Y sin temores de engañarme en nada,
Explicaros, hermanos, claramente,
Cuál es la diferencia entre la gente
Del bronce, de la pluma y de la espada;
Y pudiera, tambien, llegar al punto
Más claro, aunque enredado en su conjunto
Y el más sencillo de tan doble cuento,
Si prestárais oído siempre atento.—

II

—Prestar sólo el oído? dijo el negro:
Con mucho gusto, si lo quiere el blanco.
De mi parte lo presto y con paciencia.
—Y yo, repuso el noble, si mi suegro
Que me dió la mujer, fuera más franco,
Y en materia de razas, de decencia,

De color y presencia,
Con más filosofía
De la que tiene hoi dia
La clase, de verdad y de progreso
Enemiga, en la parte y en el todo,
El blanco dijo: —aunque español y godo,
Yo quiero cometer el noble exceso,
Por regla ú excepcion ó por locura,
De oir con calma lo que diga el cura.
Y el indio, indiferente á su manera:
—Que diga, el señor cura, lo que quiera—

III

Tomando entónces la palabra el cura.
Y meditando lo que bien sabia,
Con voz de compuncion dijo: —Señores,
El que de Cristo la verdad procura
Saber, como el apóstol la escribia,
Dictada por sus labios redentores,
No tenga, no, temores
De seguir por la suerte
De redentor la muerte,
Muriendo, como Dios, crucificado;
No tema de este mundo la mentira

Que al cielo marcha quien por él suspira,
Que decir la verdad nunca es pecado,
Antes es fuerza, aunque la muerte venga,
Decirla como Dios, cuando convenga
Al suelo, como al sol que lo fecunda,
Y en cuya claridad todo se funda.

IV

¿No es delito mayor decir al hombre
Lisonja halagadora que conduce
De perdicion al insondable abismo?
Y qué puede nacer de falso nombre?
El árbol de ese mal que no produce
Sino flores de engaño y fanatismo,
Sin fruto de heroismo
O de aquellas virtudes
Que en las visicitudes
El temple son con que en el mundo crecen
El tono, el equilibrio, la armonía;
Y viene tras la noche el claro dia,
Ante cuyos fulgores se oscurecen
Los triunfos pasajeros del engaño,
Llenándonos de bien, despues del daño.
Por tanto quiero, en el presente asunto,
Las cosas explicar punto por punto.

V

Si alguno de los muchos preguntare
A quiénes mi doctrina se dirije,
Intento responderle en buenos modos;
Que yo, cura y vicario de Petare,
A quien decir verdad jamas aflije,
A nadie me refiero, sino á todos:
Ya patriotas ó godos,
Ya negros, ya *jipatos*,
Mantuanos ó mulatos,
Sin tener más objeto verdadero,
Que el probar en razon y con verdades,
Que todo en este mundo es *vanidades*;
Y que, fuera de Dios, sólo el dinero
(Aparte las virtudes) es la ciencia
Que pone entre los hombres diferencia,
Pues todos descendeis del mismo padre,
(Obra de Dios) y de la misma madre.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

VI

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Así como la voz de los cantores
Va en las cuerdas el tono distinguiendo,

Segun que es alto, de bemol, ó bajo;
Así la sociedad, sangre y colores
Anduvo en otros tiempos repartiendo,
Segun la pluma de faisan ó grajo,
Y clase de trabajo.
De cada gerarquía
La escala distinguía:
De aquí la diferencia entre la gente,
Que por la lei de la razon de entonce,
Llamóse la del Manto y la del Bronce;
Comprendiéndose en esta indignamente
Aun blancos, de que vienen las rencillas
De nobles, y de *patas amarillas*
Puesto que él, en variedad de alegros,
Era igual entre blancos y entre negros.

VII

En efecto, digámoslo de paso,
Así como los pardos escogidos
A causa del *derecho á la mantilla*,
No estaban por colores en el caso
De ser entre mulatos comprendidos,
Así tambien los blancos, que *de orilla*,
O bien *de pacotilla*,
Por burla eran llamados:
No fueron aceptados

Jamas entre los nobles palatinos;
Pues éstos eran, cual despues diremos,
El *non plus ultra* azul en sus extremos,
Por nobles en el rango de divinos;
Eran torres que andaban sobre zancos,
No sólo superiores á los blancos,
Mas tambien, muchos de ellos, superiores
Al vulgo de mantuanos fundadores.

VIII

No bastaba ser indio [sangre pura!]
Ni tampoco ser blanco [de la España!]
Sabio, honrado, de méritos y honesto;
Pues no siendo mantuano, era locura,
Romana empresa, pretencion tamaña,
El intentar, bajo ningun pretexto,
Entre ellos tener puesto,
Ni relacion siquiera
De ninguna manera.
Sólo el primo ó legítimo pariente
En sus santuarios penetrar podia,
O aquel que de Jesus ó de María
Fuera en línea directa descendiente;
Sin ésto, ni con máximas virtudes,

Ni con insuperables aptitudes,
Podia el más gallardo caballero
Ni siquiera acercarse al avispero.

IX

Los padres á sus hijos enseñaban
La escala de Jacob hecha de abuelos,
En el Apocalipsis distinguidos
Entre los cuatro que en el aire andaban.
Era siempre su afan y sus desvelos
Hacerlos tanto más engrandecidos
Y más envanecidos,
Cuanto más de noblezas
Contaban y grandezas
De sus antepasados y presentes,
Haciéndoles saber cómo venia
Del cielo su sagrada gerarquía,
Y cómo fueran primos y parientes
De la Vírgen María y de otros santos
Nobles como ellos, que arrastraron mantos.
Así los educaban afanosos
De verlos siempre altivos y orgullosos.

X

Lo cual dió nacimiento á enemistades
Privadas, es verdad, y tentaciones
Sobraron de romperse las cabezas;
Pero entónces la lei y autoridades
No gastaban el tiempo en discusiones;
Ni por las fruslerías de noblezas,
Bajaban sus altezas
A revolver asuntos
Que diesen en barruntos
De guerras en las Indias españolas;
Por tanto aquellos celos y querellas
Pasaban sin dejar rasgos ni huellas,
Entre familias se quedaban solas
Sirviendo á las consejas populares
Y á oscuras tradiciones de solares;
Miéntras nuevos enredos se ofrecian
En lugar de los viejos que existian.

XI

De resto el tiempo se pasaba en flores,
En sus casas y cosas divertidos,
A sus vidas y haciendas consagrados;
Grandes, chicos, esclavos y señores,
Al colmo bien comidos y bebidos,

Sin dárseles del mundo gran cuidado,
Que allá del otro lado
Con sus soles corrian;
Así todos vivian
Agenos de carreras tras de sustos,
De su trabajo y profesion modesta
Durmiendo á pierna suelta dulce siesta,
Segun sus propensiones y sus gustos;
Contento en sus haciendas y en sus hatos
El rico, el zapatero en sus zapatos,
El blanco, el negro, el noble y el mantuano
Puesta en sus obras cada cual la mano.

XII

El pueblo de colores, por su parte,
Pasaba, indiferente á su pellejo,
El tiempo recitando *galerones*,
Sin conocer de sociedad el arte,
Mas sí de francachelas el manejo;
Su vida eran la fiesta y diversiones,
Teniendo las pasiones
De toda aquella clase
Los placeres por base.
Tronaba el aguinaldo en Noche Buena,
Y el Miserere en la Semana Santa,

Dulce recuerdo que al poeta encanta
Aunque tenga de amor rota la vena;
Y luégo, qué Tolosa, ni qué Navas!
Qué fiestas las del Corpus en Octavas!
Aquello era volcan de cajas, pitos,
Tarascas, marimondas y diablitos.

XIII

Así cuidaba el padre de sus hijos,
Así los hijos con piedad sincera,
A Dios y á sus mayores respetaban,
Su amor y sus afectos eran fijos.
Cumplir con su deber la vida entera,
Era la sola beatitud que ansiaban:
Y por eso alcanzaban
Las raras perfecciones
De aquellas bendiciones
Mayores que se obtienen en la vida:
La union y paz de la familia en casa;
A Dios y al Rei veneracion sin tasa,
Salud, dinero, buen humor, comida,
Ignorancia completa de las cosas
Tocantes á políticas odiosas.
La cosa estaba entónces reducida
A vivir por gozar toda la vida.

XIV

Mucho tiempo despues de la conquista,
Contaba Venezuela várias clases
Humanas en la escala de colores.
Del árbol genealógico á la vista,
Resalta aún la trinidad de envases
De tres agujerados coladores:
Los blancos y señores,
Los indios naturales,
Y aquellas exciciales
Ovejas de los campos africanos.
Notábase la cuarta de otros séres,
Exentos de confusos procederes,
Con sangre como el cielo.... en sus arcanos,
Materia prima de la madre España,
Que, gracias á lo ríspida y huraña,
Se pudo conservar única y sola
En sucia trinidad, limpia española.

XV

Quiénes serán ? ¿ de dónde procedian
Esos *homes sesudos* hijo-dalgos,
Que como los feudales infanzones
En sus haciendas sin cazar tenian
En servidumbre, como perros galgos,
Jaurías de mujeres y varones ?

Y en cuyos mil blazones
Tan sólo el pergamino
De hazaña fué el camino,
Que de una raza de parientes todos,
Llevando la tizona contra España,
Pudieron acabar la doble hazaña,
De andar por patria y de volverse godos ?
Bien pronto lo sabreis, hermanos mios,
Que al fuego de ese sol quedareis frios,
Con tanta admiracion y asombro tanto,
Que va á causaros el presente canto.

XVI

Arcángeles y excelsos serafines,
E inmaculados sus varones eran,
Que en áureas cunas, al arrullo, ensueños
Pasaron en la infancia, y que en cogines
El pié calzado á reclinar pusieran.
Hijas hermosas de celeste ceño,
Tenian que, halagüeño,
El dios de los amores
Azucenas y flores,
Dió á las mejillas de ardoroso encanto;
Y fueron sus esposas y matronas

Dignas cual reinas de ceñir coronas,
Y como divas caminar.... Por tanto,
Aquellos bisabuelos y biznietos,
Al rei (despues de Dios) sólo sujetos,
Sobre el sombrero consintieron sólo,
Como más alto al sol, por ser Apolo.

XVII

Porque en el mundo desde Adan y Eva,
(Excepto el capitan y el padre cura),
Todos eran ó negros ó mezclillas.
Nadie, sino ellos, en la humana hueva,
Sacó sangre más noble ni más pura,
Más digna de cubrirse con mantillas;
Y de sentarse en sillas
De cuero y adornadas
Con tachuelas doradas;
Y de ser anunciados con corneta,
Y á falta de ésta, con carrizo ó cachos,
Su vuelta á los rastrojos o picachos.
En donde con camisas de coleta
Vestidos sus vasallos africanos,
Debian, con humildes besamanos,
Pedirles bendiciones uno á uno
Y hacerles de chorote el desayuno.

XVIII

Así, la sangre se quedaba en casa:
La justicia jamas entró por ella,
Y si extraviada se salió de quicio
Por el empuje con que amor abrasa,
Entónces se borraba hasta la huella
Que diese al nombre ni el menor indicio
De sangre impura ó vicio.
En casos de reveses
De nobles intereses,
Cuando podrido se arrancaba el fruto,
O cuando de la rama desgajada
La flor, del vendaval iba arrastrada,
Todos cargaban de la muerte el luto,
Juzgando, cual dijimos, maldecida
La fruta que del ramo desprendida
De malas yerbas en oscuros huertos,
Iba de tiñas á formar injertos.

XIX

¿ Y cómo pudo conservar la raza
Su sangre inmaculada y sin mancilla,
Y guarecerla de contacto impuro
Con gente tosca de familia y traza ?
¿ Y cómo de los nobles la barquilla,
Pudo á puerto llegar franco y seguro,

Salvada del apuro
De encallar sin aviso
En el terreno liso
Y llano de atrevida democracia,
En aquella guarida de colores?
¿Y cómo de amistades ó de amores
Impuros, evadieron la desgracia?
¿De qué manera conservarse, y cómo
Imprimió tantas obras en un tomo,
Haciendo como el fénix, que eterniza
Volviendo á renacer de su ceniza?

XX

De qué modo? —Las primas y los primos,
Remontando á su orígen, se cruzaban
Formando en viejas fuentes nuevas crías;
De cuyos cruzamientos, que decimos,
Ingertos de parientes resultaban,
Que hubieran sido confusion en dias
De las poligamías
Que usaron los patriarcas,
E impúdicos monarcas
De embrollada Babel ó Babilonia;
Pues cuántas veces ejerció su empleo

Entre abuelos y nietas, himeneo!
Cuántas veces unió su ceremonia,
Como pan con el pan, vino con vino;
No sólo tierna ahijada con padrino,
Sino tambien, para acabar el cuento,
El nieto con abuela en casamiento!

XXI

Así pudo la raza, siempre sana,
Salvarse en el contagio de colores;
Al mar de las pasiones oponiendo,
Fuerza de velas en edad temprana,
Y procurando en tempestad de amores,
Vencer al mónstruo antisocial y horrendo
En masa combatiendo,
Con eficaces modos,
De la familia todos
Sus miembros; y por último apelando,
Como extremo en remedio de los males,
Al rei, á su justicia y tribunales,
Los cuales con la lei iban cerrando
Del pretendiente en la nariz las puertas
Del templo conyugal; que sólo abiertas
Quedaban, como siempre y por la gracia
De Dios, á la escogida aristocracia.

XXII

De cuyo exclusivismo en el orígen,
Se viene originando hasta el presente,
Esa eléctrica chispa que al alambre
Voces trasmite que al orgullo afligen,
E impelen con escándalo á la gente
A derramar la sangre por la sangre,
Sellando con el hambre,
Y con profundas llagas,
Las lágrimas y plagas
Cuya causa, ai dolor! es sólo ella;
Porque del Orco Satanas alzado
Oculta, entre las sombras del pecado,
La triste luz de nuestra negra estrella;
Por eso en nuestra América florida
Dió la discordia á los colores vida
Acá, donde la Vírgen de Santiago,
Fué capital del español zurriago.

XXIII

No tuvo, al parecer, misericordia,
El Supremo Hacedor de la criatura,
Que al borde puso de insondable abismo;
Pues, de antemano, á la fatal discordia,
Las armas de una Erímnis prematura
Dió que forjase en el terreno mismo,

En donde el patriotismo
Parece que inspiraba
Al hombre que fundaba
Hogar indestructible en lo futuro;
Incauto! sin saber que los destinos
Sembraban con abrojos sus caminos,
Miéntras confiado y en la fe seguro,
Fundaba, aunque con nobles intenciones,
Un bien sin solidez que las pasiones
Del porvenir, en el arcano ciego,
Pronto cambiaron en latente fuego.

XXIV

Durante dos centurias estuvieron
Bajo la clueca en el calor unidos,
Polluelos sin espuelas! y eran gallos,
Que chicos, como hermanos, existieron;
Miéntras tiernos crecian en sus nidos
Sin fuerzas, inocentes y vasallos,
Sin conocer los fallos
Que ya con mano fuerte
De su futura suerte,
Dictaba desigual naturaleza;
Madrastra de ilegítimos hermanos,

Que apénas se observaron los insanos
Asomos de la espuela, con fiereza
Cedieron, cual se vió en lo sucesivo,
De la raza feroz al incentivo
Con que bañaron del hogar el suelo
En lágrimas, y sangre, y propio duelo.
.....
.....
.....

XXV

.....
.....
.....

Allí vino el demonio con su suegro,
(Pues sin duda ninguna él es casado),
A revolver con su tartárea cola
El polvo ó cenegal, en donde el negro
Vivia en el olvido sepultado;
Porque tambien encapullada y sola
Crisálida en aureola,
De luz pálida y fria,
Sepultada yacia
La dulce Libertad; quien, ignorada,
Flor virginal en solitario huerto,

Vivió como la reina del desierto,
Melancólica siempre y retirada;
Pero en vez de venir del hondo sueño,
A despertarla enamorado el dueño,
Vino el siglo con máquinas y halagos,
A causar su deshonra y sus estragos.

XXVI

Allí juntos vivieron y felices,
Amos y siervos del florido estado,
En paz, y en no sentida servidumbre.
El árbol de la ciencia sus raíces,
No habia aún sobre el terreno echado,
Ni de sus frutos la brillante lumbre.
El sér por la costumbre
Olvidado del hombre,
No apetecia el nombre
Glorioso, pero á costa de su sangre
Vertida en mil combates y á torrentes,
Ni por grande pasar entre las gentes;
Mas, aunque esclavo, sin dolor ni hambre,
Sólo temia del Señor las iras
Y no las de este mundo y sus mentiras;
Pues progresaba en la verdad del cielo
De que hoi no tiene el nombre ni el consuelo.

XXVII

Pero entónces los hombres no tenian
Nociones de progresos materiales,
Pues Dios era su siglo y su elemento,
De patria y libertad; y así vivian
Gozando de sus gracias paternales,
Sin experimentar el sufrimiento,
Del poco valimiento
De la social balanza
De política danza;
Ni tampoco por causas de colores
Sufríanse disgustos en la tierra.
Ese mal, ese género de guerra,
Si acaso, sólo andaba en los señores,
A lo que se decia: allá se avengan!
Ellos, pues, que son blancos, que se entiendan!
Así, de razas el odioso alarde
Dió principio en Carácas no mui tarde.

XXVIII

Mas, las clases del pueblo, cual las modas,
Su orígen tienen y sus mil razones
Fundadas en la lei de conveniencia
Y utilidad de las familias todas.
Ademas, las diversas condiciones,
Son lei de la Divina Providencia,

La cual con alta ciencia
Las hizo necesarias,
Y al pueblo solidarias.
¿ Sin esa variedad, podrán los hombres
Vivir en armonía y con gobiernos,
Las razas conservar, y hacer eternos
Sus casas, sus familias y sus nombres ?
¡ Acaso es injusticia en este mundo!
Mas no de Dios en el saber profundo,
Quien ya dispuso que plebeyo y noble
Existan.... como el césped bajo el roble.

XXIX

No deben en verdad, ser confundidos,
[Excepto en democráticas verdades
O en el progreso material del dia],
Los maltratados con los bien nacidos,
Que forman en los campos y ciudades,
El pacto de política armonía.
Si la filosofía
Aduce mil razones
En contra; mil naciones
Tambien responderán de lanza en mano,
Así desde el poeta hasta el notario,

Y desde el literato al perdulario
Artista, dramaturgo y ciudadano;
Vendrán con troncos, hojas y raíces
A darle con la prueba en las narices,
Mostrándole que, el árbol de la ciencia,
Florece en la verdad de la experiencia.

XXX

La cual enseña (la verdad es dura,
Y causa siempre á sus contrarios tedio):
Que en toda sociedad civilizada
Ó bárbara, ó salvaje, ó de cultura,
Aquello de tener estado medio,
Clase baja, inferior y elevada,
Es cosa demostrada;
Ni el siglo diez y nueve
A negarlo se atreve,
Con mucha más razon donde el pellejo
Presenta los colores distintivos
De pueblos habitantes primitivos.
Unos del nuevo, otros del mundo viejo.
Mas, qué hacer? con derecho, ó sin justicia,
Así lo quiso Dios; y no hai malicia
En decir que los séres, desiguales
Deben ser en los bienes y en los males.

XXXI

¿ Quién puede establecer comparaciones
(Excepto los que locos ó ignorantes
Declaren su razon en deterioro),
Haciendo ó pretendiendo parangones,
De iguales entre pulgas y elefantes ?
Quién iguala las fuerzas del condoro
Al mosquito canoro ?
¿ Y quién veloz ballena,
Compara de fe buena,
A la sardina que nadando un dia
Entero y con esfuerzo denodado,
De diez ballenas el espacio dado,
Difícilmente recorrer podria?
El avestruz, cuyo potente lomo
Sostiene á un negro cabalgando á plomo,
Y cruza los desiertos en su vuelo,
Igualarse no puede al vil mochuelo.

XXXII

¿ No ves el ave de celestes plumas,
Que al trono del Tonante poderoso
Con aureola de luces decorado,
Brinda esplendor á las deidades sumas ?
De ojales abanico primoroso,
Extiende con orgullo; y el dorado

Carmin tornasolado,
Del fúlgido ropaje
Bajo el cabal plumaje,
Ostenta de safiro y luces de oro;
Y se contempla como si otra fuera
De las deidades que, en sublime esfera,
Dan al Olimpo su inmortal decoro.
¿Y quién es el osado (aunque poeta),
Que con liras, con arpas ó corneta,
Piensa igualar á los pavones reales,
Los pollos y gallinas de corrales?

XXXIII

¿No ves cómo soberbia se levanta
La reina de las aves y del viento,
Con sus potentes alas y la nube
Con vuelo audaz, y con audacia tanta,
Traspasa y vence en su correr violento:
Y al Olimpo parece que se sube,
Ansiando ser querube;
Y sigue, y altanera
Se pierde en la alta esfera,
Acaso en pos del tronador potente?
Y luégo como el rayo desde el cielo,

Sobre el toro que pasta sobre el suelo,
Audaz se precipita de repente
Y quieres tú, de Júpiter el ave,
Con títulos de verso, en tono grave,
Piadoso comparar al *tucucito*
Usando de poetas el prurito ?

XXXIV

¿Ves la fúlgida rosa alejandría,
Tan bella aunque sencilla entre las flores,
Honesta reina del jardín variado?
Es sol, y eterna estrella de alegría,
Y luna entre luceros y fulgores;
Apénas el clavel es á su lado
El digno enamorado;
La cándida azucena
Tan casta, dulce y buena,
Sonrie no pudiende por sus galas
Rivalizar con la rosada aurora,
Que sale de la rosa y que enamora
El céfiro sutil con tiernas alas,
Y ríndela tributos el encanto,
Que oculta entre el jacinto y amaranto,
Sencilla ostenta la infantil violeta
Capaz de enamorar hasta al poeta.

XXXV

¿ Y ves de dálias la purpúrea alfombra ?
¿ Ves cómo soles en sus altos lares
Estrellas de jazmin en enramadas,
Cubiertas de candores ? Ves la sombra
De llamas de coral, que los bucares
Ostentan en sus copas coronadas,
Que en sus cercas amadas
Son la vida y recreo
Del arbusto sabeo ?
¿ Ves, en fin, á Pomona por do quiera,
Con Vertuno seguir en pos de Flora,
Regando su belleza encantadora
En valle, en monte, en bosque y en pradera?
¿ Y puedes tú, poeta y atrevido,
Por no haber almorzado ni comido,
Decir que son iguales el pazote,
Las vigas de cadillo y gamelote ?

XXXVI

En bosque secular, mira la encina:
Cuán majestuosa su elevada frente,
Sobre todos los árboles campea!
¿ Y culparás á la razon divina,
Porque quiso con mano omnipotente
Y con profunda inexerutable idea,

Dar á cada ralea
Sus grandes y señores,
Que, como superiores,
Sobre chicos y pobres dominasen ?
I que tambien, como se ve mil veces
Entre los grandes y pequeños peces,
Los grandes á los chicos devorasen?
I nos pondremos á llorar por eso?
Perderemos llorando vida y seso?
La calma es lo mejor, cuando se vean
Las cosas como son.... Dejad que sean!

XXXVII

Ya Dios dispuso que la mosca fuese,
Eternamente de la araña pasto;
Que del gato lo fuesen los ratones;
Así tambien dispuso que se viese
El pobre precisado á hacer el gasto
En auge de gavetas y cajones,
De ricos y ladrones;
Que en la Sierra Morena,
En la casa más buena,
En palacio, en el claustro y en el templo,
De aquesta cruel desigualdad tirana,

En la justicia y condicion humana,
Se viese á cada paso el triste ejemplo.
Ademas, la injusticia es aparente,
Del hombre á la razon, pobre, impotente.
Quién sabe si la cosa es mui distinta,
No siendo el leon tan bravo cual se pinta.

XXXVIII

¡Quién sabe si matar, quemar, dar palos,
Robarle al pobre lo que gana y tiene,
O premiar por el hurto al asesino;
No son, como parecen, hechos malos,
Sino justos y tales cual conviene
Al órden, y a las leyes del destino!
¡Quién sabe si el camino
Más acertado y bueno,
Para llegar al seno
Del bien y de la dicha es el pecado!
¡Quién sabe si al reves es la manera,
De hacer el bien en la superna esfera,
Y que el hombre infeliz vive engañado
Acá en la tierra, sin saber que el modo
De amar al prógimo y de amarlo todo,
Es acaso el obrar, y con empeño,
Al reves de Ripalda y de Carreño!

XXXIX

¡Quién sabe si es mejor en este mundo
Ser bandolero y rematado loco,
Amante apasionado de lo ageno,
Del oro partidario furibundo,
Y como ateo, al fin, tener en poco
A Dios y á todo lo sagrado y bueno!
¡Quién sabe si es el freno
De la virtud un daño,
Y la piedad, engaño
Fatal á la doctrina de adelantos
Del hombre en sus industrias é intereses;
¡Quién sabe si las guerras y reveces
De tantas gentes y de pueblos tantos,
Se deben al esfuerzo y sacrificios
De la virtud, por desterrar los vicios;
Y quién sabe tambien si es al malvado
Que Dios tiene su cielo reservado!

XL

Y ¡quién podrá saber si acaso pronto
De diablos y tormentos bien provistos,
Le tiene Dios infiernos preparados
Al fiel cristiano que inocente y tonto,
Mantuvo siempre el alma y cuerpo listos
Y esentos de las culpas y pecados;

Quién sabe si encerrados
Allí tiene á montones
Los Sócrates, Catones
Y á los Numas Pompilios, que ya fueron;
Quién puede asegurar si en viva llama,
Tiene el diablo á los santos que la fama
Adora en el altar, porque vivieron
Dando á los malos saludable ejemplo,
En el arrimo y la piedad del templo.
Y quién sabe tambien, si hasta el poeta
Va con su hambre al infierno por veleta!

XLI

Y ¡ quién sabe tampoco, si ál contrario,
Es malo, ó por lo ménos cosa fútil,
Perdido tiempo ó hecho inmeritorio,
Rezar las letanías y el rosario;
Quién sabe si á la vez es cosa inútil,
Pasar vida de iglesia y oratorio,
Haciéndose irrisorio
Al que el mundo compuso,
Dando vueltas al huso
Al tiempo de crear esta tragedia,
Compuesta á lo divino y á lo humano;

Quién sabe si al contrario, lo tirano
O cruel á nuestras mentes es comedia
Dulcísima en esencia y advertida,
Al ente que en la muerte y en la vida
Nos quiso confundir con aparatos,
Que son en realidad nada en dos platos!

XLII

¡ Oh, quién pudiera del arcano ciego
Los antros penetrar! Quién, á la llama
Que da su resplandor claro y divino
Del sol de la verdad, y quién al fuego
Que el alma enciende y la razon inflama,
El libro misterioso y peregrino
Que llaman del destino,
Leer pudiera al hombre,
Y hallar el propio nombre
De todo lo que el mundo llama feo,
Lindo, excelente, racional ó injusto,
De modo que pudiésemos con gusto
Decir con la verdad: esto que veo,
Que palpo y siento, que mi mente baña,
Es cierto y positivo, y no me engaña.
Porque en la luz de la verdad seguro,
No estoi del nombre ni del sér oscuro.

XLIII

El mundo es un misterio! lo sabemos:
Oscuros desde el dia en que nacimos
Sin luz, hasta la muerte, nos quedamos;
Pues ese cielo azul que todos vemos,
Segun con el poeta repetimos;
El sol y las estrellas que admiramos,
Y todo lo que damos
Por sabido en la vida,
Al fin de la partida
Acaso no serán ni azul ni cielo,
Ni los astros y sol, tales estrellas.
Probablemente de su luz, ni huellas,
Nos llegan del espacio al mar y suelo.
¡ Y qnién saber podrá, si Elena, Elvira,
Angélicas y Orianas son mentira,
Que acaso, y, con razon, nuestras beldades
Pudieran reputar cual fealdades.

XLIV

La sabia antigüedad, honor y gloria
En monumentos elevó a los hombres,
Que bullen en el libro soberano
De su brillante y fabulosa historia,
Los venerables y sagrados nombres
De Sócrates, Solon y Vespasiano,

Los de Elio y Adriano,
"De Teodosio divino,
De Silio peregrino,"
Y de los que contaban como cuna
A la soberbia Roma y sábia Aténas;
Los nombres de Octaviano y de Mecénas,
Que á la region del sol y de la luna,
Los cantos del poeta suspendieron,
En fin, los héroes que en la tierra fueron
Tenidos como genios tutelares
Del hombre y adorados en altares;

XLV

Acaso, en vez de ser sus bienechores
Y dignos del altar y monumentos,
En donde, como dioses, adorados,
Rindiéseles del númen los honores,
No fueron sino ciegos instrumentos
Por Dios contra la tierra preparados,
Con títulos cambiados,
Que su alta Providencia
Con insondable ciencia,
Y fines para el hombre impenetrables,
Los hizo aparecer bajo impresiones

Del bien para los pueblos y naciones,
No siendo sino sombras impalpables
Enviados con sus fines á la tierra,
Cual árbitros de paz, siendo de guerra,
Una mision para cumplir del cielo,
De la virtud, bajo aparente velo.

XLVI

¡Quién sabe si es justicia y de derecho
De gentes, desde tiempo primitivo,
Que el fuerte oprima al débil sin justicia;
Que el juez injusto, sin razon del hecho,
Mande quemar al inocente vivo;
Que el rico por su sórdida avaricia,
A fuerza de malicia,
De intrigas y patrañas
Le arranque las entrañas
Al pobre miserable y desvalido;
Que deje en la miseria y sin ayuda
Al huérfano, al anciano y á la viuda,
Siempre quedando en sociedad tenido,
Por su reputacion y por su fama,
Como santo varon y hombre sin tacha,
Saludado de todo caballero
Hasta el polvo arrastrándole el sombrero!

XLVII

Por tanto, es necesario con paciencia
Y ojos serenos contemplar los males
Del hombre en este mundo de injusticia;
Y ver qué fué la sábia Providencia,
Quien dió su ley tremenda a los mortales.
Por ella la fortuna con malicia
Fué reina tan propicia
A tantos opresores
Agentes, si no autores,
De la desigualdad, hija del cielo.
Y qué! ¿y Santa Ifigenia, Benedito,
Mauricio y más de un santo y mui bendito,
No fueron negros y el honor del suelo?
No se hallan ni buscados en la luna
Dos objetos iguales en fortuna;
Sólo Dios es completo y no le iguala
Ni de los astros la infinita escala.

XLVIII

Sólo puede el demócrata con arte,
Lombriz de tierra, proclamarse boa,
Con cuyo ejemplo la feliz canalla
Alzando de igualdad el estandarte,
Quiso atar la fragata á su canoa,
Y con todas sus uñas y su agalla

Libró la gran batalla
Que intenta la doctrina,
Alzar del sólio á la sagrada altura.
Mas vano fué su intento! Entre los hombres
Son desiguales, nacimientos, nombres,
Vestidos, facultades y figura,
Y desigual será, no solamente
Del mundo nuestro la habitante gente;
Mas tambien la del cielo y del infierno,
En edad, en saber y en gobierno.

XLIX

Así quiso el Señor darnos sus leyes,
A las que debe someterse humilde
El que plebeyo le engendró su padre;
Y bien puedan quitar reinos y reyes,
Que la verdad á la injusticia tilde,
Que choque á la razon ó que le cuadre,
Que el mundo rabie y ladre,
Entre el oro y el cobre,
Como entre rico y pobre
Eterna habrá de ser la diferencia;
Del mismo modo entre plebeyo y noble,

Habrá distancia en absoluto; y doble
Habrála entre la plebe y la excelencia;
En cuanto á mí, lo sostendré sin tasa,
Bien pueda la justicia entrar por casa,
Y mida con su vara á mí el primero,
Que yo imparcial le quitaré el sombrero.

L

Yo siempre sostendré que los *chamisos*,
Los nobles *salto atrás* de *cuarterones*,
Ya los *tente en el aire* encaramados,
Ya los indios injertos de mestizos,
Los zambos y choretos de talones,
Catires y demas encaramados,
Los pardos y atezados:
En fin, todo tumusa
O gente de la tusa,
Son seres, en sus partes y en el todo,
Por la naturaleza diferentes,
Heterogéneos, en verdad, y gentes
Distintas en la clase y en el modo,
No sólo por la forma y la materia;
Mas tambien por riqueza y por miseria
De sangre azul, de colorada ó sucia,
Del Africa, del Cáucaso ó la Rusia.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

LI

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

El pueblo bajo es el fustan del mundo,
O cero sin valor puesto á la izquierda
De la ilegible cantidad humana;
Es cáscara de un árbol infecundo.
Hecho clavija de templar la cuerda,
O soga del badajo en la campana.
La diestra soberana
Que rige desde el cielo,
Distribuyó en el suelo
Su justicia divina de tal suerte,
Y dispuso las cosas de manera,
Que así viviesen en social esfera,
El negro, el blanco, el desvalido, el fuerte,
El rico, el pobre, el sabio, el ignorante,
Sobre ellos derramando, de calmante,
Auxilios á los malos; y á los buenos,
Palizas, destruccion y sarracenos.

LII

Y dispuso, tambien, que en cada esquina,
Hubiese de la patria un centinela,
En forma de justicia con escudo,
Amparador de la feliz doctrina.
Sin jueces, y enseñada en esa escuela
Que sostiene las leyes del embudo,
Y á cada sordo un mudo
Le dió de trecho en trecho
Que razon en derecho,
De grado ó por la fuerza le enseñara,
Con seña nada equívoca por clara;
De donde resultó que en nuestra tierra
A fin que las industrias en fomento
Tomasen cada vez nuevo incremento,
Viven en paz, pero en perfecta guerra,
De culta sociedad con aparatos,
Los perros, los ratones y los gatos.

LIII

Y no sólo los gatos y ratones,
De amigos, compañeros y asociados,
Se ven en todas partes y agujeros;
Mas vense las cuadrillas de ladrones
Vivir en sociedad con los robados,
Que son, cuando se ofrece, los primeros

En aprestar dineros
Para brindar socorros
En pro de los ahorrros,
De ricos que se olvidan por repletos,
De los que el hambre ó sed tienen difuntos;
Y viven san Miguel y el Diablo juntos,
Rindiéndose tributos de respetos,
Y viven socialmente en armonía
El hombre que trabaja todo el dia,
Con el flojo que, en cama regalada,
Duerme feliz sin ocuparse en nada.

LIV

Y vive el cazador junto al venado,
El leon junto al redil de las ovejas,
Y moscas servidoras de la araña
Que remiendan su tela con cuidado;
Con la risa de hiena hacen parejas
Las artes, los dobleces, la artimaña,
El artificio y maña,
Partiéndose confites
En fiestas y convites,
Demócrito en Heraclito llorando,
Y Heraclito en Demócrito riendo,

Y viven en amor casi muriendo,
Roma y Cartago en diferente bando,
Y van en plena paz en la mochila,
Ormús con Ariman, Mario con Sila
Y el diablo, con las cruces decorado,
Oyendo misa y San Miguel al lado.

LV

Y vive de atenciones rodeada,
De Marta, la piadosa, sustituta,
Y de casta Lucrecia, Mesalina!
Al lado de Susana despreciada,
Porque pasa quizás por prostituta,
O porque presa de virtud y ruina
Fué a dar á la cocina;
Y vive el victimario
Hundido en el osario
De aquellos que inmoló en el sacrificio,
Altivo y de las víctimas al lado,
De cuyos sucesores acatado
Recibe gratitud por maleficio;
Pues una sociedad decente y culta,
No le impone castigo, ni áun insulta
Al que cubre su crápula con oro,
Y el crímen con noblezas y decoro.

LVI

Así de sociedad en cumplimientos
Viven modelos de amistad sincera,
No solamente el infeliz mendigo
Al lado de usureros y avarientos,
Sino tambien de la revuelta esfera
El negro de colores enemigo,
Y todo el que consigo
En el color del pelo
O bajo cualquier velo,
Lleva estigma de pardo ó de mulato,
Pelando el diente ó estrechando mano
Con el altivo y pertinaz mantuano
O con el ya blanqueado en el boato,
Que del negro se digna, medio mudo,
Apénas contestar fino saludo;
Así se vive en interior despecho,
Y negra envidia pero en lazo estrecho.

LVII

Tal es la sociedad en miniaturas!
Unidos al aceite y el vinagre,
La pólvora y el fuego por contrato,

Es decir, de colores y pinturas
Diversas, combinadas con almagre,
Y negro y blanco en el revuelto plato,
Te darán el retrato
Del hombre constituido
En el humano nido,
Que llaman sociedad civilizada;
Tal es la dulce y regalada vida
De nuestra zona que á gozar convida
Los frutos de su fértil enramada,
Frutos que arrulla zumbadora abeja,
Que en pago de su miel ponzoñas deja,
Frutos que nacen da purpúreas rosas
Letales, sin olores y espinosas."—

.....
.....
.....

LVIII

.....
.....
.....

—Perdone, mi amo el padre, eso es mentira,
Exclama un negro, que escuchaba atento,

La extraña pastoral del santo cura.
Yo soi de aquella cuerda que no estira
Ni despues del mayor encogimiento,
A que llegar la timidez procura
Del negro y su cultura.
¿A un tal el padre ha visto,
Por más que le aude listo,
Llegar del noble á merecer estado,
Ni á tener por mujer, amigo y suegro
De diferente cuerda ?—Calla negro!
Que todos lo hemos visto y más blanqueado
Que este siervo de Dios, responde el cura;
Decir que no lo has visto, eso es locura,
Ni á tí, ni á nadie, desmentirme toca;
Y si intentas seguir, calla la boca.

LIX

De lo contrario persuadir intento;
A quien de frente por razon tuviere
Dos dedos nada más; ó no haya estado
De fraile sin salir de su convento;
Y á todo el que con juicio, no estuviere
En lazareto á la cadena atado

Por loco, ó trastornado,
Y á quien del hueco mundo
No viere en lo profundo;
Le probaré tambien, y claramente,
Que he visto á más de un ángel de incensario
Al diablo (que ademas le era contrario),
Con humos ensalzar humildemente;
Y he visto á más de un conde palatino
A su enano (ya no que á Gandalino),
Tratar de Cuadragante y caballero,
Y todos le adulaban.... yo el primero!

LX

Cállate negro, que la vida humana,
Espejo es de verdades que no quiere
El hombre confesar por necio orgullo.
Quien las estudia desde edad temprana,
Vive con ellas y por ellas muere,
A despecho de estúpido murmullo
De perros, ó de aullos
De quien la agena vida
Descubre por su herida.
No creas que en el mundo son colores,
Ni ciencia, ni virtud lo que decide

Al hombre á que por hombre te convide,
Los premios á alcanzar de tus honores;
Cállate negro, que el matiz primero
Y el único de brillo verdadero,
Es aquel con que el vicio de la tierra
Oprime la virtud y le hace guerra.

LXI

Ser blanco de color, noble y con brillo
Del Africa, de América ó de Europa,
Son plásticas fantasmas y visiones,
Mágia de Atlante en natural castillo,
Do fuerte se hace la vidriosa tropa
De orgullo, vanidades é ilusiones;
Que luégo á las razones
Del oro y de la plata,
El humo desbarata
Del mundo con la fuerza irresistible,
Que tiene la verdad y nunca el yerro,
A saber: que por plata baila el perro,
Que sin ella ni el Papa es infalible,
Ni es blanco el rei del Cáucaso ó de Francia;
Al paso que á su brillo, la ignorancia
Puede ser de Aristóteles maestra,
Y más que Salomon en ciencia diestra.

LXII

El hombre noble por virtud preclara,
Es sólo de infelices distinguido,
Que en triste posicion su ayuda imploran,
Cuando á los golpes de fortuna avara
A solas y con ánimo abatido,
Juzgan burlarse del pesar que lloran ;
Pero que sólo doran
Con interior tormento
De mísero lamento
La píldora que tragan despechados,
Entónces ¿de qué sirven los colores
De olvidada virtud frios loores,
Principios de honradez que de olvidados
Pasan á ser de la adversion el blanco?
¿Qué valen ante el *dollar*, ante el *franco*,
El pálido color de loza-china,
O el barro que no dora la esterlina?
.....
.....
.....

LXIII

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¿Y cuantas veces, ignorante negro,
No has visto el claro ejemplo repetido,
No del plebeyo con virtudes dobles
Sino del malo, con mujer y suegro,
Más blancos que la nieve, y que han salido
De ilustres padres y de casas nobles?
Mil veces de altos robles
No has visto, (y como plagas)
Rastreras verdolagas?
Y no has visto doquiera mil ejemplos
De nobles en el polvo confundidos,
Y míseros plebeyos suspendidos
De gloria y fama á los sagrados templos?
Indiferentemente hechos con *francos*,
Nobles plebeyos entre cafres blancos,
Y al niño, por ladron, alzar la cara
Hecho viejo en honor, sin ser Guevara?

LXIV

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

—Acabo de deciros, mis hermanos,
Que no es posible en sociedad las cosas
Que son en nuestro juicio superiores,
Por su modo de ser, y ser humanos,
Con otras confundir, feas y hermosas,
Las grandes con pequeñas, ó inferiores
Con buenas ó mejores;
Porque así las creemos
Cuando al pasar las vemos,
O porque en la razon de nuestro juicio
Es á nuestro entender, lo justo y recto,
No obstante, lo contrario en el efecto,
Nos prueba, al fin, de sociedad el vicio,
¿ No vemos en el siglo de las luces
Irse en tinieblas su fanal de bruces,
Y á la filosofía de la historia
Yacer como apagada palmatoria?

. . . . . .
. . . . . .

LXV

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

—Mas diga, señor cura, le replica
Uno de tantos que escuchando estaba,
Lo que más interesa en esa arenga.
El pueblo con respeto le suplica,
Responda á lo que el negro preguntaba,
Y diga al caso lo que más convenga.
De modo que uno tenga
Cabal conocimiento
De lo que fué elemento,
Materia prima y colador de razas;
Responda á la pregunta que le hicieron,
Y díganos de qué se compusieron
De Adan y Eva las diversas trazas,
Color y calidad; y cómo vino
La sangre, de lo humano á lo divino
A trasformarse sin saberse cuando,
Y cómo y dónde, con el tiempo andando.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

LXVI

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

—Pues bien, *in illo tempore* del mundo,
Cuando el Creador la distincion humana,
Experto preparó en el paraíso,
Un elemento de bondad fecundo
Con sávia azul de la fatal manzana,
Elaborar para los nobles quiso,
Y tuvo tal aviso
Al preparar la cosa,
Que fué la más hermosa
De cuanto en sangre entre las venas puso;
En efecto, la sangre de los nobles
Tuvo en su orígen las virtudes dobles,
De añil con leche en rosicler confuso,
Que el Dios de amor con providente mano,
Mezcló de los arcángeles al huano,
Y uniéndolo á la lumbre del zafiro,
En vez de soplo le infundió un suspiro.

LXVII

Y para dar al resoplido tono
Sacó del éter la materia prima,
Y el átomo sutil del aura pura
Vino á formar el elemento nono,
Que al céfiro en vapor se le aproxima.
A tan excelsa, primordial mixtura
Dió cándida tintura
De célica ambrosía;
Del sér de la Alegría
Tomó sustancia angelical y santa,
De cuya nata y depuradas flores
Los suaves y beáticos primores,
Tomó de nuevo y cuanta perla y cuanta
Pudo alcanzar de la infusion preciada,
Y en el sublime firmamento alzada
Vertióla dentro el cáliz de la aurora,
Y la puso á secar más de una hora.

LXVIII

Al cabo de la cual tomó el eterno
Ambiente del Eden y las tempranas
Fragancias de celestes torongiles,
Y á los rayos del astro sempiterno,
Les hizo fermentar en mejoranas
Nacidas del Olimpo en los pensiles,

De arcángeles sutiles
Tomó sacra sustancia,
Cuya inmortal fragancia
Venció del paraíso los olores.
Tal era la virtud que en sí llevaba
Quilates que en la sangre revelaba,
De nobles hijo-dalgos y señores;
Pues como rudimentos contenía,
La claridad del rutilante día,
Del cándido zafiro la belleza,
Y del Empíreo la inmortal pureza.

LXIX

Las perlas inocentes del rocío,
De que hace Uriel en su retiro alarde
Al clarear de la feliz mañana,
El pólen, del Surgen dulce atavío,
Regado del beleño en clara tarde;
El íntimo latir de flor temprana,
Que al alba se engalana
Con besos y sonrisas
En hálitos de brisas,
El dulce aliento depurado y suave

Que el ángel de la tarde en testimonio
Da de amistad con el veloz Favonio;
Y en fin, todas las ráfagas y aureolas
De efímeras y tiernas amapolas,
Vinieron del empíreo en un momento,
Y uniéronse en un átomo de ungüento.

LXX

El cual volando á la region oculta
(Do no consiente el sol que se le arrime,
Sino la faz de Jehová el eterno,
Pues otra, su fulgor daña ó insulta),
Al suave influjo del brillar sublime,
Redújose á redondo, sempiterno
Confite, pero tierno;
Pues luégo derretido
Y en nube convertido,
En interplanetarias soledades
Fué corriendo, corriendo por millones
De siglos; y del Limbo en las regiones
Durante tres ó cuatro eternidades,
Al cabo de las cuales, ya maduro,
El eternal confite ó ungüento puro,
Vino á manos de Dios, cual contingente
De noble sangre en la mantuana gente.

LXXI

Del cual tomó supuracion completa,
Y la mezcló con el sagrado acanto,
Planta eficaz del celestial recinto,
Luégo extrajo el suspiro á la violeta,
En formas de candor y eterno encanto,
Y echándolo en su copa de jacinto
Sacó el extracto tinto
De angelical beleño,
Y con paterno empeño
La gota entresacó más cristalina,
A fin que el firmamento depurado,
Luciese bajo el cútis delicado
Brillante como en loza de la china,
Y de la carne en su venar corriese
Cual rayo azul, y que al traves luciese,
Fingiendo rosicler entre algodones
O añiles apretados en zurrones.

LXXII

Pero ademas de lo explicado, vários
Y nobles componentes se ofrecieron
Al Todopoderoso cuando quiso
Tal sangre fabricar. Aunque contrarios
Los númenes olímpicos, vinieron
Cada cual exigiéndole permiso

Para traerle en guiso,
Y lo mejor compuesto
El escogido resto
Y esencia de su Sér y atribuciones.
Y fueron los primeros, Jove y Juno,
Y luégo los menores uno á uno
Vinieron en brillantes precesiones.
La sávia del amor hecha y derecha,
Trajo Cupido en su punzante flecha,
Y á extracto reducido el fiero Marte
De fuerzas y valor trajo su parte.

LXXIII

El rubicundo, enmelado Apolo,
(Alias Uriel, por Cintro ó rojo Febo),
Trajo en pasta su jugo de laureles,
Alientos de huracan el raudo Eolo,
Minerva de la ciencia trajo el sebo,
Y Diana castidad en oropeles
Envuelta en agua-mieles;
Pluton y Proserpina
De fuego esencia fina,
En hálitos trajeron. Y Nereo,
Y Tétis, y Neptuno, y Anfitrite,

(Dioses de agua y pescados) un confite
De bacalao (aunque parezca feo),
Bien que algunos le llaman abadejo,
Trajeron con aceite, y del pellejo
De la mejor en todo el mar sirena,
El legítimo esperma de ballena.

LXXIV

Vénus dio de sus pechos los encantos
En rosas y claveles convertidos,
Por no decir que prodigó sus flores,
Pues otras tantas prendas, y otros tantos
Estímulos trajeron los validos
Secuaces de sus férvidos amores.
Vulcano sus ardores,
Dió, por estar celoso;
Pues, era al fin, esposo.
Céres del campo y la esplendente Flora,
De su reino fragante la pureza,
Y de sus luces la eternal belleza
El rei de Oriente y la rosada aurora;
Y dicen que las gracias reunidas,
No sé qué cosas dieron que escondidas
En viejos pergaminos han quedado,
Que nadie hasta el presente ha adivinado.

LXXV

La flor de Jericó, su contingente
Dió de esplendor en el ameno huerto,
Cuya fragancia hasta el presente dura,
La miel sabrosa del maná viviente,
Aún en las arenas del desierto
Brindó á la noble sangre su blancura.
Su trasparencia pura,
El chorro de agua clara
Que, con potente vara,
Sacó Moisés de la insensible roca;
Dieron lágrimas Niobe y Jeremías
Y de sus ojos regaló Tobías,
Lo que del sueño á despertar provoca;
El Bdelio dió la diosa de Caldea,
Tuétano el leon que se nutrió en Nemea,
Y no sé qué deidad brindó escabeche,
Y la cabra Amaltea dió su leche.

LXXVI

El álcali volátil superfino,
De la primera flor que ornó la frente
Del áura primordial y vaporosa,
Y elíxir del amor, puro y divino,
De la primera vírgen inocente
Que de su casto seno generosa,

La esencia deliciosa
Al lábio delirante,
Vertió del tierno infante,
Que fué despues el ángel de los lirios,
Ambiente de sulfates incorpóreos
Filtrados en corambres hiperbóreos;
Y en suma, los relentes en colirios
Solícito mezeló con la áurea bruma,
Del derramado néctar en la espuma
De olímpica ambrosía, y de la orina
De Júpiter, compuso jelatina.

LXXVII

Y como entónces la divina ciencia,
Idéntica en pasado y en presente,
Lo venidero adivinar podia,
Filtró dentro del cáliz toda esencia,
De lo que estaba en su saber seguro.
De lo excelente y puro
Hallado en nuestros dias,
Por las peluquerías
De España, de Inglaterra, de la Francia
Y de toda la tierra descubierta,

Y al áura abriendo del Eden las puertas,
Tomó de sus alientos la sustancia,
Y envueltos en pellejos de infusorios.
Despues de inmaculados purgatorios
Los puso en los anillos de Saturno
Con alusiones de incensario diurno.

LXXVIII

Ademas cada especie primitiva
Del Paraíso, al primordial proceso
De su sér le brindó parte preciosa
Así, dieron los loros su saliva,
Brindó el zancudo cantarin su seso,
De su alas la escarcha primorosa
La frágil mariposa,
Su lecho de estoraque,
Dió el Fénix en resaque,
Y la paloma que llevara al arca
La verde rama de reciente olivo,
Dió el jugo de sus hojas primitivo,
Que dió no al padre Adan, sino al patriarca;
Que allá en la tierra sacrosanta hebrea,
De sangre noble, la primera oblea
Pegó sobre el blasón de la fachada,
Que al templo de noblezas da la entrada:

LXXIX

Aún no satisfizo al Dios eterno
Del cielo, al fabricar la sangre noble,
El tono del compuesto referido;
Antes abriendo su eternal cuaderno,
Y consultando su partida doble,
Al fin tomó como lo más cumplido
Más puro y bendecido,
Más santo y elevado.
De Dios mismo encarnado,
Un glóbulo excelente de la sangre,
Que habia de coger en el sudario,
José de Arimatea en el Calvario,
Y dióla en gaje al azulado enjambre.
Así, son los mantuanos hasta el dia,
No sólo primos rectos de María,
Sino que tienen por el santo mixto
De sangre, afinidad con Jesucristo.

LXXX

Tales fueron las fuentes celestiales,
De donde vienen los mantuanos hijos,
Que al mundo regalaron con sus nietos;
Sus puros bisabuelos fueron tales
En eso de engendrar, y tan prolijos
De nombres, que repletos,

Con ellos y atestados
Se vieron los estados,
De todas las familias que vinieron
A nuestra patria. Su gentil nobleza,
Fué tipo de saber y de belleza;
En esos tiempos que felices fueron,
Y fuéranlo del todo en nuestros dias,
Si del vulgo no hallara anomalías
En tipos del antiguo Pedro Freite
Refran modelo y popular deleite.

LXXXI

De aquellos árboles frondosos, vino
Cruzando el mar la encarecida rama,
Que echó en Carora su primer capullo;
De allí salió el gusano peregrino,
Que dió á la tela su preclara fama,
Su nombre, sus blasones y ese orgullo
Con que durmió al arrullo
De lisonjero canto.
Bajo el ilustre manto
Se fomentó la espiritual nobleza
Que dió á la cara patria hasta en sus fines,

Oh! cuántos condes claros palatines,
Cuánta sirena de inmortal belleza!
Ella fué de la patria alto decoro!
La corte, el templo, el pórtico y el foro,
El mismo tribunal del Santo Oficio,
Brillaron con su lustre y su servicio.
.....
.....
.....

LXXXII

.....
.....
.....

Juntos gozaban el faisan pintado
Y los pavones de extendidas colas,
Sin celos del paují con su copete.
Allí junto al custodio del ganado,
Alegres daban saltos y cabriolas
El fiel mastin junto al nevado ariete.
La vaca y su torete,
El loro siempre manso,
Pastando con descanso,
Eran del prado la feliz manada,
Alegres, mansas, libres, orgullosas,

Con sus rasgados ojos tan hermosas,
Dulces gacelas en la vega amada,
Gozábanse á la sombra de bucares,
Oyendo del jilguero los cantares.
Sin sospechar que en el vecino otero
Hubiera leon ó tigre carnicero.

LXXXIII

Aquello fué en verdad, tiempo dorado,
De aquella venturosa pajarera,
Donde sólo los cánticos se oian
Y dulce paz en el hogar amado,
Union, amor y bienes por doquiera.
El oro y la abundancia parecian
Que del cielo llovian;
Jamás se vió en el mundo
Tan próspero y fecundo
Ajuar de ovejas y parleras aves;
Jaula dorada en donde á todas horas,
Vibraban en el aire las canoras
Voces que alzaban sus canciones suaves,
Aquello fué un Eden lleno de rosas,
Mansion de mil pintadas mariposas
Que en el campo florido retozaban
Y la existencia sin dolor pasaban.

LXXXIV

Las bellas y apacibles caraqueñas,
De la inocente reina de los Andes,
Eran entónces, al amante abrigo
Del mágico jardin, ninfas risueñas.
El Avila gentil entre los grandes
Y prepotentes montes, fué testigo
Del bien, que el sol amigo
De su elevada cumbre,
Regaba en suave lumbre,
Aura benigna que encendió lás rosas
En sus mejillas de inocencia hermosas,
Donde entre flores el amor vivia;
La luz de la virtud en sus semblantes,
Honor supo dictar á los amantes
Que en dulces ojos, de candor serenos,
Cielos ansiaban de placeres llenos.

LXXXV

En hermosura y en virtudes otras,
No ya que superiores, ni aún iguales,
En vano descubrir aquel pudiera
Que ausente ó desechado de vosotras,

Creyese reemplazaros en modales,
En garbo y excelencia de manera,
Y en la ideal esfera
De mágicos encantos,
Con que inspirais á cuantos
Os miran, el amor puro y sincero,
Raro en el hombre, cuando no lo inflama
La dulce luz y pudorosa llama,
Que es en vosotras el fulgor primero.
Que siempre vuestro, el primordial ejemplo
Que el patrio hogar en decorado templo,
De honesto nombre convirtió con gloria
Y de familias en feliz memoria.

LXXXVI

Fuísteis entónces, como sois ahora,
Y siempre lo sereis, dulces sirenas,
Gloria y consuelo que la patria un dia
Verá como su nave salvadora;
Porque de amor y de virtudes llenas
Sois la columna de esplendor que guía
Al pueblo que confia
En oscuro desierto
Hallar de luz el puerto,
Abrigo de inclementes soledades,

Hermosas caraqueñas que ornamento
Sois de la patria, y el celeste acento
Que invoca las futuras novedades
Del suelo de Bolívar, de mi musa
Piadosas excusad la voz confusa,
Que un dia, acaso, con mayores vuelos,
Vuestra virtud elevará á los cielos.

.....
.....
.....

LXXXVII

.....
.....
.....

De allí se difundieron cual torrentes,
Fecundos de prosapias efectivas,
En toda la region del Orinoco.
Las costas aunque tonos diferentes,
Guardaron sus noblezas primitivas;
Juzgando que, si deja poco á poco
Un cuerpo como loco
Perder, por su locura,
El prez de sangre pura,
Mezclando á su valor turbios quilates,
Confuso á Babilonias se encamina.

¿ Y qué, si al dormitorio, la cocina,
Trayendo de su tizne los dislates,
Se mete de igualdad pidiendo gracia
Y dando por principios, democracia
De Adanes y Evas en falaz comuna,
Con quienes la razon nunca se aúna ?

LXXXVIII

¿ Qué fuera del airon, del blanco cisne,
Del cerúleo pavon con plumas de oro,
Monarca de las aves coronadas ?
¿ Qué de la garza que jamás de tizne
Vergüenza tuvo en su real decoro?
Qué de las cebras de color ralladas,
De mil aves pintadas
Y cuadrúpedos bellos ?
Qué fuera, ai Dios, de ellos ?
¿ Qué si el condoro de extendidas alas
Temiese á los murciélagos oscuros?
Si la blanca paloma á los zamuros,
Unir quisiese sus nevadas galas ?
Si el rápido alazan en su carrera
Al perezoso morrocoi se uniera ?

LXXXIX

Mas no, que largos tiempos y felices
Vivieron, mil prosapias generosas
De Venezuela en los diversos puntos,
Alzando de altaneras las services.
Las ninfas y emadriadas hermosas,
Y faunos, y jacintos, los asuntos
De amores, daban juntos;
Allí vivió sin duelo
Ni temores del cielo
Siempre orgullosa de feliz blancura,
La inocente paloma, siempre al lado
Del bien gozando, como el bien amado
De su palomo en inocencia pura;
Ufano el tordo, el ruiseñor contento
Y la gaviota en la region del viento,
Felices ostentaban voz y galas
Libres batiendo sus veloces alas.

XC

De sus blandos pechuelos tiernas flores
Humanas regalaban al amante,
En dulce, tierno y decoroso nido,
Sagrario virginal de sus amores;

Dichosa juventud que fué, durante
El tiempo de los cielos bendecido,
Dechado enriquecido
De honores, de hermosura,
De paz y de ventura,
Léjos de gaces, de vapor, de imprenta,
De la fotografía y de otros tantos,
Fonógrafos y crómos y adelantos,
Que nunca entraron de la vida en cuenta,
Pues que nunca tuvieron en sus ratos
Felices, menesteres ni retratos,
Ni del álbum ideas les vinieron,
Ni dentro retratadas se metieron.

LCI

Ni al traves contemplaron de sus prismas
Que tuviesen triquina los jamones;
Ni tampoco que el hambre ocasionara
Las subitáneas muertes de aneurismas;
Ni el susto las orgánicas lesiones,
Ni que se viese, como cosa rara,
Asomarse á la cara
Del jóven que comienza
A vivir, la vergüenza
De haber faltado á su deber, dejando
Como loro en estaca, á más de siete,

Sin pagar ni siquiera al alcahuete,
Honra y dineros á la vez robando.
Ni al través de sus prismas se ofrecia
Nada del todo que se ofrece hoi dia.....:
Que si tal se mirara, de repente
Muerto se hubiera del pesar la gente.

XCII

Cómo hubieran las viejas y las niñas
De aquellos tiempos con razon llorado,
Si hubieran, de antemano, nuestras modas
Visto de dobles faldas y basquiñas;
Y por detrás el camison atado,
Y polvos tantos ! y, las frentes todas,
Marchitas con las podas
Insensatas de vellos,
Y espléndidos cabellos,
Mostrando como burras sus pollinas !
Si hubieran de antemano tanto visto
De modas anteriores. ¡Santo Cristo!
En sentido contrario, crinolinas
Y cosas de los gustos mas modernos,
Capaces de llevar á los infiernos
Al hombre más tranquilo y apocado
Por meros pensamientos del pecado!

XCIII

Tal de Colon en el jardin la gente,
Feliz pasaba á su sabor la vida,
Durante una centuria, sin temores
Del diablo que viniera de repente
Del ángel á anunciarles la caida.
Tranquilos eran del jardin señores,
Gozando de sus flores
Y frutos no vedados,
Distantes de cuidados,
Cabe la fuente al murmurar sabroso
En plácido verjel ó bosque umbrío,
O junto al ancho y cristalino rio.
Bajo la sombra del saman frondoso
Felices respiraban, como dueños,
Los céfiros sensibles y halagüeños,
Que, susurrando en las tranquilas horas,
Correr hacen las aguas más sonoras.

XCIV

Como entre breñas, cristalinas linfas
En plácida floresta ó bosque umbrío,
Do canta sus amores filomena;
O como formas y silvestres ninfas

Que rienda libremente á su albedrío
Dan al placer en juventud serena;
Así dulce y amena,
La vida regalada
En su feliz morada,
Pasaba en paz la venturosa gente,
Siempre en la edad de la primera infancia,
Sin saber que de males la ignorancia
Es de los bienes el primer agente;
Del siglo diez y nueve no sabian
Cuántos vapores resultar debian;
Tres caracoles se les dió, sin duda,
De cuanto pan y toros hoi se suda.

XCV

Mas ai! que de la flores la existencia
Tan breve, como efímero el perfume,
Porque en las hojas al caer marchitas,
Pierde en las áuras su vital esencia;
Ni el ángel de las flores lo presume,
Cuando al besarlas en la tarde, escritas
Palabras favoritas
De amor deja en sus rojas
Y delicadas hojas,
Su beso al estampar largo y ferviente,
La vida en vano devolver procura,

Que pierde de su aurora la frescura
De remontado sol al rayo ardiente.
¡Pasaron esos tiempos venturosos,
Y acaso otros en glorias más grandiosos,
Vendrian á reparar pérdida tanta
Con los progresos que la voz decanta!

XCVI

Un tiempo fué que en natural regazo,
Pasó como el meteoro por el cielo:
De amor, breve caricia y de ventura,
Que de una madre delirante abrazo
Que al separarse con dolor del suelo,
Por leyes del destino se apresura,
En llanto y amargura
A darlo en despedida
Para la eterna vida;
Y en postrimer adios que agobia el alma
En páginas ocultas, larga historia
Quedó á los hijos, cuya excelsa gloria
De triunfos y dolores en la palma
Sabran enaltecer otros varones,
Y pueblos y renacientes y naciones,
Convertirán en los futuros años,
En bienes del progreso, tantos años.

XCVII

Hoi canto sus amables primaveras,
Mas ai! que los matices de sus flores,
Pálidas llegan al laud del bardo,
Que en vano remontarse á las esferas
Aspira, de la dicha y los amores.
Sobre las cuerdas el pulsar bastardo,
Frágil el plectro y tardo,
Desmaya con sorpresa
Al ver que la árdua empresa,
Desmiente la excursion del atrevido
Que intenta despertar al que durmiendo,
Pasa del sueño al ataud tremendo,
Llevado por el ángel del olvido;
Allí se han de quedar! en paz descansen!
Los años del vivir vayan ó avancen,
Y siga el mundo en su girar constante,
Llevando vida y muerte hácia adelante!

XCVIII

Al sol radiante de la patria historia,
Despertaré del sueño á los cantores,
Cabe el ciprés de la cercana tumba;
Y ya que el lauro de anhelada gloria,

No venga á consolar mis tristes lares,
Siquiera ántes que al hálito sucumba
Del Marte que retumba
En los inmensos átrios
De los anales patrios,
Hazañas cantaré con voz más fuerte,
De sangre, destruccion, fuego, batallas,
Coñones, estampidos de metrallas,
Y de las glorias en heróica muerte.
Y ántes que lance mi letal suspiro,
Humilde imploraré que en mi retiro
La patria escuche en mi postrer acento,
Un voto alzado al celestial asiento.

XCIX

Amante de esa patria, su grandeza
Vendrá tal vez á despertar la lira,
De cuyas cuerdas belicosos cantos,
Harán que olvide la gentil belleza,
Que hoi solamente ese dolor inspira
Y en aparente risa expresa llantos.
Un tiempo mis queprantos
Llegaron á tal punto,
Que risa y juego juntos,
Abandonando cantaré tan sólo,
La gloria de los ínclitos Alcídes

Que en mil combates y sangrientas lides,
Fama alcanzaron que de polo á polo
Oir la trompa retumbante deja;
Uu tiempo abandonando llanto y queja,
Y de las penas el amargo acíbar,
Los hechos cantaré del gran Bolívar.

.....
.....
.....

C

.....
.....
.....

Sin penas ni zozobra hasta la muerte,
Que de tanto gozar era el descanso,
Cómo pasaran la sabrosa vida,
Oh dulces tiempos! envidiable suerte.
Aquel dorado sueño, dulce y manso;
De un cielo al otro cielo fué partido,
En flores adormido;
Mas ai! que por desgracia
De aquella aristocracia
Para infortunio de sus altos nombres,
Aconteció que al fabricar el mundo

La Providencia con saber profundo,
Propúsose formar entre otros hombres,
Una raza de séres semi-galgos,
Que hiciese oposicion á los hidalgos,
Cuya sangre formó, dice la gente,
Segun mil traducciones. lo siguiente:

CI

Cuenta la historia del primer estrago
De nuestra carne que al hacer el censo,
De los mortales, el Creador dispuso,
(Acaso en nuestro Eden) cavar un lago
De líquido candor, hondo y extenso;
Que al rudimento de Colon propuso,
Que no en motin confuso,
Sino con regla y arte,
En él, parte por parte,
Baño tomasen los futuros hombres
Entrando unos tras otros, de manera
Que cuando limpia una porcion saliera,
Entrase otro despues, yendo por nombres.
Vinieron elegidos y encontraron
El agua en que primeros se bañaron
En toda su abundancia y su pureza,
Formándose éstos *primos* su nobleza.

CII

Oh Dios, cuánto lucian los primeros
Que del lago las aguas extrenaron!
Lindos salieron de las ondas puras!
Qué damas! qué valor de caballeros,
El blanco de azucena que sacaron
Teñido con azul les dió figuras
De tales hermosuras,
De troncos y ramajes
Que de ellas los linajes,
O frutos de familias en la tierra,
Debieron resultar, ó aquella gente
A cuya sangre necesariamente,
Debe la luna cuanto seno encierra,
Lá encantada redoma que volando
Para volverlo al furibundo Orlando,
En busca fué por el etéreo golfo
En su hipogrifo el paladin Astolfo.

CIII

Llegaron los segundos como gatos
Con tímidos temblores por el frio
Del agua casi impura do salieron
Los blancos (ya de orilla) y los *jipatos*,

Que forman el mediocre señorío.
Tras éstos los terceros se metieron
Al lago, que pusieron
Las *patas amarillas*
A las mil maravillas;
Tan lívido, revuelto y azotado
Que la banda tercera casi sucia,
Salió medio mojada, pero rucia,
Con cuerpo entre amarillo y colorado.
Pardos, indios, pecosos y mestizos,
De dudosos colores y pajizos,
Dejando esta porcion al retirarse
Mui poco del licor donde bañarse.

CIV

Entró la cuarta en el escaso baño,
Ya casi no encontró lo suficiente
Del agua, aunque revuelto, en que pulirse
Del negro sucio el importuno daño:
El charco apénas remojó á la gente,
Tuvieron, por lo tanto, que salirse
Y descontentos irse,
Con cuerpo medio inmundo
Renegando del mundo,
La suerte desigual y malos ratos.
De aquestos procedieran ditirambos,

De *lambe lanzas* y atezados zambos,
Tumusas, chicharrones y mulatos
Con melenas alzadas en cogote
De palo y enemigas del bigote,
Ancho cuadril encaramado al viento,
Y otras figuras que refiere el cuento.

CV

La quinta vino; se metió en el lago
Que ya tocaba á la escasez completa.
Apénas encontraron en el lodo
Para lavarse la mitad de un trago....
Y se quedaron con tamaña jeta!
Sólo encontrando de lavarse un modo,
Y fué sacar de todo
Lo que pudo encontrarse,
Con qué medio mojarse
Las palmas de las manos y talones,
Unica parte que sacar pudieron
Blanca del cuerpo que á limpiar pusieron
Del Africa los tétricos varones,
Que son, los infelices! de aquel baño
Los que sufrieron lo peor del daño,
Pues son de tantos pueblos el postrero
Que vino al milagroso lavadero.

CVI

Algunos, de la historia referida,
Se niegan á sellar el fundamento;
Diciendo con la fe de la escritura,
Que de razas fué causa conocida
Aquel original procedimiento,
Del alto Sér cuando la sangre impura
Del plebeyo ó la oscura
Del negro fabricara,
Y dicen que igualara
En ésto su destreza á la que puso,
Cuando la sangre de los nobles hijos
Sácó de los sublimes amasijos,
Que ya dijimos en el canto suso,
Y cuyos elementos explosivos
Veremos en los cuentos sucesivos,
Si mis lectores con atento oido,
Escuchan otro cuento conocido.

CVII

En el principio, cuando Dios el mundo,
El sol, luna y estrellas fabricaba,

Buscando el equilibrio al firmamento,
Halló con su saber, alto y profundo,
Que aún en lo creado le faltaba
De humana oposicion un elemento.
De antagonismo exento
El mundo, su equilibrio
Perdiera y el ludibrio
A ser entre sus ámbitos vendria
Si todo fuese igual, y todo uno,
Monótono, homogéneo y de consuno,
Todo fastidio y languidez seria,
Y la naturaleza en bata y gorra,
Dormida y bostezando con modorra,
No fuera á la verdad, naturaleza,
Sino del tédio maternal pereza.

CVIII

Así, dijo el Señor, no me parece
Que deben las futuras muchedumbres
De Adan y Eva conservar pellejos.
Ridículo será, si el mundo crece
De primos y parientes, en costumbres
Y en modos de pensar siempre en sus viejos
Atrazos de cangrejos.

El elemento doble
De plebeyo y de noble,
De blanco y negro, de amarillo, rucio,
De zambo, cuarteron, indio, jipato,
Tente en el aire y salto atrás, mulato,
Allá debe salir. En limpio y sucio
La colcha de retazos primorosa
Ha de salir para variar la cosa:
No es bueno y justo que la especie crezca
Y en una sola raza permanezca.

CIX

Así como la sangre de azulillo
Hago de forma, calidad y modo,
Que á tronos y coronas aproveche;
Tambien de antagonismo y batorrillo
Quiero dos partes agregar al todo;
Y quiero componer nuevo escabeche,
Y del café con leche
O la mixtura humana
Hacer una tisana,
Que dé á los cuerpos en la edad futura
Allá por esa América latina,
(Que habrá de ser como la flor de espina

Tan bella como cruel en picadura),
El tino más perfecto de belleza;
Pues en la variedad, naturaleza,
Hace no sólo consistir el gusto,
Sino en útil tambien lo bello y justo.

CX

Fabriquemos por tanto de morralla,
Del *inutile vulgus* ó plebeyo
(Que pueblo bajo llamará el altivo),
Tal sangre que pudiera como falla
Pasar en la del asno de Apuleyo.
Hagamos desde el mundo primitivo
Un pueblo que cautivo
Cual otros en la tierra,
Hará en la paz la guerra,
Al ímprobo destino que inhumano
Tendrá, por mis decretos, en cadenas
Más que, al ejemplo que dará el de Aténas,
Venciendo con sus artes al romano,
Habrá de convertir en lo futuro
Con luces y bondad, claro y oscuro;
Así dijo el Señor, y sabiamente,
Formó al plebeyo del barril siguiente:

CXI

Con íntimo proposito el Eterno,
Tomó lívido hollin caliginoso,
Que inunda el macilento peristilo,
Por do se pasa al insondable infierno,
Y con la baba del mastin rabioso
Y lágrimas de falso cocodrilo,
Formó espumante quilo
De que sacó al momento
Pestífero fermento,
De emplasto en dividivi y pus de moro,
Y remojando el zabañon *cosquite*,
De zapo, gavilan y *mapurite*,
Con bosta seca lo batió de toro,
Que al márgen pasta del estigio lago,
Y orines bebe del tartáreo endriago,
Y con la cola de Astaroc batido
Fué de Satan en la sarten metido.

CXII

De esfinje y leviatan extracta sebo,
Y el lívido veneno que vomita,

De Lerna la hidra ó culebron rabioso
Y los mezcló con empollado huevo,
De escuálido Piton hermafrodita;
La grasa de una arpía glutinosa
Y musilaginosa,
Vertió en el negro fondo
Del calderon hediondo,
Do cuece Satanás pasto nefando,
Y allí todo lo estuvo revolviendo
Hasta cambiar el majarete horrendo,
En dura condicion de añil infando;
Lo puso en calaveras de infusorios,
Y luégo, con viciosos accesorios
Sacados del estiércol de vestiglos,
Lo puso á destilar seiscientos siglos.

CXIII

De engrudo de alacran, cerdas de arpía
Y cuero de insensible salamandra,
Con estomaticon de can rabioso,
Al cántico de aquellas profesías
Con que al Troyano la infeliz Casandra
Duelo anunciaba y cataclismo odioso,
Y al eco tenebroso
Que Astolfo con su cacho

Dió al reino marimacho;
Compuso una diabólica tisana,
Siempre entonando el horroroso canto,
Y la amasó con el licor del llanto
De cocodrilo y de infernal higuana,
Rancios orines que del can cervero
Guardaba en su morral Caron barquero,
Filtró junto con hórrida sicuta
Y la saliva que Satan esputa.

CXIV

Del báratro hasta el fondo del abismo,
Que hierve dentro el Orco tenebroso
Do zumba cual vorágine en embudo,
El hórrido y tartáreo comunismo
Desciende el soberano poderoso
Unico sér que penetrarlo pudo,
Y el pestilente embudo
De lívidas materias,
Tomó de las miserias
Que allí depone la furente raza,
La cual con las centurias se convierte

De larva sepulcral en bosta inerte,
De pútrido fermentó de babaza;
De pasta en otra pasta va pasando
Y de escurrimbre ó manantial formando
Burba de emplasto convertido en suero,
Para teger de la canalla el cuero.

.....
.....
.....

CXV

.....
.....
.....

El lívido corambre ya dispuesto
Por la divina y prepotente mano,
Quedó, luengas edades, en remojo
De Satanás en el curtido tiesto.
Entónces el celeste Soberano,
Tomando aquel elíxir negri-rojo,
A su divino antojo
Formó la ruda estatua,
Que á la altanera y fátua

Hiciese oposicion en este mundo,
Y dijo: *fiat vulgus* (pueblo bajo)
Y viva sin dinero y con trabajo;
E in continenti, con pensar profundo,
Va-t-en, dijo, *cochon*, marcha en la tierra,
Cual *carne de cañon* para la guerra,
Y cuando tu señor quiera dinero,
Disponga de tu sangre y de tu cuero.

CXVI

Paciencia, y barajar! Sigue sufriendo!
Que unos trabajan para que otros gocen,
Y por un pecador pagan cien justos.
El mundo girará, siempre volviendo
Los polvos de esos lodos que conocen,
Los que de ellos saldrán bellos arbustos,
Que á medidas de gustos
Con el *ego te absolvo*
Se elevarán del polvo.
Paciencia, que el reves de la medalla,
Derechos doblegando de la gente
Unas veces de espalda, otras de frente,
Irá como de juego en la batalla
Oyendo palinodias del anverso,

Y cuando vuelvas al feliz reverso,
Acuérdate que el mundo en lo futuro
Irá siempre de claros en oscuro.

CXVII

La mona, un tiempo, el cinturon que alegra,
Ha de ponerse sin quedarse mona,
Y en seda y tafetan ha de vestirse;
Lo cual sucederá cuando la negra
Se ponga poco á poco respondona,
Y al favor de Saturno llegue á unirse
Al mismo que reirse
De sus gestos solia
Cuando mona existia;
Y puesto que mi ciencia ha descubierto,
Que el hombre, aunque de noble en el abono
Desciende, nada ménos que del mono,
Vendrá el derecho con razon ó tuerto.
Con mi lei del talion en consonancia,
A dar á los filósofos ganancia
Con el descubrimiento de la nueva,
Dá que todos salis de Adan y Eva.

.....
.....
.....

CXVIII

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Mortales, no lloreis! aunque canallas
La cruz, un dia, os llevará al destino
Que de la humanidad es perfecciones.
Millares de combates y batallas
Dareis de la verdad en el camino.
Siguiendo tras la voz de las razones
El Cristo sus perdones
Os dará en el Calvario,
Que en sacro itinerario,
O de la gloria en la escabrosa senda,
Llevando el Evangelio por delante,
Elevareis en el altar triunfante;
Donde de Dios en el temor se encienda
De patria y libertad el sacro fuego;
Donde entre dicha y perfecciones luégo
Con lazos ceñirá, nobles y humanos
A todos los mortales como hermanos.

CXIX

Dijo el Señor, y á la plebeya banda,
En ese melancólico desierto
De abrojos lleno, que se llama vida,
Ardua labor á comenzar le manda.
Estúpida y humilde, al hado incierto
Por senda fatigosa y dolorida,
Sin luz en la partida
Comienza el largo viaje
De penas y de ultraje.
Andando sin cesar, eternamente
En busca de *comunas* como norma,
De humanas sociedades en reforma,
Do quier vereis á la plebeya gente.
De orígen africano ó de latino,
De bárbaro ó cáucaso en el camino
Veréisla ya bajando ya subiendo,
Y siempre sin cesar yendo y viniendo.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

CXX

.....
.....
.....

Tal siendo el elemento primitivo
Del mono humano, ó de plebeya gente,
De toda sociedad habitadora,
Tener no debe el narrador motivo
De admiracion, ni de elevar la mente
Al gérmen y á la causa donde mora
Esa aguachirle autora
Del génio y la figura,
Que hasta la sepultura
Diera á Memnon, á Bug-Halgar y á Otelo.
De extraño nada tiene ó peregrino,
Que la patria natal de Juan Latino
Al mundo de Colon diese el modelo,
De barro primordial que fué el orígen
Y *virus* de los males que le aflijen.
De aquí que los filósofos de tono,
Ya nos hicieron descender del mono.

CXXI

Del hombre primitivo nos vinieron,
(Y digámos de Adan) mil cataduras.
Cual chato, cual pelon, cual estevado,
Cual con orejas que jamás se vieron.
Los unos presentaban las figuras
De frailes, con el gesto encapotado
Del tuqueque agachado,
Del zorro ó la lechuza
Sin pelo ó con peluza;
Los otros con intentos de conejos
Excepto que con hambre eran panzudos,
Y varios sin nariz ó narigudos,
Los más eran lagartos y cotejos,
Los ménos sin astucia, pero zorros
Gorilas, capuchinos y con gorros,
Andaban sin cordones, capuchinos,
Nobleza natural sin pergaminos.

CXXII

La turba de su fuente se encamina,
A nuestras sociedades por sendero,

Que al fin descubre la linterna oscura,
Cual la falanje de la vieja Alcina,
Que opuesta á los intentos de Rujero
Al paso vino con audaz locura,
Así, como basura
De prístinos desiertos
A los modernos puertos
Llegando fué la heterogénea escoria,
Y vino, y fué llegando, y poco á poco
Redujo al cuerdo á condicion de loco,
Buscándole sus juicios á la historia,
Y vino como banda de langostas
De la justicia en tribunal, á costas,
Y daños y perjuicios condenando
Al juez, amparador del contrabando.

.....
.....

CXXIII

.....
.....
.....

Conchudos basiliscos, marimondas,
Coporos, renacuajos y perezas
Con canillas al vientre como ranás.

Frentes de *topia* con las sienes hondas,
Con uñas de alfileres sin cabezas
Y colores veduzcos como higuanas;
Y vinieron marranas
Y puercos cual hormigas,
Y zapos con barrigas,
Inflados por asmáticos resuellos;
Pues varios con los lomos suspendidos
Y cogotes de toro medio hundidos,
Mostraban carecer hasta de cuellos,
Cuál iba con la barba en las rodillas,
Cuál calvo y hasta el pecho las patillas;
Quién mocho, quién marica hermafrodita,
Y quién como de mómia troglodita.

CXXIV

Como en noche de luna caminando,
Por solitario monte ó selva umbrosa,
A solas el errante peregrino,
Que á vueltas y revueltas va admirando
De espectros la apariencia pavorosa;
Y van plantas y arbustos del camino,
Poniendo de contino
A su ilusion los dramas

De extraños panoramas,
Y ya en los resplandores de la luna
O en lo intrincado de la selva yendo,
Sigue en lo oscuro y en lo claro viendo
Fantasmas y visiones una á una;
Pues ya se le figura al caminante
Ver con tropa elevada al elefante,
Ya topa de repente con dragones,
Panteras, calamares y pitones.

CXXV

Y cuando se detiene ó va lijero,
Sombras observa de espantajo ó bulto,
Que van de trecho en trecho presentando
Aspecto de mastin, de cancerbero,
De maionita ó ermitaño inculto
Que parece acercarse caminando;
Mas se trasforma cuando
A bocas del objeto
Ya ve que es parapeto
De musgo, ramazones ó follaje
Que al dulce resplandor de clara luna

Formaban, ilusion sin duda alguna,
De espectros, al viajero en su paraje,
Y vánse transformando mil escenas
De extraños pandemonios en cadenas,
Y mundo bacanal en claro oscuro
Que al tímido vagar pone en apuro.

CXXVI

Tan ruda aparecer debió á los ojos
De la filosofía aquella turba,
Que Dios, con insondable Providencia
Firmó, cual lo dijimos, con despojos
Da aquel antagonismo que perturba
De derecho divino la alta ciencia,
Que pone la conciencia
Del noble y del soberbio
Como dice el provervio:
A fuerza de razones *colorada*.
Mal debió parecer, me lo imagino,
Al oro de la cuna y pergamino
Aquella medio-irónica cruzada;
Tal debió parecerlo al genio altivo,
Que mira su Pactolo primitivo

Allá donde el Tonante la alta esfera
Conmueve al sacudir la cabellera.

CXXVII

Cual planta cimarrona despreciada,
Aquella emigracion salió del suelo,
Imágen de la plaga en el Oriente.
Con sávia, aunque del ábrego azotada,
Llenó, como el selvático ciruelo
Los campos del moderno continente,
De Céuta descendiente,
De Canaria ó Guinea
Cerró....[cándida oblea!]
La carta, sin razones de justicia,
Que pronto, al entregarla, con sorpresa
Le dice, respondiendo, que la presa
Será de servidumbre y de malicia;
Mas, ai! vuelta la negra respondona,
Lanzó de su martirio la corona,
Y exclamando feliz: no más escoria!
Las palmas empuñó de la victoria.

.....
.....
.....

CXXVIII

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Pues luégo que los tiempos y las cosas
¡Oh fuerzas de la fiel naturaleza!
Tomaron el poder de la costumbre,
El oro y las confianzas peligrosas
Que suelen rebajar á la grandeza,
Se dieron con asombro pesadumbre,
Con propia servidumbre.
Sacando la uña el gato
Al fin tocó á rebato,
Pues luégo el San Benito inquisitorio
Dejando á Torquemada en disciplina,
Dejó su pasaporte en la cocina,
Y vino de viajero al dormitorio
Y entónces, santo cielo, qué tramoya!
Aquí murió Sanson! aquí fué Troya!
Pábilo y cera desde aquel momento
Volviése de la pascua el nacimiento.

CXXIX

El campo de Agramante en Babilonia,
Dará de aquella torre la pintura,
La esclusa al levantar de la corriente
Al agua tan *florida* en la colonia,
Uniόse de la cloaca á la basura;
Sin tapa el garrafon brotó el fermento,
Y desde aquel momento
De almizcle roto el frasco
Quitó del muerto el asco.
El perspicaz y observador condoro
Se unió sin vista á la gallina ciega;
Alcanza el morrocoi, que nunca llega,
A la novilla que abandona al toro,
El zapo á la sirena melodiosa,
El gallo petulante á la raposa,
Y la paloma, de candor tan puro,
Al tétrico y pestífero zamuro.

CXXX

Maravillas del tiempo y del pecado!
Et erunt duo in una carne, dijo

El sublime Arquítecto de los hombres,
Así la carne, con la carne, ha dado
Puesta en dual por unidad un hijo,
[O dos ó tres] que con diversos nombres.
O prestados pronombres,
Se han ido prolongando
Así.... como jugando
De padres á biznietos, que á su turno
Fueron, no lo extrañeis, los bisabuelos,
Que en el latino como en otros suelos,
Merced á los olvidos de Saturno,
Se fueron presentando, de manera,
Que la misma natura lavandera,
Nada hubiera notado de amarillo
Entre tanto almidon con azulillo.

CXXXI

Primero uno con otro, y en seguídas
Varios con muchos y despues docenas,
Con miles hasta el cuento de millones.
El roce en las entradas y salidas,
Cual suele suceder en las colmenas,
Fué causa de que á fuerza de empujones

Los zánganos peltrones
Con la fuerza que empuja
El ojo de la aguja,
Pasar lograsen, y despues con ellos,
Salvándose ademas diablos por ricos!
Pasaron rocinantes y borricos,
Y pasaron, al fin, hasta camellos
El ojo por el paso al cabo roto
Y la aguja tambien, qué terremoto!
¿Quién del árbol caído no hace leña,
Y al moro muerto de lancear desdeña?

CXXXII

Dejó á su estirpe el ruiseñor, y vino
Con dulce canto á requebrar la pata;
La cierva con el can formó pareja,
Y á Zapaquilda, cual amante indino
Dejando Misifut, buscó otra gata,
Por quien se vió deudor hasta la oreja.
Dejó por la corneja
El can á las cotorras;

Y uniéronse á las zorras,
Con lite escandaloso, los condoros,
Las tórtolas con asnos y camellos,
Y las cigüeñas de estirados cuellos
Formaron contubernio con los loros.
Las clases numerosas y prolijas
De insectos y peludas sabandijas,
Buscando entre las flores de los prados
Cocuyos de corazas y esmaltados.

CXXXIII

El zapo al caracol, á la culebra
La lívida lombriz hija del lodo,
Se unieron al salir de su guarida;
La mansa oveja y la violenta cebra,
Buscando van con ingenioso modo
El verse pronto en diferente vida,
De aquella conocida
Hasta entónces del gremio
Que nunca obtuvo premio
El lento *morrocoi* viendo su atraso,
Honores no alcanzando en su carrera,
Buscó con la tortuga más lijera,

El fácil medio de alargar el paso,
Con cuyo ejemplo estimulando el gusto,
Desecharon los tímidos el susto,
Cual la avutarda de Tomas Iriarte
Sus crías mejorando con el arte.

CXXXIV

Moluscos, hipopótamos, cetáceos,
Caimanes y conchudos basiliscos,
Se unieron á su vez, no á las ballenas,
Ni á pulpos, calamares y crustáceos,
Ni á tantos tiburones y mariscos,
Ni tampoco delfines con sirenas,
Que al fin son razas buenas;
Sino en sentido inverso,
Al reves y reverso,
Por un impulso natural llevados,
Los géneros del todo divididos
Se vieron en tropel y confundidos,
Cuadrúpedos con aves y pescados,
Con débiles terrestres sabandijas:
Tuqueques, camaleones, lagartijas,
Matos, cotejos, canilludas ranas,
Lombrices del lagar, zapos é higuanas.

CXXXV

Bellos airones de elegante pluma,
Y patos de elegancia en el plumaje,
Tuvieron con marranas sus amores,
De cuya fácil y abundante espuma
Alzada insólito brevaje,
Brotaron con el fuego los hervores
De ramos y de flores
Que en colcha peregrina
De retazos camina,
Dorados lechos del señor cubriendo;
Así el vencido griego alzó la mano
Con que á su turno dominó al romano,
Su dulce yugo al vencedor poniendo.
Por lana fué el pastor, y trasquilado
Vino al redil donde perdió el ganado,
Vidi servos in equos.... y señores
De sus siervos antiguos servidores.....

CXXXVI

De allí se originaron carrasposos,
Que con el tiempo se pusieron lisos,

Y tusos que despues de enmelenados
Peinaron sus cabellos abundosos,
Envidia de Absalones y Narcisos:
Medoros que de Angélicas amados,
Los vemos transfarmados
De gusanos peludos,
Bubosos y desnudos,
En nítidas crisálidas y hermosas,
De donde, tras un sueño de pereza
La vida rebosando y en presteza,
Salieron esmaltadas mariposas,
Alados cupidillos, que volando,
Humo de paja en las narices dando,
Le dan al ángel que volaba solo,
Casi del austro hasta el opuesto polo.

CXXXVII

Y al mismo tiempo en natural contraste,
Se vieron en diversas ocasiones
Pasando del principio á los extremos
Y consumándose el social engaste,
Dulces gacelas con feroces leones,
Las ninfas del jardin con Polifemos,
Y sátiros blasfemos;
Los gansos con gallinas,

Corceles con pollinas,
Y el águila caudal con tucucitos,
El mirlo y el airon con las lechuzas,
Y cisnes, y podencos, y gamuzas,
Unas veces con canto, otras con gritos;
Disgustos, alegrías y carreras,
O llantos de unas y otras pajareras.
Llegando la invasion del zafarrancho
Desde el palacio hasta el humilde rancho.

CXXXVIII

Y cuál vinieron otros, Santo Cristo!
Qué pelo, qué patillas, qué bigotes,
Qué cútis y color! No lo creyera
Quien no lo hubiera con sus ojos visto.
De la antigua escritura de *palotes*,
De la pasada firma en la cartera
No les quedó siquiera
El crédito del amo
Traficante del ramo;
Cumplida fué la bancarrota ó quiebra.
Del antiguo comercio en factoría,
Vino, aunque tarde, tras la noche el dia,

Mudando concha la sagaz culebra
Y el cuervo de sus plumas despojado,
Vistieron el ropaje que dejado
Fué del fénix difunto en áureo lecho,
De fénix sucesores en provecho.

CXXXIX

Oh, cuánta bella Angélica y divina,
Cuánto melífluo, angelical Medoro,
Y cuánta valerosa Bradamante,
Con polvos de la madre Celestina,
O por encantamentos, con que al moro
Ruger, quisiera libertar Atlante!
Cuánta Elena tunante
Por quien Ilion entera
Arder tambien pudiera,
Fueron en otro tiempo (y no de Troya,
Sino casi de ayer por la mañana),
No potes de azucenas en ventana,
Sino tela nacida en claraboya!
Mas hoi por justo cambio de la suerte,
Que saca nueva vida de la muerte,
Dejando la hoja seca por el suelo,
Extiende sus pimpollos hácia el cielo.

CXL

Y luégo, [ya se ve] los *cuarterones*
Que de imprudente *salto-atrás* salieron,
Van como el oro de explotada mina
A dar nuevo doblez á los faldones
Del manto que á la madre le pusieron
Los hijos de la América latina.
Y al lado va la fina
Mezcolanza adelante
Que, como el de Alicante
Turron, por lo variado, tan sabroso,
Se ve del bello sexo en nuestros dias.
Oh madre del amor! cuánto querrías
El nuestro, el más hermoso
De todos tus jardines, si no fuera
Por el que ya creciendo á la carrera
Se asoma al horizonte del futuro,
Rico de flores y de ambiente puro.

CXLI

Y luégo el barbi-rubio colorado,
A quien (no lo extrañeis) tres caracoles

Le dan, porque se mira á lo tudesco,
Pues sabe que es *melcocha* de melado
Que luégo que salió de los peroles
A fuerza de batirse al viento fresco,
Cambia el color grotesco
De negro ó amarillo,
En aquel que el carrillo
Ostenta como flor de caramelo
O dulce de melindres y suspiros.
La *cati-rucia* que en la frente giros
Y roscas llena de encrespado pelo,
El diente encaramado entre el bombudo
Y remangado labio tocinudo,
Y blanco de color medio pajizo
Y pelo entre plutónico y chamizo.

CXLII

Por tanto en la española pajarera
Qué mezcla y confusion de Babilonia!
El rubio, el colorado, el imprudente
E intempestivo *Salto-atrás* que fuera
Al sol de aristocrática colonia,
Nube fatal de esclarecida gente,
Cuando aquel de repente

Cuál por *razon de gusto*
Llegaba á dar el susto;
El indio [ya se vé!] que cuando niño
Sacó en la rabadilla sospechosa,
Oscura mancha, ó parecida cosa;
Y el zambo [ya se ve] barbi-lampiño,
Que fué cuando muchacho como un coco,
Y luégo, y con el tiempo, y poco á poco,
Y á fuerza de arreboles se compuso
Tal cual lo pasa ó lo traspasa el uso.

CXLIII

Ya la gente de tono encopetada
Que a duras penas el hogar abria
Al fúlgido blason de la tizona,
Diόse pronto á la hez desentonada
Que apénas en sus ínfulas tenia
La gloria de que el pópulo blasona,
De haber cetro y corona
De aquella madre España
Con su parte de hazaña,
Contribuido á poner en menoscabo;
Y viόse en nuestra heróica Venezuela,
Siguiendo la justicia de su escuela,

Al amo deponer ante el esclavo
De injusta servidumbre el cruel azote,
Y al ántes caballero, aunque Quijote,
Darle la mano como buen amigo
Y ser de su igualdad noble testigo.

CXLIV

El título de Don se dió al principio
De España á las grandezas de la corte,
Al noble gentil hombre ó fijo-dalgo
De casa solariega en municipio
Dióse en seguidas al que tuvo porte
O de cristiano viejo, ó bien de hidalgo,
O de valor por algo
De nobleza y decoro,
Con tal que ni de moro,
Ni de negro la sangre le corriera,
Sino limpia, sin mancha, clara, pura,
Sin mezcla, ni mezclilla, ni mixtura
De turco, ó de otras sangres cualesquiera.
Mas con el tiempo, que camina á trancos,
El título de Don, no sólo á blancos
Se dió, de *botacon* y campanilla.
Sino al blanco pulpero y al de *orilla*.

CXLV

Blanca cualquiera aunque tuviese tiña
O fuese, con talante de espantajo
La imágen de la bruja malhechora,
Siendo soltera la llamaban niña,
Y si soltera ó doncellon de cuajo,
Entónces con la voz ménos sonora
De *doña* ó de señora,
La apellidaba el vulgo
Como el sutil repulgo
Del nombre, en homenaje de lo blanco;
Mas si contaba la *catira* en clase
Y en nombre ilustre con brillante pase
De sangre pura y de pellejo franco,
[*Por los cuatro costados*], el decoro
De escrito pergamino en letras de oro,
Entónces se llamaba á la mantuana
Por señora, ademas, mísia Fulana.

CXLVI

Amo el esclavo á su Señor llamaba,
El hijo al pádre *Su Merced* decia,

O *taita*; y á la madre por respeto
De *máma* ó de *momita* la trataba;
Al señor Arzobispo [hasta en el dia]
Siendo del pueblo venerado objeto,
Se daba un alfabeto
De títulos pomposos,
Entre los más honrosos,
Y más del vulgo señoril usado,
Fué siempre el de Ilustrísima el primero,
Cuando dama llegaba ó caballero
El anillo á besarle prosternado,
Sobrentendiendo la expresion exigua
De *ñor*, usada por la plebe antigua,
O bien de Señoria, que á Su gracia
Le daba la piadosa aristocracia.

CXLVII

Al fin llegaron á llamarse *dones*
Y *doñas* muchos hombres y mujeres,
[Y nobles!] por ser hijos de Canarios
Isleños, lanzarotes infanzones,
Basura de gallegos mercaderes,
O hez de catalanes ordinarios,
Y como condes, varios
Se vieron palatinos

De burlas visoninos
Y *brosa* de la ibérica calaña
A quienes don *fulano ó prensejos*,
Llamaban por venir como de léjos,
De *mar en fuera*, ó de la madre España.
Y llamáronse don y doña ó misia
A los ántes ño Juan ó ña Dionisia....
La negra al fin se puso respondona
Y el doña y manto se caló la mona.

CXLVIII

Tambien del *doña* la mitad completa
Tomaron para darlo al femenino
Diciéndole á la negra: *ña Tomasa*,
En lugar del *señora* de etiqueta.
Mas, *ó tempora! ó mores!* cómo vino
Tan poco á poco, lo que el tiempo pasa
De moneda en la casa
Legítima á ponerse
A correr, al correrse,
De trampa engañadora el fugitivo!
El *ño* que fué del negro solamente
(Así....cual por el muerto astutamente
Se vió enterrado sin saberlo el vivo)

Oyese hoy dia en el ruidoso banco
Del obrero social, dársele al blanco,
O al noble convertido por lo pobre,
De oro brillante en orinoso cobre.

CXXXVII

Al negro... pobre negro! aunque liberto
O vástago de padre manumiso,
¿Cómo llamarlo si de nombre apénas
Fué triste poseedor en el desierto
De injusta servidumbre en que sumiso
Tan solo pronunciara en sus condenas
El nombre de cadenas?
¿Con qué título pudo
Llamarse al que desnudo
De personalidad fué solo cosa?
Al fin fué menester llamar al hombre,
Y darle, del entero, medio nombre,
De enseña, aunque vulgar, no deshonrosa;
Por tanto, no queriendo del entero
Llamarlo ni *señor ni caballero*,
Del término señor el *ño* tomaron
Con el cual á los negros se llamaron.
.....
.....

CXLII

Pasar no quiere la version por alto,
Ni deja que se olvide en el tintero
Que nuestra rancia y primitiva gente,
No á pasos de pinicos, sino á saltos
Remontarse debia al semillero
A su vez evitando inconveniente
De verse frente á frente
De inesperado insulto,
Al salirle de bulto
El muerto [como entonces se decia];
Pues fuera de sus muros, cual Albanos,
Y ya con pretenciones de Romanos
De orgullo fátuo como fuego ardia.
Cuántos andando á revolver las cunas
Atónitos hallaron importunas
Y auténticas mantillas de sabinos,
Cuando más alardeaban de latinos.

.....

CXXXVI

.....

Yo quiero confesaros que me abruma
La fuerza del deber y me atormenta

El verme por la historia precisado
Con la verdad á manejar la pluma
Y á dar exacta la vencida cuenta
Pasándola á un mayor tan atrazado,
Y como no he contado,
Acaso por miseria
De númen, en materia
De glorias y de guerra sanguinaria
En mi Venozoliada, solo quiero
Seguir, como lo dije, otro sendero;
Y debo, como historia legendaria
Decir cómo es la cosa, cómo ha sido,
Y cómo lo será, cuando vencido
Por la trasformacion el triste endriago,
Quede en feliz y provechoso estrago.

CXXXIX

Solo canto la tierra que enamora
El sol con impresiones de candela
A cuyo resplandor encandilada
La ciega libertad á tientas mora,
Modos buscando de encender la vela
Que coje entre sus garras apagada.

Las musas agobiadas.
Y de glorias repletas
Y lazos los poetas
No encuentran que cantar de tanta guerra,
Ni yo tampoco, por lo cual me inclino
Con ellos á seguir otro camino
Y ménos frecuentado en esta tierra.
Ya el númen del patriota mueve el paso
Cansado de volar hácia el Parnaso.
Que ya el heroico retintin en oda
Causa la vieja y repetida moda.

CLIII

El blanco cuando ménos lo esperaba,
Se hallaba moro viejo en nuevo mundo,
Entre mares de escollos descubierto,
Donde á oscuras tranquilo navegaba.
Entónces de su piélago profundo
En vez de hallar de salvacion el puerto,
Gritaba en el desierto
Donde no se le oia.
Tal lance acontecia
En esas etiquetas de ocasiones

En fiestas de familias, en que el lujo
Propio de gente de elevado influjo
Paréntesis de claras excepciones,
Se hacian con ensanches oficiales
Aparte de los casos generales,
Dando al salon del ambigú la entrada
A gente de alto tono....ó entonada.

CLIV

Entónces á la ley de la etiqueta
Y de alta calidad al compromiso
Debia sucumbirse sin remedio;
Forzoso era quitarse la careta,
Excluir al más amigo era preciso
Y á la fiel amistad echar del medio,
Y poniéndole asedio
Con descaro ó con arte
Gritar: por hoy, aparte!
Allí triunfaba la verdad humana
Cuya fuerza destruye hasta el derecho
Que vienen reclamando desde el lecho
El parentezco y la amistad temprana;
Allí se le ofrece en sacrificio
Al tono señoril, el beneficio

Del alma, el corazon, el intelecto
La gratitud y hasta el amor perfecto.

CLV

Pasaronse los tiempos y las cosas.
O fuerzas de la fiel naturaleza !
La ley rindió tributo á la costumbre
El roze, las confianzas peligrosas
Que suelen sorprender á la grandeza
Llegaron á causarle pesadumbre
Con propia servidumbre.
El gato, al fin, las uñas
Sacó de las pezuñas;
Pues ese ser estólido, irrisorio,
Digno apénas del yugo y disciplina,
Poco á poco saliendo de cocina,
Pasó de la cocina al dormitorio
Cual ya dijimos, sin astucia el gato
Sacó las uñas y toco á rebato,
El noble le miró riendo de veras
Y en muchas defregar cayó calderas

CLVI

Entónces, santo cielo, qué tramoya !
Todos jugâron la gallina ciega
Con destapados ojos á la vista,

Y sin morir Sanson, ni arderse Troya,
Como la gota que la peña ciega
Y con el tiempo cavidad conquista,
La inmaculada pista
Del misterioso alambre
Con el valor del hambre
Siguió el extraño elenco, uno tras otro
En nuevo circo de funcion, mostrando
Que la naturaleza iba domando
En la carrera, el corcovear del potro,
En tanto que detrás de bastidores
Nuevos dramas tramaban los actores,
Pábilo y cera desde aquel momento
Volviósa de la cruz al nacimiento.

CLVII

De allí se originó.... decirlo debo,
Un número de razas infinito
Que el pueblo en sus archivos almacena,
Tal que mí voz del rubicundo Febo
Humilde implora convertir en grito
Si el pueblo á propalarlo me condena,
Tan larga es la cadena
Y tan variado el tono
Que descienda de el mono,
¡Si tal es el humano primitivo

Citado por filósofos modernos],
Que solo con pentámetros y ternos
Pudiera descubrir el cuadro vivo
Del escenario singular del hato
Que fué de hierro falso ó bijeato
Del mercurio ladron tan perseguido,
Que fué de su pastor desconocido.

CLVIII

Sólo pueden Babel y Babilonia
De aquella confusion dar la pintura
La esclusa al levantar de aquel asiento,
Al agua tan florida en la colonia
Uniéronse la borra y la espesura
Del frasco, y el revuelto sedimento,
Y desde aquel momento
Siguió su curso el rio
Y á su libre albedrio
Se fueron paso á paso la ceniza
Y el humo del fogon amalgamando
Con todo Mómpeles y proclamando
Sus fueros el zurron y la cotiza:
Somos, dijeron, de los mismos tonos

De Adan y Eva desendientes monos;
Los mismos ante Dios! y desiguales
Tan sólo por la enseña de los reales.

CLIX

Hubo marqueses de tumusa al lado,
Y condes feudatarios de Mesenas
Con fueros de majadas en caminos
Y casa solariega de obispado,
Con trapiche y rastrojos en Guarenas
Gozados sin derechos por divinos.
Y condes palatinos
Sin Quirinal los hubo,
Que la patria mantuvo
Cual gente de pristinas condiciones,
Fruta podrida de cortadas ramos
Siervos pasados al presente de amos
De crespos en cogotes y dientones,
Antigua *Su Merced* que para hoy dia
Entre claro y oscuro señorío,
Desecho menorable de hijos-dalgo
Que si pueden valer ó valen algo:

CLX

Es sólo porque tienen todavía
Algo de aquello que perdieron todos
Por ansia de ganar toda la tierra.
Muy poco les quedó de gerarquía
Pues casi se perdió, cuando los godos
A cuanto nombre de patriota encierra
Hicieron cruda guerra.
El resto de esa salsa
Es hoy moneda falsa
Que sólo corre en el derruido banco
Do yace derrumbado el pobre tronco
Un tiempo tan lujoso aunque tan bronco,
Hoy voz sin ton ni son en verso blanco
Y cuerpo errante sin vigor, sin nervios
Sirviendo de materia á los proverbios
Que indican al que viste telas raras
O en camisas se mete de once varas.

CLXI

Tras esta turba de barones francos
Deidades de un olimpo tan subido

Donde nunca bajaron la cabeza
Vino el concilio de los dioses blancos
De nombre sin bautismo de apellido
Mediocres en verdad por la nobleza;
Mas ya por su riqueza
O por la sangre pura,
Pues aún cerradura
Conservaba la caja de colores
Tuvieron el derecho de la gente
Con fúfulas y orgullo de decente
Que media entre las formas de pintores.
Mas ay! que sin derecho y sin dinero
Y muchos con oficio de pulpero,
Por burla, emulacion ó por rencilla
El vulgo les llamó: blancos de orilla.

CLXII

Alzóse [entre paréntesis] la clase
De blancos solidarios y españoles
Venidos en galeras desde España,
Y los que dieron al presidio base
Y fueron más zurrapa que peroles
O tela remendada por la araña;
Y fueron la calaña
De aquel color honrado

Del *hígado quemado*
Eran sin duda [y sin remedio !] blancos
Que en vez de *ños* se firmaban *dones*,
Aunque fueron su hogar y sus blasones
La cárcel, los grilletes y los bancos,
Juzgaba el pueblo por servil manía
Ser de España, no mas, lo que valía
Pues por costumbre y por desprecio *criollo*
Llamaba lo mediano ó de *cogollo*.

CLXIII

Por Santa Rosalía ó por rincones
De casas viejas ó de poco importe,
Por ser de tiendas y mohosos muros,
Moraban olvidados blancuzcones
De anbigua facha y negligente porte
Que por sus pergaminos inseguros
Brillaban como oscuros
Y pobres descendientes
De pobladoras gentes.
Numerábanse en estos los *gipatos*,

Lores del vulgo ó populares *sires*,
A quienes, con el nombre de catires
Huevos pecosos (cuando son de patos),
Y por que se tachaban de patanes,
Los chicos, verduleras y rufianes
Llamaban, en venganza de rencillas,
No blancos, sino *patas amarillas*.

CLXIV

Andando el tiempo con tendido vuelo
O de marmota con doliente paso,
[Que poco importa al suceder del dia
Y noches en la tierra y en el cielo,
Con tal que llegue á su final el caso
Que de historia presente la armonía
Con gran filosofía].
Corriendo, pues, Saturno
Gritando ó taciturno
El noble Marramáquis, como digo,
Siguiendo paso á paso su carrera
Cayó para fregarse en la caldera

Que tanta pulcritud llevó consigo,
Y lo que sucedió....bien lo comprende
Quien tras la historia su camino tiende;
Y, cause admiracion, placer ó espanto,
Será el asunto materia del siguiente canto.

A MARGARITA.

[FRAGMENTOS]

—

Hay una heróica, memorable tierra,
De cuyo nombre la parlera fama
Tiene en el tiempo de la gloria escrita,
Con caractéres de encendida llama,
Olímpica alabanza en ardua guerra.
Del ponto rodeada, la visita
Neptuno con caricas halagüeño,
Que enamorado dueño
Aplaca al rededor las bravas olas
Que en estendidas plumas
O flamulas de cándidas espumas
Cual ciñen á los ángelas aureolas
Su cerco de esmeralda van ornando,
De la tierra vecina
Le llegan cefirillos halagando
Y del tunante mar vientos serenos
La inundan de frescura,
Y en sus fértiles senos
Templan el llano y la elevada altura
Donde dejan su huella.

Cual Vénus citerea dulce y bella
Salió sobre su concha nacarada
De la extensa llanura.
De perlas y corales circundada.
Del mar surjió su mole
De cuyo ardiente seno, denodada
Vino gallarda la titánea prole
De fuertes y perínclitos varones
Que dieron con blasones
De eterna gloria y sin igual hazaña
Nombre á la patria y sinsabor á España.

¿Y cuál es esa tierra
Amiga de la paz, cruda en la guerra?
¿Cuál es esa que pudo
Con bélico furor y prepotencia
En el combate rudo
Del invasor ibero
Los bravos confundir que el númen fiero
Supo educar en la terrible ciencia
Que el hierro blande y el incendio agita?
Es esta la invencible Margarita
Que fué de la colonia
Por su riqueza ornato,
Rival de la feroz Lacedemonia
Y madre de perínclitos Leonídas.

No más la Iberia su inmortal Viriato
Al frente de sus huestes aguerridas
En parangon con ella
Pudiera presentar: que la memoria

Sobre los tiempos su profunda huella
Deja estampada con suprema gloria,
Hoy luz que ofusca á la pasada estrella.

Un sol que nunca bajará al ocaso
De esplendores bañando cuanto encierra
De altivas remembranzas nuestra tierra
Llegó al cenit, donde detuvo el paso;
Y viendo de Bolívar y Miranda
La vírgen veneranda
Vistióla de laureles prepotente
Y fué con Nueva Esparta
De Marte airado la escojida gente,
Que ardua Belona en su furor aparta
En tan flagrante suelo
De patria y libertad firme baluarte.

Por ley oculta del eterno cielo
Vino al combate el tremebundo Marte,
Que con ejemplos diarios
De olímpicos furores
Llevó muertes, horrores
Y duelos á españoles y canarios.
Con bélico alarido
Blandiendo fiero la cortante espada
En batalla cerrada
Mil veces vencedor, nunca vencido,
Dió en parangon la celebrada muestra
Y el Marte lidiador en la palestra.
Débil la pluma á fatigarse empieza
Al describir de la espartana gente

De aquellos tiempos la inmortal proeza;
El bélico fragor y ánimo ardiente
De esfuerzo juvenil y poderoso
Que á la ibera falange sin reposo
Con fuerza de jigante
Postró de Vesta en el regazo amante.
Cual del estío en las ardientes horas
Agitando las alas acomete
Enjambre de langostas zumbadoras,
Y las flores convierten en banquete
Mustia quedando la sabana al paso;
O cual arroja acaso
Bandada de conotos a la opima
Cañada de cambures y bananos;
Tal, con el fuego que al valiente anima,
Cayó ruda falange de espartanos
Estragos esparciendo en la cohorte,
Terror un tiempo del frances Mavorte.

Así en la mente por recuerdos veo
Caer rendido el español arreo
Al brazo que trazó con valentía
Senda gloriosa hasta el eterno dia.
Por eso á nuestra América triunfante
No surca ya la nave, ni despliega
La lona al raudo Eolo el navegante,
Con la intencion que su valor le niega;
Ni espera de enemigo
Fuerza y riquezas arrastrar consigo;
Ni la region inmensa,
Sumisa verá sus señores piensa

De la tierra preclara
Junto al estrecho de cristal profundo
Que la hercúlea pujanza separara
Del escollo fecundo.
Ya no más hijos de Neptuno miro
Salir á nuevo cielo y nuevo mundo
Del astro de la luz siguiendo el giro.
La santa cruz con nacional bandera
Por otra mano fuerte en la ribera
Alzada ya con dignidad tremola,
Y ha tiempo que la púrpura española
Miraste, retornar en sus bajeles
En busca de otras glorias y laureles;
Noble fué tu vencer, oh Margarita,
No obstante que á tu jefe se atribuye
Mancilla de crueldad en la victoria;
Aunque la voz de la piedad te grita
Que su rudeza tu blason destruye,
Al templo de la gloria
Tu nombre ha de llegar, tierra bendita,
Ni habrá quien el relámpago detenga
Que hoy del olvido tus proezas venga,
Honor, margariteños, merecísteis
Porque el leon vencísteis,
Que canzando la mar en las galeras
Con que la tierra al redcdor ceñia
Plantaba sus pendones
En tierras de naciones
De donde el claro sol en sus carreras
Jamás en el ocaso se ponia.
Su rígido feroz que aún hoy aterra
No pudo altivo domeñar entonce.

El pecho fuerte y corazon de bronce
Con que supísteis libertar la tierra,
En que vencido y muerto
Cayó de sangre y confusion cubierto;
Así como los árboles destruidos
A los embates de contrario Noto:
Tal los valientes del confin remoto
Cayeron por vosotros combatidos:
Hecho en el templo de la gloria ignoto
Y casi entre los bravos todavía
Que ocupan vuestros puertos en el dia.
Acaso el juicio de los tiempos justo
Hará que vuestro nombre
Al orbe entero asombre
De la verdad con esplendor augusto.
Y ya de léjos veo
Nacer del Orinoco á la otra orilla
El arco inmenso de esplendor radiante
Que lleve vuestro nombre de jigante
Donde el titan de los titanes brilla,
Y el suelo de su error ya convertido
Mirando con desprecio y abandono
Al genio que os mantiene en el olvido,
Os ha de colocar en alto trono.
La espléndida diadema
Que ornó la frente al vencedor romano,
En alta escala de la lid suprema
Habrá de coronar al espartano;
Y el mundo de Colon y el mundo entero
De flores regarán vuestro sendero,

Oh, si! porque ardoroso y denodado,
Del pueblo celebrado,
Al grito furibundo de Mavorte,
Se alzó la altiva hueste
Que á la española peste
Hizo fatal de su inconsulta corte;
Lanzó de sus confines.
De allí los paladines
Invencibles salieron
Que en cruenta lid pudieron
Veteranas legiones
Postrándolos al frente de sus leones.
Nunca de hazañas y combates harta
La antigua Margarita
(Hoy en dia nombrada Nueva Esparta),
Al mundo absorto que entusiasta grita.
Sus próceres alzando en áureo templo
Dará el heróico ejemplo
Que anuble el memorable de Leonídas,
Y con el mal vencidas
Serán en las futuras ocasiones,
En caso de posibles invasiones
Que puedan algun dia
Su suelo profanar con planta impía,
La trompa entónces de terror hinchendo
Con ronco són y pavoroso estruendo
Del aire los espacios infinitos.....

IDILIO.

Feliz el hombre que apartado vive
De la ciudad donde el engaño mora
Oculto entre la púrpura y bullicio
Que el alma turba y la razon desdora!
Feliz, mil veces, quien de Dios recibe,
Con paz y bendicion, el bien propicio
De ser en su servicio
Habitador constante
Del campo donde, amante,
Cautivo de la fiel naturaleza,
Recoje entre placeres y riqueza
El fruto que le ofrece en larga vida,
Con libertad, firmeza
De no temer ni muerte ni caida!

Riberas de la mar, montes altivos
Que dais á la esmeralda eterna plata;
Frondosas selvas de misterio llenas
Donde el Favonio su correr dilata,
Con vuestros inefables atractivos
Del alma desterrais acerbas penas;

Y vuestras filomenas,
En los serenos dias,
Con tiernas armonías
De la naturaleza el pensamiento
Solícitas despidan por el viento;
El márgen del arroyo y claro rio
Es perdurable asiento
De amores y de plácido albedrío.

Vierte el alba en el seno la alegría
Cuando al rayar las vocingleras aves
Canoras desde el bosque la festejan
Sus trinos despidiendo al aura suaves.
Despierta á los pastores la armonía
Del dulce canto y la cabaña dejan.
Activos se apresejan
A las faenas diarias
Despues que sus plegarias
Dirigen fervorosas hácia donde
El ser habita cuyo amor responde
Con pruebas de bondad á la criatura
A quien jamás le esconde
La luz de sus verdades y ternura.

Del sol los claros rayos matinales
Desprenden de las hojas el rocío,
Del aura nocturna claros despojos,
Y dulce llanto desatado en rio
De primor sus perlas y cristales.
Blandamente cayendo de sus ojos
De bosques y rastrojos,

Saliendo van parejas
De cabras y de ovejas
El astro á saludar con sus balidos,
Y blancos nubarrones suspendidos
Cual etéreos jigantes sobre el monte,
Van lentos y tendidos
Con paso majestuoso al horizonte.

Y al través de la niebla reflejando
El sol con sus celajes relucientes,
Caleidoscopo natural, retrata.
Del íris los colores diferentes
Va en arcos luminosos dibujando
Su pedestal de refulgente plata.
Inmensa se dilata
Su célica hermosura.
Con pompa en la llanura
Y enmelenado el rubicundo Febo
Al campo siempre grande y siempre nuevo
Del verde Junio hasta el florido Mayo,
El inmortal renuevo
Rinde constante de su ardiente rayo.

Allá á lo léjos en brillante cielo
Veloz airon con extendidas alas
El diáfano dosel cruza atrevido;
Y la gaviota en las celestes galas
De púrpura y juzmin tiende su vuelo.
Con prolongado, pertinaz graznido
Hácia el oculto nido

Regresa el empinado
Alcaraban airado,
Y de la selva á lá marina ansioso,
Vecino á la ribera, el numeroso
Enjambre volador con presta pluma,
El reino tempestuoso
Bate evitando su engañosa espuma.

Oigo el bramido de la mar airada
Cuando en la orilla con fragor revienta:
Cuán sublime es la furia con que embiste,
Y su gemido al retirarse lenta!
La roca solitaria y elevada,
Inmóvil á su furia, la resiste:
Pero volviendo insiste,
Movida por el viento,
En su batir violento,
Y sigue en incesante sacudida
Lanzándose a la roca embravecida.
Así del mar en el vaiven contemplo
La imágen de la vida,
De inconstancia y pasiones el ejemplo.

Y el sol radiente el dilatado espacio
Hinche de luces con su eterna llama
Los ojos deslumbrando de esplendores.
Parece que á su luz el mar se inflama
Llenando las distancias del topacio
Y tules de vibrantes resplandores.
Los vitales ardores

Que en su seno la tierra
Eternamente encierra,
Despide con amor, el aire hinchendo
De estiva agitacion siempre moviendo
En toda la extension del horizonte,
Del silencio al estruendo,
El mar, el llano, el empinado monte.

Silba en la altura desatado el viento:
El cielo de zafiro resplandece
Do cruza la nevada nubecilla
Que sola por momentos aparece.
O llega airado el vendaval violento
Del lejano confin hasta la orilla,
Donde su navecilla
El tímido piloto
Del Neptuno remoto,
Huyendo los peligros, pide al suelo
Amparo y proteccion, que al ámplio cielo,
Hallar quisiera el pescador en vano,
Porque en su lento vuelo
Presa cayera del Eolo insano.

Los ondas van y vienen, se levantan
Y al descender en quejumbroso estruendo,
Cubren de blanca espuma la ribera,
Al grito de Neptuno respondiendo.
Las aves al fragor vuelan y cantan
Sus ayes dilatando en la alta esfera.

Su nave va ligera
Con alas majestuosas
Las ondas espumosas
Cortando y de melenas circundada;
Atras deja á Cibeles retirada
Miéntras fortuna y el clemente cielo
Condúcenla amparada
Hasta la orilla del opuesto suelo.

Allende por el mar sonoro el viento
Hinche la vela y canta el marinero,
Libre del huracan que le atormenta,
Y el fuerte bergantin que va ligero
Del mar parece y del correr contento.
Tranquilo el capitan las horas cuenta;
Pues ya no espera afrenta
De la nube importuna;
Mas sí que la fortuna
Propicia recompense sus cuidados,
En puerto guarecido de nublados,
De inesperada y solitaria muerte;
Y olvida los pasados
Tiempos de oscura y olvidada suerte.

Más quien en el imperio proceloso
Libre se encuentra de Neptuno insano,
Si cuando muestra su falaz sonrisa
Más cerca está de la inclemente mano
Conque convierte en vendaval furioso
Y en hórrido huracan la blanda brisa.

La ráfaga improvisa
Con el fragor del trueno
El rostro ántes sereno
Cubre de nubes y horrorosa niebla.
Lívido espanto, universal tiniebla
Anuncia con terrores al piloto,
Que ya de muertes puebla
La tétrica extension el fiero Noto.

Gritan los marineros al estruendo
Del implacable ponto enfurecido;
Levanta el aquilon con su pujanza
Líquidos montes en fragor temido.
El rostro de la muerte hace tremendo
La luz del rayo que rugidos lanza
Sin treguas ni esperanza,
La nave ya vencida
Mísero fin, hundida
Encuentra en los abismos ignorados,
Quedando para siempre sepultados
Hechos á un tiempo dolorosas presas
De los inícuos hados
La nave, marineros y riquezas.

Pero el hombre del campo libremente
Respira en sus risueñas soledades
Bajo la sombra del saman frondoso.
El necio competir que en las ciudades
A ruina ó perdicion lleva á la gente,
No le perturba en su feliz reposo

El eco bullicioso
Del torrente vecino,
En su correr contino
Anima sin cesar el raudo viento.
No ofrece el campo á la ambicion sustento,
Viviendo el hombre con el bien conforme
Que da paz y contento
Sin los afanes de riqueza enorme.

Por selvas, montes, valles y pensiles,
Por cumbres de montañas eminentes
Camina el labrador siempre seguro
Del déspota en sus iras inclemente.
Señor de sus dehesas y rediles
Halla en la dicha de vivir oscuro
Impenetrable muro
Contra ruinosa lidia
Del lujo y de la envidia,
Solo á Dios en el campo el hombre erige
Altar de adoracion: no á quien aflige
Al pobre, con sarcasmo de salones
Donde el orgullo exige
Por amor y deber, humillaciones.

Son gloria de los campos los mastines,
Y place, de podencos y lebreles
Tener aparejada la jauría:
El triunfo es del trabajo: son laureles
Los frutos de la tierra: nobles fines
Amar la libertad en la armonía.

El campo en cada dia,
De Ceres en las artes,
Un triunfo en todas partes
Ofrece con amor, paz y ganancia;
Así goza el pastor en la abundancia
La vida hasta la vida venidera
De bienaventurenza
Que Dios promete al que en su amor espera.

Tendido sobre espléndidos javillos
Oigo en las auras místerioso acento
Que el ánimo adormece en ilusiones,
Y el corazon en terrenal contento,
Fragantes mejoranas y tomillos.
Del natural vergel agrestes dones,
En todas estaciones
Inspiran en el alma
El bálsamo de calma
Y paz y beatitud, sola del hombre
Que adora del Señor el santo nombre;
Y al dulce murmurar de manso arroyo
No hay muerte que me asombre
De Dios teniendo bendicion y apoyo.

Cuán plácido el pastor con su familia
En la humilde cabaña está cantando
De doméstica dicha protegido,
Los dedos al rabel diestro aplicando.
Rústica voz el corazon concilia
Al tema del cantar entretenido;

El cerco atento oido
Le presta en sus canciones
De propias invenciones
Solo en el campo oidas,
Sin ser en las ciudades recogidas.
Las horas en que goza y se recrea,
Jamás son perseguidas
Del tedio que á los príncipes rodea.

Y cuando la risueña primavera
Muestra en el bosque su primer retoño,
Que amante precursor de hermosas flores
Guardó el invierno tras dormido otoño,
Todo es felicidad que nada altera:
A tórtolas que cantan sus amores
Responden ruiseñores;
Pintadas mariposas
Cual voladoras rosas
Baten alegres sus pintadas alas,
Al sol mostrando sus brillantes galas:
Así viven el campo recorriendo
Pastores y zagalas
Léjos del fausto y mundanal estruendo.

Cuán tierno en el zarzal hiere el oido
De enamorada tórtola el lamento,
Intérprete de amor, que á la enrramada
Como en alas del eco lleva el viento!
Cómo mueven el alma los quejidos
De cándida ovejilla en la majada!

Del bosque retirada
Con incesante vuelo,
Bajo el abierto cielo,
El alto campanario ó la colina
Recorre en su volar la golondrina;
Y, cual del huerto fugitiva rosa,
Incierta se encamina
Festiva de placer la mariposa.

¿No veis en la ciudad como se ostenta
Sin honra ni virtud un necio orgullo
Teniendo por honor ser vil esclavo
Del rico que durmiéndose al arrullo
De vil adulacion, nada contenta?
Quién tiene en nuestro hogar á menoscabo
Que el hombre digno y bravo,
De pruebas al abrigo,
Cual verdadero amigo
Le trate en todos tiempos y mudanzas?
Quién pierde en nuestro hogar las esperanzas
Del Ser divino cuando humana suerte
Nos muestre en asechanzas
El rostro adusto de cercana muerte?

El frio invierno hasta el distante polo
Ya deja el campo y los furiosos vientos
Cesan de resonar en la montaña.
Ya bullen suaves céfiros contentos:
Ceres más bella cuando calla Eolo
Sus dones riega en la feraz campaña;

Su calurosa saña
Depone el són airado;
De la esperanza al lado
Goza el hombre del campo de su cielo.
A dicha exento del amargo duelo
Perseguidor del infeliz que ansiando
El lujo con desvelo
Vive muriendo por gozar, penando.
.....
.....

FRAGMENTOS DE LAS METAMORFÓSIS o la Cachurriada.

—

DEL CANTO VIII.

—

Era la noche, y en su oscuro manto
Las tierras y los mares envolvia,
Y antes que el alba con sereno llanto
Dulce anunciase el rutilante dia,
De blando sueño el delicioso encanto
Morfeo en los vivientes esparcia:
Y la naturaleza en el reposo
Yacía con silencio mjaestuoso.

Espesas nubes la elevada frente
Del Ávila cercaban; y horrorosa,
De la callada noche reverente,
La imágen se extendia en su fragosa
Y dilatada cumbre. Solamente
La voz de los serenos cadenciosa,
Y cantos de los gallos que se oian,
El fúnebre silencio interrumpian.

Relente imperceptible derramado
Por las gasas del céfiro movido
Con ténue influjo en el oscuro prado,
Quedaba entre las yerbas esparcido;
Líquidas perlas de su aliento helado
Dando á las flores en que habia dormido;
Miéntras del éter la region bullia
En frígido renuevo que vertia.

A ratos, con sus ráfagas los vientos
Cruzaban sonorosos las malezas;
Y allá en la oscuridad suaves y lentos
Los sauces, como lánguidas perezas
En tardos y pesados movimientos
Alzaban entre sombras las cabezas,
Cual tropa de fatídicos espantos
O genios de vecinos camposantos.

En media de las sombras los vampíros,
Más negros que la noche, artavesaban
Con vuelos inseguros, dando giros,
Y haciendo adivinar, cuando pasaban,
Su lúgubre presencia y sus retiros
Al áspero vaiven con que aleteaban,
Y en el lóbrego valle do se esconde
Ni el eco, ni la brisa le responde.

De ignoradas cavernas tenebrosas
Las hijas agoreras, con plegarias
Llenaban en bandadas vagoro[illegible]

Del aire las regiones solitarias.
Saliendo de entre masas nebulosas
Estrellas, como piedras numerarias
Del alto firmamento, aparecian
Que luego entre vapores se escondian.

Reinaba entónces el falaz Octubre
Con calmas y chubascos inclementes ;
Cuando su manto las alturas cubre
Y vuelven á sus márgenes las fuentes ;
Cuando la Silla soberana encubre
Con sus negros crespones imponentes,
Y cuando de llorar Vesta cansada
Se muestra adormecida aunque alterada.

No imperaba el invierno ; ni el estío
Sobre el suelo vertía sus ardores,
Pues que la pompa de verdor sombrío
Aún no se adornaba de colores,
Ni á las orillas del torrente ó río
Daban las selvas ni los campos flores,
Y de la madre en la empapada alfombra
Todo era calma, soledad y sombra.

Tan densa era en momentos la neblina
Que acercándose sólo á corto trecho
De bulto, casa ó de inmediata esquina
Divisarse podian puerta ó techo;

Del farol ó linterna más vecina
Con ojos perpicaces y en acecho
La luz pálida y triste se alcanzaba
Cuando el denso vapor lo despejaba.

Media noche no mas era por filo,
Apénas una ráfaga de viento
O el triste buho en su encumbrado asilo
Daban señas de vida y movimiento;
El hondo valle en su estencion tranquilo
Llegaba á ese católico momento
En que la tierra, en el sopor hundida,
Parece no volver á nueva vida.

"Las tres han dado" con profundo acento,
Cual genio solitario en la neblina
Gritaba el centinela soñoliento
Y con modorra en la distante esquina;
Llevada como en ondas por el viento
La voz hasta perderse en la colina
De nuevo parecia en honda calma
Del negro campo sepultarse el alma.

Cachurria á la sazon tendido estaba
De Candelaria en el desnudo puente
Durmiendo; y con estrépito roncaba
De boca abierta y remangado el diente;
Húmedo el pecho de nocturna baba
Y del sereno la desnuda frente,

Con ojos entreabiertos parecia
Por burla remedar muerte y orgía.

De mugrientos harapos remendados
Estaba el infeliz medio cubierto :
Los brazos hasta el suelo descolgados,
Insensible al dormir al aire abierto,
Sobre duros ladrillos colocados
Debajo de su espalda sin concierto.
Húmeda estaba la estacion, y fria :
Maldito si Cachurria lo sentia !

A orillas del torrente peñascoso
Que bajo el puente en su correr pasaba,
La selva del bucare magestuoso
Negro y espeso su follaje alzaba,
En cuyas soledades, misterioso
El grillo con su cántico lloraba
Dando á la escena de la noche oscura,
Su tétrico gemir mayor tristura.

Aspecto sepulcral, melancolía
De triste soledad, lóbrega y dura
Con honda pesadumbre aparecía
En torno de la sórdida figura,
Que á la intemperie en embriaguez yacía,
Cercado de su mísera grasura.
Anauco á su baldon probablemente
Murmuraba lloroso bajo el puente.

Deshonraba el bribon el señorío
Del puente, y la del plácido arroyuelo
Que desde el monte al abundoso rio
Baña en su curso de Fundor el suelo,
Causando con su cuerpo y atavío
Al puente y al arroyo desconsuelo:
Por lo ménos así se lo figura
La mente en poesía ó en pintura.

Sin duda que en cabal filosofía
Es la estricta verdad sólo belleza;
Y la crítica y lógica del dia
Sólo aceptan la fiel naturaleza;
Mas hablando el poeta en poesía,
Hasta al mismo filósofo, interesa
Que se diga, en estilo sublimado,
Lo recto, algo torcido y figurado.

De Cachurria el vestido consistía
En camisa y calzones de coleta,
Y el cómico sombrero que tenia
Rodado hácia el cogote, de muleta
En parte á la cabeza le servia;
Un resto le quedaba de chaqueta,
Y estaban sus calzones y camisa
Mas dignos del corral que de la risa.

Eran harapos en sudor mugrientos,
Abiertos por detras y por delante;

Al sol, al agua y á los cuatro vientos
La carne presentaban, mendicante
De todos los sociales ornamentos
De que léjos naciera el malandante,
Quien más que por desgracia, por flojera,
De frente no curó, ni de trazera.

Profundo en opresion era el ronquido
Que el ébrio de su pecho desataba,
Tal que le hubiera por dragon tenido
Del lívido Aqueronte, el que pasaba,
O Satanás por San Miguel herido
Que á solas moribundo se quejaba;
Tan rudo y estentóreo era el acento
Con que el tunante ensordecía el viento.

Los piés apénas le tapaba un saco
Que, ageno de saberlo, se trajera
(No obstante sus estímulos de Caco).
Del último burdel donde estuviera.
Vertido de la boca hórrido Baco,
Estaba en tan ascosa regadera
De bilis embebida en trapo y grasa,
Que hubiera avergonzado hasta á Tomasa.

La causa que el efecto produjera
De infamia en que Cachurria se veia,
Fué en negro lupanar de borrachera
La intemperancia en que pasara el dia;

Allí con otros tales de su esfera,
Segun acostumbraba, en compañía
Llegó hasta que de Febo tras el coche,
Vino en el suyo la aterida noche.

A cuyo tiempo del burdel el dueño
Ya cansado de Baco en democracia,
Y en sus fiados temiendo algun empeño
No obstante la cultura ó buena gracia
Que distingue hasta al majo caraqueño,
Usando tabernaria diplomacia
Puso fin á la libre borrachera
Al patriótico tren echando afuera.

Cachurria con la urbana compañía
Gritando "viva el pueblo soberano!"
En plena libertad y autonomía
Al rancho de un patriota, Ño Fulano,
Llegaron á ofrecerle garantía
En donde la patrulla con su mano
Las leyes infringiendo, y los regalos
De la constitucion, les dió de palos.

De allí dando caidas y tropiesos,
Salió su democracia tabernaria
Tomando, por error en sus excesos,
Y contra su intencion, senda contraria;
pues yendo sus vapores en progresos
Vino á dar más allá de Candelaria

I onde al grito de : viva el presidente !
Calló *patas arriba* sobre el puente.

Cuál estaba el engendro de Ciriaco !
Cuán sin conciencia de licor henchido
El bronco ceño de esponjado Baco
Mostraba el ébrio á su sabor dormido:
Lívido el cútis, de quebranto opaco,
Nadando en propia grasa y corrompido
Estaba como el sórdido marrano
A gusto revolcado en su pantano.

Su aliento al rededor como torrente
Mefítico y pestífero esparcia,
Que el jugo trasnochado de aguardiente
En gases de letrina convertia;
Del estómago impuro y pestilente
Como vapo[illegible]lbañal salia,
Tal que invitado cual festin hubiera
Le pútrido jumento al cuervo ó fiera.

En efecto, Cachurria medio hundido
En trapos de su especie abandonado,
Era el ejemplo de animal podrido
En campo solitario y retirado ;
Y el cuervo y su fatídico grasnido
Sólo faltaban del borracho al lado
Para ser en la escena complemento
De fiel comparacion con el jumento.

Circundaban su frente los abrojos
Tostados por el sol del abigeato,
Y sobre las cavernas de los ojos
Rudas cejas formaban el retrato
Del hombre trasformado en los despojos
Del mono Orang-outan ; cuyo maltrato
Allí le presentaba al descubierto
De zorra convertida en burro muerto.

Casi negro, con ínfulas de zambo :
Trasunto de hotentote en Lazarillo
Del Tormes escapado con el gambo,
Revuelto Rinconete y Cortadillo:
Bronco de pecho, de carrillos cambo,
Con grasa en el cogote de novillo,
Choreto de talon, y el dedo tuerto
Por la costumbre del descalzo abierto.

Su pelo chicharron pero en madeja
Del rudo vendaval alborotado.
Las crenchas semejaba de la oveja
En alto como espuma levantado:
Tal como el cisco que en la bolsa deja
El fruto de la Arabia ya colado,
Su boca era entre *benba y hocicudo*,
Cuel negro cerco de volteado embudo.

La estúpida nariz era ese mingo
Que el pueblo, en su lenguage colorado,
Suele llamar en ocaciones chingo
Y en otras boquineto ó regañado;

Pues las ventanas con tenaz respingo
Gesto presentan del chacal rayado,
Y al gesto la pasion le imprimen fiera
Del tigre, de la hiena ó la pantera.

Cual bruma de la sórdida mejilla,
Decrépita al nacer, la barba esoasa
Saltaba como pálida gavilla
Mustia del vicio y de la incuria crasa;
La lívida humedad con que mancilla
Pútrida baba resbalando en grasa
Al ébrio daba el parecer completo
De hiena resollando en esqueleto.

Así bogando de inmundicia al fondo
Roncaba sin conciencia esparrancado,
De humana infamia en el abismo hediondo
Gusano en su miseria sepultado.
Con su ronquido cavernoso y hondo
De sórdido mandil mal abrigado
Hallábase el tunante contrahecho
De dura piedra en el angosto lecho.

¿Cómo hubiera podido ni Asmodeo
Con su rabo de cerdas indecente,
La facha dibujar del mandria feo
Que presa del narcótico expediente,
En tan ruinoso indefinible arreo
A sus anchas roncaba sobre el puente?

Sólo el genio de patria democracia
Le hubiera dibujado con su gracia !

Tipo moderno de doctrina pura
Que de igualdad la propaganda hubiera,
[De América latina fiel hechura]
Con triunfo adicionado á su bandera.
Del presidente y general figura
Que en sus panteones colocar pudiera,
Si copia del tunante en tal estado
Hubieran sus fotógrafos tomado.

Quizás desde los tiempos de Tomasa
Cuando por cuna el malandrin tuviera,
No ya del suelo la inclemencia rasa,
Ni la batea de lavar siquiera;
Sino el inmundo muladar en casa
Y el trapo de limpion sobre la estera:
Desde entónces Cachurria del lavado
Nunca tuvo nociones, ni cuidado.

En tiempos de Morian hubiera sido
Milagro el encontrar tan sólo un ente,
[No siendo trapo de lo más barrido]
Que hubiese imaginado, como gente,
Rozarse con Cachurria ni en sentido
Del amo con respecto á su sirviente,

Ni que hubiese partido un sólo ochavo
Con el fin de comprarlo por esclavo.

Y si hubiese Cachurria pretendido
Al último ofrecerse de sirviente,
De esclavo no le hubiese recibido,
Pues hasta para esclavo era indecente;
Ridículo doquier hubiera sido
Al más de tono y calidad ausente
Contra instintos de gusto y de modestia,
Tener de esclavo á semejante bestia.

¿ Qué hubiera, hasta la gente de ralea,
Dicho y reido de cualquiera casa
La más humilde de familia y fea,
De tono exenta y de moral escasa,
Al ver en sus fogones la batea
Servida por el hijo de Tomasa ?
Hubiera el amo, por razon del criado,
De burla o en ridículo quedado.

Qué abismo incalculable de distancia
Habia entre Cachurria y esa gente,
Nacida en la nobleza de elegancia
Que el pueblo llama sociedad decente.
Donde la aristocracia en rica estancia
Y el noble orgullo decorosamente
Rechaza á toda plebe: y no le asedia
Estado, sociedad ó clase media.

Qué digo! Si la estirpe aristocrata
Sin la sangre no acepta ni virtudes,
Ni belleza y lealtad, ni oro, ni plata,
Ni genio, ni talento, ni aptitudes.
El orgullo de sangre se dilata
Más allá de las mil vicicitudes
Que puede una familia en la dureza
Sufrir de las desgracias y pobreza.

En verdad que de gente con golilla
No se pueden hollar ni los umbrales,
Al pueblo de entonada campanilla
No sacan, ni doctrinas liberales
Con todo su poder de las casillas
Donde sólo penetran sus iguales,
Pues con ellos no valen ni los fueros
Terribles del amor y de dineros.

¿ Y cómo un infeliz bruto, perdido,
Tan lleno de frialdad y despreciado,
Ni que hubiese el tesoro consumido
De la Arabia, de Ofir y del Dorado
Hubiera ni apariencias obtenido
De amigos y de amor disimulado ?
Con todas las riquezas de este mundo
Nada hubiera alcanzado el vagabundo!

Cuán imposible á la verdad seria,
Y cuán distante del social escudo

La hipótesis está de que algun dia
Ni en sueños intentase un pellejudo,
Mejor cien veces que el que allí dormia
Al noble dirigir ni su saludo!
Mas volviendo á Cachurria: de este mundo
Léjos estaba en su dormir profundo.

DEL CANTO NOVENO.

—

Es el sueño un efecto misterioso
Cuya causa nos es desconocida,
Que retrata de un modo caprichoso
Más ó ménos la imágen de la vida.
Unas veces con vuelo generoso:
Casi siempre difusa ó concebida
Con formas imposibles de manera
Que son al despertar pura quimera.

Los sueños aun con cierto fundamento
Rara vez ó jamás se verifican,
No siendo en el antiguo Testamento,
Los muchos que en la historia se publican;
No son ménos que fábulas ó cuento,
Ni creo que los sueños pronostican
Al hombre en lo futuro cosa alguna
De males ó de bienes de fortuna.

No obstante, como raras excepciones,
Cual lo dije, serán los referidos
En los tiempos de bárbaras naciones
Y en los cuales estamos convenidos,
Pues son de la Escritura ó religiones
Artículos de Fé ya recibidos,
Cuya verdad, en la verdad contemplo,
Que al herege convierte con ejemplo.

El sueño de Abrahan en lo futuro
Cumplióse á la medida del deseo,
A medias en verdad y con apuro
Y siempre á la merced del Filisteo;
Signo tuvieron al soñar seguro
Nabucodonosor y Mardoqueo,
Y Jacob, en la escala misteriosa,
Contó su descendencia numerosa.

El sueño del proscrito panadero
Fué confirmado con su suerte dura,
Tambien salió verdad el del Copero
Segun la relacion de la escritura.
Su alteza Faraon tuvo el tercero
Que al hijo de Jacob puso en altura,
Y por este tenor dos mil y tantos
Citar pudiera de patriarcas santos.

¿ Y qué pasa en el mundo sino ruinas
De un sueño sucesoras, ó ilusiones

En que alzadas despiertas golondrinas
A los pueblos dormidos y naciones;
En los ojos derraman las letrinas
De sus negras maldades y pasiones
Haciéndoles palpar, ciegos con ojos,
De míseros Tobías los despojos.

Mas, fuera de las santas escrituras
Los sueños que conserva la memoria,
Del diablo son inventos ó locuras
Que pasan como juicios de la historia,
O son como licencias y figuras
Con que van los poetas á la gloria,
Sin duda! Pero acá en filosofía
La verdad es razon, no poesía.

Sin duda que al deseo y pareceres
Corresponden los sueños con frecuencia,
Siendo su tema general, los séres
En los cuales pensamos con vehemencia;
Y por eso, al dormirnos, las mujeres
Siempre vienen al ergo conseqüentía,
Pero acostarnos sin pensar en Clara
Y con ella soñar, es cosa rara.

Por tanto considero como absurdo
Y extravagancia natural del sueño,
Que el intelecto reducido y burdo
Del ébrio y malhadado caraqueño,

Tan fuera de lugar en un palurdo
Hubiese concebido alto diseño
Del mayor imposible que se encierra
En las cosas posibles de la tierra.

Pues si hubiera tenido sobre el puente
Un sueño relativo á la taberna,
Y allá en su estrecha y reducida mente
Se hubiera imaginado una cisterna,
De donde á todas horas, de aguardiente
Fuente manara de abundancia eterna,
Entónces natural hubiera sido
Su sueño y de justicia deducido.

Mas, tan desaforado desatino
Soñar, como veremos en el canto,
Es fuera de lo humano y lo divino,
Y causa al patriotismo fiero espanto:
Pensar que del Averno en el camino
Pudiera Satanás con monstruo tanto,
Probarnos con horrendo testimonio
Que descienden los hombres del demonio.

Mas tal es el contraste de la vida
Cuya razon y primordial esencia
Ni fué ni puede sernos conocida,
A despecho del tiempo y de la ciencia;
"Que la muerte es orígen de la vida,

Que el caos á la luz dió la existencia,
Y por eso quizás aquel traposo
Era causa de efecto milagroso.

Aquella noche con delirio grato
Soñando estaba el bacanal tronera,
Que el suelo de Bolívar era un hato
Y la vírgen Carácas la quesera;
Que por los del Congreso y por contrato
Señor y amante de la vírgen era,
Que el cincho era la casa de Gobierno
Y la aduana su queso sempiterno.

Soñaba que esta patria le debia
La gloria y libertad de que gozaba,
En nombre de los cuales cuanto habia
En las públicas rentas se robaba;
Que por esto la prensa en compañía
Del clero y la nacion le proclamaba
Magistrado sin par, hombre sin pero,
De todos los patriotas el primero.

El genio impertinente del embudo
Hizo que el ogro en pavoroso sueño
Se viese, ya de crápula desnudo,
De nuevas formas y materia dueño;
Y que olvidado en el silencio mudo
Viese pasado su primer diseño,
Y viese que en los fastos de la historia
Su nombre fuese de la tierra gloria.

Su triste y antipática figura
En bello Ganimedes convertida,
Veia entre los cambios y ventura
Que engendra el interes en esta vida.
Ya no era la misérrima figura
Por la negra Tomasa, malparida;
Sino la gloria y el honor eterno
De toda la nacion y del Gobierno.

Y así como una madre la memoria
Pierde del tiempo en que sufrió del hijo,
En larga denticion expurgatoria
De trueno y lluvia diluvion prolijo,
Pues á la edad de la indecente escoria,
Sucede la que brinda regocijo,
Al ver que las miserias de la infancia
Se vuelven miramientos y elegancia.

Así Cachurria en su ilusion dichoso
En la metamorfósis se encantaba,
Al ver que del pasado vergonzoso
La patria con orgullo se olvidaba:
Cubriendo con el oro al crapuloso
Cuyo nombre tan sólo deshonraba,
Mostrándole al presente de los Andes
El supremo coloso de los grandes.

Y bien que al Cuasimodo fariseo
Su propia nulidad no se escondia,

Pues que despierto sin rival en feo,
El mismo indiferente se veia:
Baco salvage y bacanal Morfeo
Le hicieron en delirio y fantasía,
Verse de tiña convertido en rosa,
Y de estúpida oruga en mariposa.

Palpábase elegante caballero
De punta en blanco, de trabuco al lado,
De cobija calada y con sombrero
Con plumas de gallinas adornado:
Garibaldi, Costanes, Espartanos,
Y por el pueblo invicto proclamado
De Aquíles el rival, si no de Marte,
A Moltke superior y á Bonaparte.

Simon Bolívar y la heróica banda
De Paez, Santander, Sucre y Cedeño:
El invencible Piar, el gran Miranda,
Silva, Urdaneta, Giraldó, Briceño:
En fin toda la estirpe veneranda
Que fuera venerada vano empeño,
Pues fué para la magna independencia
De Marte y de Belona quinta esencia.

Sin gloria del Leteo á las orillas
Erraban como espectros olvidados,
Con llantos de dolor pues de rodillas
Miraban á los pueblos empeñados

En dar como gloriosas maravillas
Los hechos de Cachurria, á quien los hados
Llamaban á imprimir en los anales
El tipo de las glorias inmortales.

Mirábase trocado el vagabundo
En ínclito varon, cuyo famoso
Renombre habria de admirar al mundo,
Con hechos del guerrero fabuloso:
Y habria de encontrar firme y fecundo
En la inmortalidad templo glorioso ;
Y en alas de la fama, y la victoria,
Y en bronce y mármol inmortal historia.

Miraba en su vision cuánto fortuna
Unida al crímen y al dinero puede :
Cuánto á despecho de virtud y cuna,
Del hombre la razon al oro cede ;
Y como cuanto alumbran sol y luna
Triste y oscuro sin aquel sucede,
Siendo lo bello, provechoso, y justo
Sin oro y sin poder de errôneo gusto.

Vistas en sueños por Cachurria fueron
Del mundo naturales maravillas,
Que nunca al mérito y virtud se dieron,
Ni siempre á los que en cunas y mantillas
De ilustre casa y distincion nacieron
En las antiguas y modernas villas :
Cosas que apénas le tocó ni en parte
Ni al genio altivo, ni á la ciencia ó arte.

Miéntras [en sueños] al patan veia
Dispuesto á su placer campo fructuoso,
Con gala, profusion y lozania
En regio alcázar con solar suntuoso,
Donde á sus anchas escojer podia
Halagos para el rico y vanidoso
Y hallaba la abundancia en larga escala,
Y humana sociedad de sala en sala.

El bardo de los Andes que pregona
Y tanto entre los héroes se recrea,
Renacer intentaba en su persona
Antes tan triste miserable y fea,
Del Cid y Don Pelayo la tizona,
Y al héroe de la Iliada y la Odisea,
Porque en sus manos la dorada lira
En verdades transforma la mentira.

Tronaba del Parnaso el alto extremo,
El Pindo y Helicon tambien tronaban,
Las nueve musas con fervor supremo
De Apolos las catervas inspiraban;
El enano poeta en Polifemo
Y el mudo en orador se trasformaban,
Pues cual la zona el corazon ardia
Contanto de Cachurria en poesía.

Los hechos de Cachurria en Venezuela
Cosas eran del tiempo de las hadas,

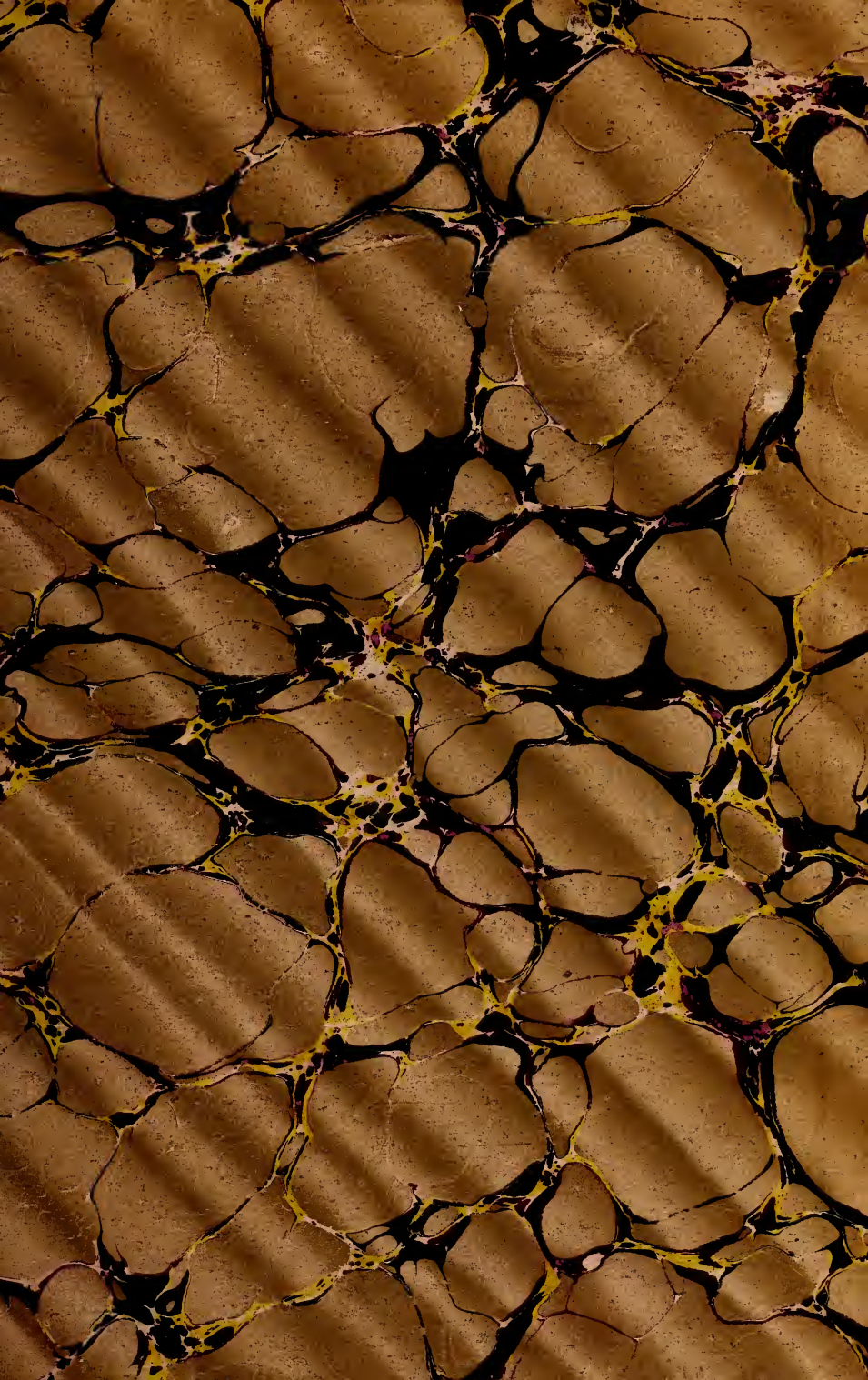
Que hacian parecer cual bagatela
Las historias presentes y pasadas.
El héroe de romance, de novela,
De crónicas, de anales y decadas,
Hacian en Cachurria el mismo efecto
Que ante extenso Piton exiguo insecto.

De esfera ultramundana ú olimpiáca
La prensa con estruendo cada dia
Robándose los dioses, como urraca
Formaba Cachurrial mitología.
Tambien de religion ultraegipciáca
Y de Roma y de Grecia compania
Político extrambótico paquete
Haciendo de Cachurria un Indigete.

El gremio literato le encontraba
Moises infuso en Salomon de nota:
Poeta y orador, tras quien quedaba
Emilio Castelar, pálido idiota:
Homero en el cantar no le igualaba,
Ni Arístipo y Caton en lo patriota,
Y en cuanto á concepciones y talento,
De Alejandro el maestro era un jumento.

Dón de mando, política, energía
Y genio para música y pintura,
El pueblo entusiasmado le atribuia;

Era el alma de Fidias que en casuela
Se hallaba de Cachurria en Venezuela.
Y para matemáticas la pura
Doctrina antes que Newton conocia
Y en el arte sublime de escultura



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032450320